



Digital Proofer

Las entrañas del ...

Authored by Vann Flernthav

6.0" x 9.0" (15.24 x 22.86 cm)
Black & White on White paper
276 pages

ISBN-13: 9781545140727
ISBN-10: 1545140723

Please carefully review your Digital Proof download for formatting, grammar, and design issues that may need to be corrected.

We recommend that you review your book three times, with each time focusing on a different aspect.

- 1 Check the format, including headers, footers, page numbers, spacing, table of contents, and index.
- 2 Review any images or graphics and captions if applicable.
- 3 Read the book for grammatical errors and typos.

Once you are satisfied with your review, you can approve your proof and move forward to the next step in the publishing process.

To print this proof we recommend that you scale the PDF to fit the size of your printer paper.

VANN FJERNTHAV

LAS ENTRAÑAS DEL VOLCÁN

VIAJE AL FONDO DEL ALMA DE

SADE

EXTRAÑO LEGADO

.....

Llega un paquete con un libro manuscrito
y una carta para el artista pintor
Mr. Charles Quesnet, Calle Faubourg
Montmartre nº 4, París.

.....

Charenton, 20 de enero de 1815

Señor Quesnet:

Os envío, pasado a limpio, lo último que me dictó vuestro padrastro desde la prohibición. No he dicho nada a nadie sobre ello. El conde quemó ante la policía todos los escritos que había en la celda cuando llegó. Por suerte, vuestra madre y yo conseguimos antes sacar algunos.

Por lo visto, a las autoridades les parece ahora menos malo que una lavandera se prostituya con un recluso que permitir que él escriba, y por ello fingimos lo primero para lograr lo segundo, además de aprovechar mis viajes con la ropa de la lavandería. Por suerte, mi reputación no se ha manchado fuera del manicomio. Mi madre, la vuestra y vos mismo sois testigos de mi verdadera conducta.

Lamento la pérdida de vuestro padrastro, que era también mi amigo, y espero que mis esfuerzos ayuden a que algún día se haga justicia.

Vuestra humilde servidora,

M. L.

PARA UNA NUEVA HISTORIA DE TAMOË

Soy viejo, estoy ciego y se me ha prohibido escribir, así que no tendré tiempo para otra historia de Tamoë. Como la primera te gustó tanto, ahí te dejo unos elementos para que la escribas tú, porque yo no podré. Tendrás que procurar que nadie la relacione conmigo, o te acusarán de todo lo peor sin ser cierto. Cambia nombres, modifica la apariencia. Lo importante será lo mismo.

Puesto que los principios morales de Tamoë van contra los que imperan en todo el mundo, no tardaría, si acaso existiera, en ser destruida. Supón que es así, que sus habitantes lo saben y que preparan su dispersión por el mundo antes de que ello ocurra. Con esto tienes ya el argumento para la nueva historia, si alguna vez quieres escribirla.

No intentes publicar todo lo que hay aquí. Algunas cosas pueden costarte la vida o la libertad, y hasta se te podría someter a las peores torturas. Quizá sea mejor no publicar nada. A tu juicio dejo legar estas ideas a tus descendientes, por si alguna vez la humanidad cambia, o quemar este escrito. Me basta que lo hayas visto tú y sepas cómo pienso y siento.

Elementos para una nueva historia de Tamoë

Ten en cuenta que, si acaso un lugar como Tamoë pudiera existir, estaría condenado a una pronta destrucción, necesariamente abocado a ella por cuantos pudieran desear sus riquezas y odiar sus costumbres. Para conservar la raza y el espíritu de Tamoë, sus habitantes deberían dispersarse por el mundo y mezclarse con todas las naciones. Mezclarse sería hartamente difícil, aunque posible. Lo más difícil, casi imposible, sería conservar de algún modo el espíritu de Tamoë, y aún más el transmitirlo a otros.

El comienzo de la historia podría ser que un día el rey Zamé se da cuenta, por un ataque pirata, de que Tamoë está en un grave peligro, pues todas las otras naciones no pueden ser sino sus enemigas. Una isla tan pequeña, pero rica en oro, y con unos principios morales que

serían odiados por el resto del mundo —y más por los europeos, por más que éstos digan adorarlos—, no puede esperar sino la destrucción tan pronto como sea descubierta. El minúsculo poder militar de Tamoë es inútil contra cualquier ejército, pues ya le ha sido bastante difícil luchar contra unos filibusteros.

El rey diseña un plan de supervivencia por colonización pacífica, introduciendo los principios de la moral de Tamoë en otras naciones. Así, si se destruye el país original, quienes hayan salido de él llevarán su espíritu allí donde vayan. Habrá que emigrar a todos los puntos del globo y mezclarse con sus habitantes, sin distinción de raza ni civilización. Pero será difícil en extremo vivir con el enemigo, tomando su apariencia sin adoptar sus principios.

El plan es, en realidad, dejar la isla y su oro a los voraces malvados que, de forma inevitable, acudirán a ella tarde o temprano y se matarán unos a otros por conquistarla. Hay que dejar un lugar que,

de todos modos, sería invadido y destruido, y la población local pagaría las consecuencias. Cobardía, dirán algunos, pero yo digo que la cobardía, en tal caso, sería negarse a ver la realidad.

La dispersión deberá ser preparada con un plan bien estudiado. Habrá que aprender, antes de la huida, diferentes lenguas, modos de adaptarse a distintos climas y muchas otras cosas. Cada grupo, además de la lengua, deberá aprender las costumbres del lugar al que vaya, y como muchas son contrarias a los principios morales de Tamoë, en cada caso habrá que aprender a adoptar su apariencia sin incurrir también en su esencia. Habrá que aprender un arte desconocido en Tamoë: la hipocresía, sólo con el fin de preservar la vida y la libertad. En todas partes se hallará, con miles de formas distintas y mutuamente enemigas, el mismo gran obstáculo, el mismo veneno, que es la superstición. El segundo gran obstáculo es el falso amor a la patria, que lleva a odiar a las otras naciones, como si alguien, para amar a su familia, tuviera que asesinar a la del vecino.

Para prevenir la codicia de quienes le rodean, el pueblo de Tamoë debe escoger para asentarse lugares que no contengan nada que otros puedan codiciar. Habrá que acostumbrarse a las zonas más inhóspitas y pobres, a menos que se quiera entrar en las más hostiles: las ciudades, donde cualquier extranjero es mal recibido si no es rico y poderoso, y donde el oro sin acuñar de Tamoë tan sólo crearía enemigos.

Tamoë debe expandirse al mundo exterior, pero no como secta, ni partido, ni religión, ni nación invasora, sino como individuos o pequeños grupos esparcidos, portadores de los valores morales de Tamoë, que se derivan todos del amor como fin y de la razón y la observación como medios.

Ahora puedes imaginar los preparativos para la migración, como el envío de exploradores. Puedes inventar el diario escrito por uno de ellos o por varios, mostrando así el contraste entre Tamoë y

el resto del mundo. El final lo dejo a tu elección: si quieres uno conforme a la realidad y a la naturaleza, pon que varios exploradores son asesinados, algunos de ellos con horribles torturas, y que otros sufren accidentes y enfermedades, menos unos pocos que regresan, sólo para ver cómo su isla es invadida por los ingleses, o los franceses, o no importa qué otros, pues todos saben igualmente robar, esclavizar, torturar y matar.

Si en vez de todos esos horrores prefieres un final de pura fantasía, más cercano al que yo quisiera, pon que los tamoeses consiguen asentarse en lugares apartados y pobres que no atraen la codicia ajena, desde donde envían luego a algunos a diversas ciudades del mundo; éstos corren desigual suerte, pero todos sobreviven, y, poco a poco, en el transcurso de varias generaciones, van contagiando rasgos de la moral de Tamoë a otra gente. Un final espectacular pero artificioso sería que los invasores encontrasen la isla vacía, y, una vez en ella, estallase el volcán, pero eso es pedir demasiado a la naturaleza.

Debes tener en cuenta que Tamoë es tan sólo una nación ilusoria. Las naciones naturales y reales, a diferencia de Tamoë, tienen siempre, de un modo u otro, sus cárceles, patíbulos, manicomios, iglesias, burdeles y salas de tortura, así como supersticiones, hipocresías y santurronería, religiosa o atea —la Razón, la Patria, la Libertad o cualquier otra excusa—, y nunca faltan los violadores de niños. Una nación sin esas cosas, ni que sea teniéndolas todas menos una, no puede pertenecer a la realidad: solo puede ser fruto de la fantasía. Hay que ser realmente el marqués de Sade para imaginar un lugar como Tamoë, donde no hay ni una sola de ellas.

LAS ENTRAÑAS DEL VOLCÁN

I. EL PARAÍSO NACIÓ EN EL INFIERNO

Me han prohibido escribir. Han prohibido que cualquier material de escritura llegue hasta mi celda, para impedir que otro me ayude. Y estoy ciego. Y voy a morir en este manicomio. Por ello ya es hora de que sepas quién es el hombre al que amas como a un padre, para que juzgues por ti mismo si merezco o no lo que se me hace.

Se supone que, por ser producto de mi imaginación y no de la de otro, tu amada isla de Tamoë fue diseñada para corromper, para enseñar a matar, a torturar, o peor, para atraer a los incautos hacia el ateísmo y la obscenidad sin provocar repugnancia. Has podido juzgar una de mis obras por sí misma, y ahora no sabes por qué se habla así de ella y de mí. Ahora es, pues, el momento de que conozcas mi vida, a fin de que sepas qué me ha llevado a escribir esa historia que te llena de gozo —si acaso no es lo que parece a quien la lee sin saber que es mía—, y por qué suscita las reacciones que has observado.

Mi hijo mayor ha muerto asesinado, sin que jamás yo ni él hayamos matado a nadie. Pero el mundo finge horrorizarse al oír mi nombre, y se me tiene aquí, según se dice, para preservar la virtud de la sociedad. Mi hijo menor teme verse manchado por mi vida, como si la suya no procediera de ella, y quema mis pensamientos antes de conocerlos. Por eso, Charles, tan sólo quedas tú para conocer la verdad. A mí ya no me servirá de nada, pero quizá algún día alguien haga algo bueno con ella. Espero que te ayude a defenderte de cualquiera que te insulte por haberme amado.

II. EN EL PAÍS DE LAS MÁSCARAS

Tú sabes mejor que nadie, hijo mío, lo que a mí llega a gustarme el teatro como medio de expresión de pensamientos y emociones, y también como modo de estudiar los distintos caracteres de los personajes, las situaciones a las que reaccionan y las maneras de representarlas.

Tú has leído y hasta pasado a limpio mis obras teatrales, y hasta me has visto actuar, al menos cuando interpreté a Fabrice en la representación de mi obra Oxtiern en el Teatro Molière, y también aquí, en Charenton, mientras fue posible. Tu madre ha sido actriz, y ésa fue una de las muchas cosas que me atrajeron de ella. Ya te he contado también que, cuando yo era joven, tenía dos pequeños teatros en los castillos de Lacoste y Mazan, en los que actuaba a veces y para los que solía contratar actores y compañías teatrales.

Pero hay otra clase de teatro, otra clase de actuación y de máscaras, que no busca expresar ni analizar nada, sino tan sólo engañar, mentir. No ofrece una ilusión para que los espectadores puedan imaginar una historia, y así comprender hechos, ideas y sentimientos, sino que trata de convencer de que es la verdad, y ello sólo para hacer daño. Este mal teatro es la hipocresía, y no me refiero a fingir para salvar la vida o la libertad, sino para cometer impunemente toda clase de maldades. También me refiero a los estúpidos y ridículos roles que la vida social crea al combinarse el juego de las distintas hipocresías, en el que meros actores escriben los papeles que otros son obligados a representar. Este es el tipo de teatro que yo odio y que gobierna la vida en el mundo entero.

Siempre he tratado de huir de este teatro perverso, aunque algunas veces me he visto obligado a actuar según el papel que se me había asignado en la gran farsa de la vida, lo cual es muy peligroso

cuando uno no entiende el juego, y aún más cuando, como yo, lo odia con toda su alma, aun habiendo nacido en medio de él y habiéndosele presentado como la verdad.

Nací, rodeado de lujo y esplendor, en el palacio de un príncipe. Nada de lo que allí había era mío, y muy pronto me lo hicieron saber. Cuando alguien tiene a su alrededor una riqueza que no puede considerar suya, ¿no es acaso un espectador, o como máximo un actor que sigue el libreto en un bello decorado? Pero esto, como verás, no fue lo peor. La apariencia era la de un paraíso, pero fue allí donde comenzó un infierno que sólo acabará, por putrefacción, en este manicomio. Un infierno, además, del que se me culpa.

Con apenas cinco años fui llevado a Provenza para ser educado en lo que todos predicaban pero nadie practicaba, y todo continuó siendo un mal teatro. El infierno, con otros diablos, apareció también allí, siempre bajo el disfraz de todo lo contrario.

A los diez años me llevaron a París para ingresar en un colegio para la alta nobleza. Allí la apariencia de lujo era mantenida mediante la miseria que imperaba de puertas adentro. Pero claro, ningún pequeño conde, duque o marqués iba a ser creído en caso de intentar decírselo a su familia, que pagaba grandes sumas por tenerle allí. Y eso, por desgracia, no era lo peor.

El infierno, que para mí había comenzado mucho antes en otros lugares, continuó allí, llevándome a creer que ésa es la verdadera naturaleza del mundo. No quiero morir sin contarte en qué consistió, aunque habría dado gustoso la vida para que no tuvieras que saberlo. Pero debo mostrártelo, para que apartes a tus hijos de sus garras, y también para que puedas comprender qué me ha llevado a ciertos errores y a ciertas miserias, y por qué otros se sirven de mis desgracias para sus maldades, pero dándoles mi nombre.

III. DESCENSO AL ABISMO

Como ya te dije, en este gran teatro-manicomio que es el mundo reinan la mentira y la hipocresía. Y no se trata de representar las ideas de un autor para que puedan ser contempladas, sino de engañar para cometer maldades impunemente, para que las víctimas caigan en la trampa.

Muchos de los que dicen enseñar la pureza y la virtud practican una moral peor que la de Sodoma. Horrorizan a los niños con el infierno si piensan en ciertas partes del cuerpo —que dicen creado por un ser de infinita bondad y sabiduría—, y, cuando nadie les ve, toman a algunos de esos niños para someterlos a torturas y a la más repugnante lujuria, llevándoles así a un infierno en vida.

Infierno del cuerpo y también del alma. Infierno porque nadie querrá creer la verdad. Infierno también porque el atormentado será culpado de su dolor si

calla, y, si osa hablar, será acusado de querer destruir el bien y la virtud con sus palabras.

Infierno por un millón de motivos. Decir la verdad es imposible, tan sólo traería más males. Callar revienta el corazón y lleva a querer olvidar. Pero emborracharse es malo, y todo lo que uno haga para olvidar será malo, unas veces por sus consecuencias, otras porque será impedido y otras porque no tendrá efecto alguno. La búsqueda del goce, en tal caso, hunde más en el dolor, y al buscar la muerte uno es acusado de cobardía, de maldad imperdonable merecedora del tormento eterno, como si quien perdonó a quienes le mataban tras haberle torturado no pudiera perdonar a otras víctimas que sólo quieren dejar de sufrir.

Es muy hermoso decir que hay que pedir a Dios que nos ayude a aguantar, pero yo no podía. No podía pedirselo al mismo Dios que permite que el peor horror suceda a un niño que no ha tenido

el tiempo ni la intención de cometer maldades. No podía pedirselo al mismo Dios al que ese niño ruega que el mal no suceda, pero sucede, y no sólo una, sino muchas veces, sin que el culpable sea castigado. Yo no podía pedirselo al mismo Dios que predicaba ese culpable. No, Charles. Yo sé que tú nunca dejarás de adorar lo único digno de ser adorado, pero sabes muy bien que no tiene nada que ver con el ídolo de esos hipócritas.

Sé perfectamente que no todos los que predicán la virtud son iguales. Algunos creen realmente lo que predicán, y hacen tanto bien como pueden, llegando incluso a dar la vida por ello. Pero suelen ser víctimas de la maldad de los otros, que no son ignorantes bárbaros paganos, sino hipócritas que presumen de ser mejores que ellos. Además, los buenos hacen, involuntariamente, que los incautos confíen en quienes no lo merecen, lo cual atrae más víctimas para éstos. Los buenos son como el gusano de un anzuelo, una víctima usada para atrapar a otras.

La primera vez yo era muy pequeño. Vivía en el palacio del príncipe, entre cuyos parientes había un monstruo de crueldad y lujuria, con muchos cómplices peores que él. Los vicios de Charolais son conocidos, pero los de algunos de sus adláteres se ocultaban bajo el disfraz de la virtud y la santidad. Por eso mi familia no supo nada. Mi padre estaba en Alemania como embajador, y mi madre confiaba en quienes me llevaron al infierno en vida. Al menos tuve la suerte, que otros no tienen, de que no fueran mis propios padres quienes lo hicieran.

Por desgracia, ya conoces mis novelas lo suficiente para imaginar qué se me hizo y qué se me dijo. Y ello no fue, obviamente, lo peor que se me podía llegar a hacer, ya que, en tal caso, tú nunca lo sabrías. Pero a veces lo dudo, sí, lo dudo porque ahora casi todo el mundo cree que soy yo quien ha hecho ese tipo de cosas a inocentes, las que sufrí yo y las más crueles aún, lo cual es un dolor que me acompaña hasta la hora de mi muerte, una tortura que los verdaderos culpables no sienten jamás.

La primera vez, cuando vi lo que me iban a hacer, rogué a Dios que me salvara. Yo creía entonces que, para un poder infinito, nada sería imposible, pero el milagro no ocurrió. Y la maldad se repitió,

otras veces, en otros lugares y por otros culpables. Ninguno de ellos recibió en vida castigo alguno por lo que hizo.

Ninguno de los culpables fue a la cárcel, ni fue deshonrado, ni encerrado en un manicomio. Yo sí he sufrido esas penas, sin haber hecho a otros lo que se me hizo a mí. Es cierto que sí he hecho cosas que de otro modo jamás habría hecho, llevado por la pasión malsana que esos falsos representantes de la virtud me inculcaron, pero si a mí no se me ha perdonado, ¿por qué a ellos sí?

Habrà quien diga que ya lo pagarán en el infierno, pero igualmente dirá que yo también iré allí porque no tengo fe. O sea, que esos malvados, al arrebatarme de niño la fe, pueden mandarme al infierno, lo cual significa que pueden llevar a un inocente a la condenación eterna y

que Dios está conforme con ello... No, Charles, yo tengo de la divinidad un concepto mucho más elevado, y por eso no puedo admitir semejante monstruosidad. Si enfermizos y fruto de la locura son los escritos en los que, con la apariencia del placer, plasmo mi dolor y mi repugnancia, todo esto es sin duda mucho más demencial.

Soy feliz porque tú no has sufrido los abusos de los que yo he sido objeto. Es curioso: tú que incluso has dormido en tu infancia con el marqués de Sade abrazado a ti, nunca has sido objeto de su lujuria ni de su crueldad. En cambio, entre quienes predicán la pureza y la santidad, hay algunos que torturan y sodomizan a niños, y uno de esos niños fue el marqués de Sade.

Los primeros monstruos estaban en el palacio de Condé. No dije nada a nadie —¿cómo?, ¿a quién?—, y mi subsiguiente enfermedad se atribuyó a otras causas.

Después se me trasladó a Provenza para ser educado por mi tío, el abad de Ebreuil. Él no cometió entonces contra mí maldad ninguna, pero pronto pude ver que para nada creía en lo que predicaba, pues poseía libros eróticos y tenía numerosas amantes, con las que incluso llegó a tener hijos. Mi tío me enseñó a escribir y tenía muchos libros de todo tipo, lo cual me gustaba. Además, desde su casa iba a veces a la de mis tías y a la de una amiga de mi padre, todas las cuales me amaban mucho. Pero a veces visitaban al abad colegas suyos, entre los que hubo uno que también me hizo lo que tú ya sabes, y me dijo que, si hablaba, todo el mundo, desde mis padres hasta el propio Rey, sabrían que yo no era un auténtico varón, que mi virilidad había sido deshonrada y que sólo era digno de morir apedreado como las bestias sodomizadas de que habla el Antiguo Testamento. Por eso no dije nada.

Cuando cumplí diez años me llevaron a París, al colegio de Louis-Le-Grand, entonces regentado por jesuitas, y allí se repitió el horror muchas veces, de varias maneras y

por varios sujetos. La mayoría no llegaba al contacto carnal, pero era obvio que disfrutaban al azotarme, pues buscaban para ello cualquier excusa, y mientras lo hacían yo notaba en ellos los mismos signos de lujuria que había percibido en los que sí me violaron... el mismo ritmo de respiración, la misma cara de placer después... Lo cierto es que nunca noté lo mismo en quienes, con razón o sin ella, trataban de castigarme por algo que hubiera hecho. Otros sí me violaron. Y otros profesores se portaron siempre de modo correcto, incluso amable, y se les veía convencidos de lo que predicaban, pero no pude contarles nada; sabía que era muy difícil que me creyeran, y además temía también por ellos si lo hacían. Algo me decía que, por lo que fuera, tampoco podía confiar en ellos. En mi corta vida, había comprobado ya demasiadas veces que casi nada es lo que parece, y que, a menudo, los esfuerzos por el bien tan sólo hunden más en el mal.

No podía hacer otra cosa que sufrir. El silencio era horrendo, pero sabía que hablar sería mucho peor. Quería morir, pero me rebelaba el que después se me acusara de un acto malvado y cobarde, o de locura, mientras los culpables seguían siendo vistos como buenos y cuerdos. Y si lograba que pareciera un accidente, igualmente mis verdugos quedarían impunes para siempre. Todo eso me atormentaba aún más, y también pensaba que, si el mundo era obra de alguien tan malvado, probablemente era cierto lo del tormento eterno, pero no para los criminales —o tendrían miedo y no harían lo que hacen—, sino para sus víctimas.

Desgracias de la virtud, prosperidades del vicio. Quienes más me maldicen por decir eso enseñan que la Suprema Virtud fue torturada y crucificada, y que cientos o miles de santos murieron atormentados de las formas más horrendas. ¿Miente, pues, el marqués de Sade? Juro que me gustaría mucho mentir en todo esto, hijo mío, no sabes cuánto. Pero no puedo. Y sin embargo sé que nunca dejarás de adorar

la verdadera virtud porque yo te diga estas cosas, sino todo lo contrario.

En Louis-Le-Grand me dediqué a vivir como si no ocurriera nada. Así, al menos, tendría el aprecio de mis padres, el cariño ocasional del resto de la familia y la amistad sincera del abad Amblet, mi maestro particular fuera del colegio, que sí creía y practicaba lo que predicaba, y al que amaré siempre, aunque entonces no supe cómo hablarle de mi tormento.

Traté de aparentar que todo estaba bien, intenté pensar que era a otro y no a mí a quien torturaban. Traté de imaginar que era todo un marqués en un colegio para la alta nobleza —eso creían todos los que no estaban allí dentro—, y que el muchacho atormentado era un ser tan despreciable que ni siquiera podía existir. Me hizo sufrir tanto el preguntarme por qué era todo así, que decidí dejar de hacerlo, aunque nunca lo he logrado. Intenté limitarme a imaginar que era otro, y que la víctima de los abusos era otro más lejano aún.

Pero cuando era objeto de la lujuria y la crueldad de aquellos monstruos, no lograba escapar, no conseguía llevar mi mente a otra parte. Me rebelaba contra aquel horror, y como no podía luchar contra él, me lanzaba de cabeza a su inmensidad y me fundía con ella. Mi alma pedía más, y más, y más... hasta morir. Me veía torturado hasta el infinito, y luego verdugo, a mi vez, cosa que nunca quise ser, pero esa imagen venía a atormentarme todavía más. Me veía destruyendo, de las formas más horribles, todo lo que más amaba, y al final el universo entero, hasta que todo estallaba y por fin podía morir... y mis verdugos se cansaban hasta la siguiente ocasión.

Quería salir pronto de aquel lugar. Me gustaba aprender, pero, por más que me esforzaba, no lograba estar entre los mejores alumnos, aunque tampoco estuviese entre los peores. Me hacía preguntas que no estaban en los libros, y por ello no hallaba en éstos las respuestas. Y lo que los libros enseñaban, aun gustándome, no conseguía grabarse en

mi mente más que en una pequeña parte.

Se me obligaba a repetir una y otra vez lo que no lograba recordar, y, para mi desesperación, cuanto más repetía, más olvidaba, a veces por completo lo más repetido, siendo que recordaba cosas que había visto u oído fugazmente una sola vez, pero a las que no se daba importancia y por eso no se repetían. De hecho, olvidaba todo lo consistente en listados y retenía sólo aquellas lecciones que explicaban hechos, sobre todo si lo hacían conectando varias ramas del conocimiento.

Por suerte, un problema financiero de mi padre vino a facilitar lo que no pude lograr yo con mis notas. Por fin me iría de Louis-Le-Grand a la escuela preparatoria de la Caballería. Me daba rabia, por un lado, no haber podido aprender todo lo que yo quería, y no haber podido demostrar que no era un idiota ni un holgazán. Pero, por otro lado, albergué la esperanza de poder entrar en el ejército, demostrar mi virilidad y morir

con honor. Así al menos demostraría que mis torturadores mentían, por más que nunca llegasen a pagar sus crímenes.

Me esperaban todavía más trampas, aunque, durante un tiempo, no fueron tan horribles como las de mi infancia, y además tuve el consuelo de unos compañeros y superiores excelentes, aunque tal consuelo fue pronto roto por el dolor de su muerte.

IV. TRAMPAS

En el ejército conocí a casi todos mis mejores amigos. Tuve compañeros y superiores excelentes y traté de comportarme como mejor supe. Mi padre me vigiló más de cerca que nunca, pues sabía del libertinaje de algunos militares y de la afición al juego de la mayoría de los jóvenes, por la que algunos se arruinan. Tuvo éxito en evitar lo último, pero en lo primero llegó tarde, muy tarde. Por suerte, no encontré en el ejército lo que había encontrado en el colegio, en parte por casualidad, pues conocí a los mejores hombres, y en parte quizá porque la vigilancia de mi padre disuadió a algunos de acercarse a mí. No sé qué hubiera sentido mi padre de haber sabido quiénes abusaron de mí repetidamente y cuándo lo hicieron por vez primera; quizá, en el fondo, es mejor que nunca lo supiera, pues el mal ya estaba hecho y él no habría podido remediarlo.

También fue en el ejército donde comprobé que la mayoría de los que afirman creer en la castidad y la pureza son los primeros que van a los burdeles en cuanto se les presenta la ocasión. Eso ya lo sabía por el ejemplo del propio clero, pero acabé de ver que la gente, salvo raras excepciones, no está engañada, sino que le gusta vivir así: quiere tanto el libertinaje como la hipocresía, sin renunciar a ninguno de los dos, y ello ocurre así en todas partes del mundo. Comprendo que quieran el libertinaje, pero, como odio el mal teatro, sólo puedo ver en éste un refinamiento adicional de maldad. Lo triste es que se mata y tortura tanto por libertinaje como por hipocresía, y la verdadera virtud es siempre la primera víctima.

Aunque tuve suerte con mis compañeros y superiores, comprobé que la mayoría no era como ellos, y que la crueldad formaba parte de sus gustos. No sólo eran así los enemigos, sino también los franceses. Llegué a la conclusión de que el gusto por la crueldad obscena es

una ley de la naturaleza, no en el sentido de que sea bueno ni en el de que lo tengan todos, pero la mayoría nace con ese gusto y disfruta de él, y los desgraciados que nacen sin él lo adquieren a la fuerza o son únicamente víctimas.

Víctimas fueron muchos de mis mejores amigos. Y uno saltó en pedazos por los aires ante mis ojos, a sólo diez pasos de mí. Años después puse su nombre a mi primer hijo, que también ha muerto en batalla. Dicen que nadie quiere las guerras, lo cual es una estupidez. Las armas no se hacen solas, no avanzan solas, no atacan solas. No hay encantamientos ni brujerías que lleven a los pacíficos a las guerras: la verdad, pura y dura, es que tales pacíficos, si acaso existen, no son la mayoría ni la gobiernan. Aunque algunos la odiamos, la guerra es una ley universal de la naturaleza, pues no hay lugar del mundo ni época de la Historia enteramente libre de ella. Eso no significa que sea buena, pero

es la realidad. Lo más cruel es que nos prediquen la paz quienes más guerras han promovido.

Fue también estando en el ejército que caí en dos trampas que más tarde me han llevado a donde estoy: la del enamoramiento y la de la lascivia. Lo último ya te lo puedes imaginar; como casi todos van a los burdeles, y los que no van son vistos como poco viriles, yo hice lo que hacían casi todos, no porque me guste imitar a otros, sino para probar que yo también era un hombre.

Intenté gozar, resarcirme disfrutando de lo mismo que me había llevado al infierno, pero no pude. Los recuerdos de lo que había sufrido no se borraban, sino todo lo contrario. Es cierto que a veces los encantos de algunas muchachas y las cosas que me hacían me daban algún placer, pero tarde o temprano asomaban dentro de mí los viejos horrores, que me decían que sólo se puede gozar verdaderamente siendo como los que abusaron de mí, disfrutando del sufrimiento

de otros. Yo no quería ser como ellos, y eso me desgarraba, pues veía y veo que son ellos quienes obtienen la victoria en el mundo, cuya naturaleza les favorece.

En cuanto a la sutil trampa del enamoramiento, mi error fue creer que otras personas sentían por mí lo mismo que yo por ellas, y también el tomar por la verdad lo que se dice sólo por aparentar. Las primeras veces que me enamoré, no hubo lascivia ni fue ésta mi objetivo al buscar el amor. Yo había conocido ciertas cosas de la peor forma posible, no sólo separadas del amor, sino originadas en todo lo contrario, por lo que buscaba en el amor principalmente otra cosa, algo que he tardado mucho en hallar. También buscaba a alguien que supiera comprenderme, lo cual es una ilusión vana, ya que, para mi desgracia, soy uno de los seres más difíciles de entender que hay en el mundo.

Como verás, el no hallar el amor y el creer en vano haberlo hallado me hizo caer en nuevas trampas que me han llevado a donde estoy. Yo descubrí el amor demasiado tarde, cuando las consecuencias de su falta ya estaban devorando mi vida. Y aprendí la importante lección de que alguien como yo no debe buscar ser comprendido —lo cual, salvo que la casualidad le una a alguien parecido, es imposible—, sino contentarse de que alguien quiera comprenderle, por más que no pueda, y le ame a pesar de todo. Pero no ser comprendido es también una tortura para alguien como yo, que necesita la comprensión ajena para comprenderse a sí mismo.

V. NUEVAS TRAMPAS

La hipocresía imperante ha sido causa de casi todas las trampas en las que he caído, o al menos ha favorecido su existencia o su éxito. La hipocresía facilitó que pudieran abusar de mí sujetos que mantuvieron impoluta su reputación. La hipocresía condena el declarar abiertamente el deseo carnal, especialmente cuando no lo acompaña otra intención, y por eso hay burdeles. Y es también la hipocresía la que reviste con el disfraz del amor lo que sólo es cálculo de fortunas y posiciones.

Tras varios amores fallidos, por no haber sabido ver que el sentimiento no era mutuo, me enamoré de la hija de un marqués. Ella parecía corresponderme, y tanto sus padres como los míos, al principio, aprobaban la unión. Pero mi padre vio que otras familias con jóvenes

casaderas tenían fortunas mayores, y, a mis espaldas, hizo arreglos para casarme con una muchacha a la que luego rechazó por otra más rica, hija de un magistrado. Cuando me enteré de que los preparativos para la boda estaban hechos, y de que iba a asistir incluso el rey, dije a mi padre que prefería morir antes que aceptarlo, y traté de volver con la muchacha que deseaba como esposa.

Pero su padre se había enterado de la boda arreglada por el mío, y tanto la familia como la joven me rechazaron. Dado que ella ya no me quería, no intenté nada más. Regresé, como un autómata, para obedecer a mi padre. Ya no me quedaba en el mundo más que él y mi madre, y ellos me despreciaban porque yo odiaba el mundo de hipocresía en el que se habían acostumbrado a vivir y al que jamás lograré adaptarme. ¿Qué otra cosa podía hacer para ganarme su afecto, o al menos su respeto? Huir habría sido de cobardes, y suicidarme un

gran pecado, o eso se decía. Quizá debería haber enfermado hasta morir, pero tampoco es seguro que esto fuera bien visto y no se me culpase de ello. Desobedecer habría sido malo, y obedecer también lo fue.

Al principio, la joven con la que me casé no me atraía. Pero lo que más rechazo me inspiraba fue el modo en que me fue impuesta, y cómo se obligó a rechazarme a la que yo deseaba. Habría podido comprenderlo si la familia de mi amada hubiera sido muy pobre, o si se hubiera tratado de una prostituta o de una actriz, pero siendo hija de un marqués, hombre honorable y que no estaba arruinado, y habiendo sido aprobado el matrimonio por ambas partes, me sentí víctima de una traición.

Aun así, intenté pensar que debía aceptar, que si mis padres deseaban mi bien, no podía ser todo tan horrible y que quizá la muchacha casada conmigo podría darme, si no la felicidad, algún consuelo de todo lo que había sufrido.

Pero no lograba acercarme a ella. La situación me producía rechazo, la chica no me atraía por su aspecto, y yo no quería conocer su carácter si ello implicaba someterme al mal teatro que lo invadía todo. Realmente fue una desgracia que no la conociera bien entonces, pues llegué a enamorarme de ella cuando ya la había perdido.

Siendo incapaz al principio de intimar con mi mujer, aun viendo que ella se había enamorado de mí, traté de olvidar mis desdichas con la lascivia por un lado, y con la búsqueda de nuevos amores por otro. Así que frecuenté los burdeles, incluso más que antes de casarme, y busqué entre mis amistades, sobre todo con actrices, un amor que me parecía más natural que el que se me había impuesto, y por ello no me hacía sentir el obstáculo que me impedía conocer a mi esposa. Pero tanto la búsqueda del goce carnal como la del amor me condujeron a nuevas trampas que han acabado por destruir mi vida.

Tanto en el frecuentar burdeles como en el tener amantes, no hice nada que no hiciera la mayoría de quienes pueden permitírselo. Todo el mundo es buen cristiano, todo el mundo va a misa, pero si la mayoría de estos beatos practicasen lo que quieren aparentar, la prostitución no sería un negocio. Y si Dios fuera lo que ellos pretenden, sería un ser solitario en un cielo casi vacío y con un infierno a rebosar, todo lo cual me parece ridículo. No digo que fuera bueno lo que yo hacía, pero otros hacen lo mismo y peor, y no llegan a ser tan desgraciados como yo, ni pasan casi toda su vida en la cárcel, ni son tan difamados como yo, ni siquiera si han llegado a matar, cosa que yo nunca hice.

Busqué el goce en los burdeles para olvidar mis desgracias, pero sólo conseguí hacer aflorar los malos recuerdos, y eso me tendió una trampa que me ha llevado a una cárcel de la que sólo saldré muerto, y a que mi nombre, para siempre maldito, se vea eternamente ligado a lo que más odio, como si fuera

mi mayor placer. Es cierto que lo que había sufrido me llevó a actos que implicaron, como verás, cierta violencia, pero ésta, aun siendo un mal, fue insignificante comparada con la que otros cometen impunemente.

En todos los burdeles, quienes están saciados de placeres corrientes despiertan su lascivia con la crueldad. Lo que muchos hacían por haber gozado demasiado, comencé a hacerlo yo para dar salida a mi dolor interno, y me hice torturar mucho más de lo que torturé. Son muchos los que se excitan azotando muchachas, y no van a la cárcel por ello. También son muchos los que, disfrazados de castos ministros divinos, llevan al infierno a los niños que arrastran a Sodoma, y no les pasa nada. Hay también asesinos que quedan impunes, y chusma que tortura hasta la muerte a los desgraciados objetos de su lujuria, y rara vez es castigada. Y cuando el azar lleva a alguno de estos malvados a la cárcel o a la muerte, ninguno queda maldito para siempre del modo en que lo estoy yo, sin

haber alcanzado ni de lejos el menos violento de sus crímenes.

Si el mal que cometí me llevó a la cárcel, ésta nunca me ha reformado acercándome al bien ni apartándome del mal. Es en la cárcel donde caí en la trampa que me ha dado un nombre que causa más horror que el de Satanás, sin haber matado a nadie y sin haber abusado de niños, como otros hicieron conmigo y se fueron del mundo con la reputación intacta. Como más adelante contaré, la soledad de la cárcel resucitó viejos fantasmas, y quise arrojarlos de mí escribiendo. Vomité lo que me atormentaba, lo que yo sufrí y lo que sabía que ocurre a otros, y, cuando, al salir de la prisión, la miseria me llevó a venderlo, muchos lo compraron porque les daba placer, no porque entendieran lo que me llevó a escribirlo. Estoy seguro de que, si lo hubieran entendido, les habría dado risa. Como hallaban placer en ello y no horror, creyeron que yo gozaba con las mismas cosas, y no sólo imaginándolas, sino también practicándolas.

Escribir sobre lo que provocó mi sufrimiento, y hacerlo del modo en que lo hice, describiendo el placer que sintieron mis verdugos y el de la misma naturaleza que sienten quienes hacen cosas aún peores, fue visto como prueba de mi culpabilidad, no sólo de lo que me llevó a la cárcel, sino también de todo cuanto los rumores y las fantasías más perversas han logrado inventar. De nuevo la hipocresía -el mal teatro- lo domina todo, pues muchos de los que me condenan obtienen placer de mis relatos de horror. Pero yo odio lo que a ellos les deleita, y parece gustarme sólo porque el sufrimiento me lanza a su descripción.

Más adelante mostraré cómo unas trampas se encadenaron con otras para llevarme a donde estoy. Comenzaré por la primera que me llevó a la prisión.

VI. ¿BLASFEMIAS?

El hombre es, por naturaleza, mezquino, y sin embargo arrogante; eso le hace muy difícil perdonar a sus ofensores. Pese a ello y a mis desgracias, no dudaré nunca un instante en perdonar a quien, dando crédito a rumores, crea que soy el mismísimo Satán y me odie por ello con todas sus fuerzas, aunque no perdonaré jamás las injurias al espíritu que, con o sin éxito, he intentado plasmar en Tamoë, por más que quien las cometa jure amarme o adorarme. No perdono ciertos hechos y actitudes, si bien veo a los individuos que incurren en ellos como errores de la naturaleza, de los que, en el fondo, hay que compadecerse.

Si en mi triste condición soy capaz de hacer esto, mucho más lo sería si fuera perfecto, y aun muchísimo más si fuese Dios, ya que entonces podría ver lo que siente y piensa cada uno, y así sabría quién me odia realmente a mí, y quién tan sólo maldice una mentira sobre mí.

Hago esta breve reflexión sobre la blasfemia porque más adelante vas a leer lo que parecen ser las más horribles y mortíferas blasfemias jamás imaginadas, la más repugnante mezcla de impiedad y obscenidad que se pueda concebir. Lo cierto es que hay una impiedad y obscenidad mucho más horrible que éstas; te la he mostrado ya en capítulos anteriores y tuvo como consecuencia la que ahora te narraré, pero hay entre ambas una gran diferencia, y quiero que reflexiones acerca de ella.

Cuando leas las siguientes blasfemias, quiero que notes contra quién o qué se dirigieron realmente, es decir, si en verdad tuvieron como objeto lo que mencionaban o más bien querían decir otra cosa. Quiero, más que nada, que juzgues si los actos y palabras profanatorios se dirigieron contra la verdadera virtud o más bien contra mentiras. No estoy tratando de afirmar que tales actos y palabras fueran buenos o inocuos sino todo lo contrario, pero hay que dejar bien claro su verdadero significado, o nunca se llegará a

su auténtica raíz ni se sabrán las razones por las que se produjeron.

Lo que más te chocará de estas blasfemias obscenas es que, a diferencia de aquellas en las que fui víctima, en éstas yo mismo soy el profanador, y mis víctimas son, sobre todo, símbolos. Aunque no has de temer ver en mis actos la repetición de mi propia tortura, sé que te estremecerás de horror al saber que el hombre al que amas como a un padre haya podido hacer y decir cosas tan sumamente repulsivas como las que vas a leer, pero has de aprender cómo es el mundo y por qué las cosas son como son. Es imposible mejorar la realidad negándonos a verla.

Has de aprender cómo la apariencia se relaciona con la realidad, cómo dependen la una de la otra. Has de aprender, sobre todo, a distinguirlas; están ligadas, pero no son lo mismo y hasta pueden ser lo contrario. Has de saber que la superficie no siempre muestra el fondo.

Yo no soy ese monstruo que dicen que soy, pero tampoco he nacido en Tamoë ni he llegado a ella plácidamente empujado por la brisa. La verdad es que cada átomo de Tamoë está hecho de mi dolor, no gracias a este dolor sino a pesar de él, como si hubiera usado mi sangre para escribir en lugar de retorcerme y gritar. Tamoë es el acto supremo de rebelión contra este sufrimiento. Pero has de saber que hubo un tiempo en que no sabía aún cómo expresar esta rebelión, y que entonces la llevé por caminos que sólo conducen al punto de partida, como círculos infernales, que es preciso que conozcas para no caer en ellos.

No debes temer. Aunque no creo que Dios exista, sé que si existiera sería muy superior a un ser como yo, no sólo en poder, sino también en bondad. Si yo, que soy barro, puedo amar a quien maldiga mi nombre por creer erróneamente que soy lo que aparento, a la vez que siento repugnancia por quien odie lo que yo adoro, y aun de éste último tengo compasión, cuánto más no hará eso un

Dios que lo sabe todo y que es infinitamente más bueno. Siempre me ofenderá más quien me crea malvado que quien piense que estoy muerto o que no he existido nunca: por ello creo que Dios, a cuya imagen dicen que estamos hechos, se ofenderá, si acaso existe, mucho menos por un ateo que por quien le atribuya una ruindad y una crueldad repugnantes, y finja adorarle, además, precisamente por ellas.

Ya conoces, Charles, los tormentos de mi infancia: mi extrema sensibilidad, mi tortura y violación por quienes debían enseñarme la virtud, mi actuación forzada en los escenarios donde reina la hipocresía, el infinito ardor de mi razón insaciable y su tortura por el absurdo... Sin embargo, aunque mi corazón rehúsa creerlo, fue al hacerme hombre cuando llegué a la parte más peligrosa y horrible de mi vida.

Ya hacía tiempo que un infierno había estallado en mis entrañas cuando ocurrió lo que narraré, pero fue entonces, a mis veintitrés años, cuando este infierno reventó mi ser para salir al exterior, con

lamentables efectos sobre otras personas y terribles consecuencias para mí. Sé que éstas podrían haber sido mucho peores, infinitamente peores, por más que me horrorice el tener que decir que, pese a todo, he tenido una gran suerte. Es cierto que la tuve, aunque el reflexionar sobre ello no me consuela en absoluto: sólo me hace sentir escalofríos y más repugnancia y horror por lo que tuve que vivir y por todo lo que me llevó a esa situación.

El momento que voy a describir inicia una época de mi existencia en la que ya no sólo sufrí la tortura del exterior, que hacía brotar otra más cruel aún dentro de mí. Cuando todo ello hubo llegado al culmen, el tormento de mi alma llegó a manifestarse en el exterior, lo cual no sólo perjudicó a otras personas y me acarreó todo tipo de desgracias, sino que hasta me puso en una situación que hacía pender mi vida de un hilo, y, por un fatal encadenamiento de circunstancias, me hizo ser confundido justo con todo lo que más odiaba, que era, precisamente, lo que había provocado mi rebelión.

Dicha confusión ya no puede ser corregida. La comisión, por mi parte, de ciertos actos de desfogue volvió las apariencias totalmente en mi contra. Se me acusó, sin pruebas, de todo lo más horrendo. Cuando, más tarde, quise mostrar en mis libros el tipo de espíritu y de personas que originaron en mí todo ese océano de sufrimiento, la mayoría de mis lectores lo tomó como una descripción de mis propios actos y deseos, en apoyo de lo cual se contaba con los rumores y leyendas que suscitó la divulgación de mis errores de juventud. Tanto es así que hoy en día nadie duda de que mi mayor placer consiste en infligir los más horrendos suplicios a criaturas inocentes con el solo fin de excitar mi lujuria. Sé que ahora mismo estás temblando, Charles, y no es por haber vivido tantos años de tu niñez y de tu juventud conmigo. No, no es por haber pasado a limpio escritos míos, ni por haber escrito bajo mi dictado, ni por haberte dejado educar por mí que te estás estremeciendo... No es por haberme abrazado y besado, ni por haber dormido junto a mí en las heladas noches de los

miseros inviernos, ni por amarme más que a tu auténtico padre que el terror invade tu alma, sino que es, lo sé muy bien, únicamente por las monstruosas aberraciones que pueden llegar a matar la verdad cuando ésta se muestra, fatalmente, tan ambigua. Sin embargo, no temas, porque emplearé hasta mi último aliento en hacer que tengas toda mi verdad, tanto la que amo como la que odio, porque es de ambas que extraerás la sustancia de mi vida.

El 18 de octubre de 1763 mi corazón llevaba tiempo agitado por un torbellino fatal de pasiones. A la rebelión de mi razón contra el absurdo del mundo y de mi vida se añadía el dolor de los tormentos sufridos en mi infancia, ya impunes para siempre, y la agonía de no poder expresar mi sufrimiento y de no hallar a nadie capaz de entenderme. Todo hervía dentro de mí como un volcán que anhelaba estallar, sin una salida para la erupción.

Toda esta conmoción de mi alma provocó la efervescencia de mis espíritus animales y encendió el ardor viril de mi cuerpo, exaltado no por delicias voluptuosas, sino por la infinita rabia que sentía. Necesitaba desfogarme, expulsar todos mis fantasmas, vomitar todo aquel veneno ardiente, o bien hallar consuelo para mi espíritu, para mi razón, para mis sentimientos. Mi reciente matrimonio no podía, por aquel entonces, satisfacer ninguna de estas necesidades; mi esposa y yo aún no nos conocíamos bien, y aunque yo sabía que ella era comprensiva y bastante inteligente, no sabía cómo expresarle mi angustia sin escandalizarla, ya que había sido educada en un hogar dominado por fuertes prejuicios, los cuales también le impedían satisfacer plenamente mi apetito carnal. Todo ello no hizo más que aumentar el peso que me aplastaba, por lo que, sin ver solución ni alivio posibles, y sin ver tampoco la salida en un suicidio que no me vengaría de mi dolor y del que sólo yo sería acusado, temí perder la razón y decidí desahogarme, ceder a mis impulsos... y busqué una prostituta.

Como ya he dicho, aunque deseaba entregarme a la lascivia, no era sólo ese deseo lo que me impulsaba a ello. De hecho, necesitaba desfogar mi espíritu mucho más que mi cuerpo, arrojar fuera de mi corazón lo que me atormentaba.

Para ello había de representar mi tortura fuera de mí, así que coloqué varias imágenes religiosas en la habitación donde tendría lugar el encuentro, a fin de profanarlas y descargar sobre ellas mi furia. También puse allí varios instrumentos de tortura para hacer visible y exterior mi dolor.

Fui a ver a una alcahueta llamada Du Rameau que me proporcionó un joven de unos veinte años. Se llamaba Jeanne Testard y trabajaba normalmente haciendo abanicos, aunque a veces también se prostituía. Acompañado por uno de mis criados, la llevé a un apartamento que había alquilado cerca de la calle Mouffetard. Cuando llegamos a la casa, dejamos al criado en la planta baja y

subimos al piso superior, donde cerré la puerta con llave y cerrojo. Allí tuvo lugar la escena que sigue:

—Jeanne, ¿tú tienes religión? —pregunté.

—Sí, señor. He sido educada en la religión cristiana y procuro seguirla en todo lo que puedo.

—¿Cómo? Entonces, ¿tú crees en Dios, en Jesús y en la Virgen?

—Sí, señor.

Es posible que ella hubiera oído alguna historia sobre individuos que creen tener la misión de eliminar a las pecadoras, y, al hacerle yo una pregunta tan inusual para la situación, creyera estar ante uno de ellos. Pero su respuesta, lejos de calmarme, me enfureció.

—¡Me c... en ellos, malditos sean! ¿Así es como crees en ellos? ¿Viniendo precisamente para ofenderlos?

—¡No, señor...!

—Estúpida meretriz, ¿cómo puedes decir que crees en ellos si has venido sólo a transgredir sus leyes?... Pero no, no me extraña que no creas en Dios; yo he hecho una prueba y he comprobado que no existe.

—¿Una prueba?

—Tomé a mi disposición una capilla por dos horas, y en ella había un cáliz en el que derramé mi semen. Tu Dios es un hijo de p... y tu Virgen una ramera; si no, ¿por qué lo permitieron?

Lo que dije era sólo una fantasía blasfema inspirada por la furia de mi dolor. El cáliz era, en realidad, mi inocencia destrozada por quienes debían

preservarla, y mis blasfemias se dirigían contra quien permitió aquello y no oyó mis ruegos, los ruegos de un niño que creía en su bondad. Ahora tendría que escuchar las maldiciones del hombre en el que ese niño se había transformado.

Jeanne tomó, claro está, mis palabras en sentido literal. Me di cuenta de ello y me inventé otro sacrilegio que no había cometido.

—Otra vez fui a comulgar con una muchacha sin tragarnos las hostias, que puse luego en las partes de ella justo antes del coito. Al poseerla, dije: "¡Si eres Dios, véngate!", pero no se abrió la tierra ni me partió ningún rayo. Como ves, aquí estoy.

Lo cierto es que tampoco había ocurrido nada a quienes me violaron, y que habían seguido en sus puestos, enseñando la doctrina y la virtud. Jeanne comenzó a estar aterrorizada. Yo, aunque estaba excitado, sentía aún más necesidad de descargar mi alma que mi cuerpo. Llevé,

pues, a la joven a la habitación donde colgaban de la pared las imágenes sagradas, puestas entre grabados obscenos e instrumentos de tortura.

—Ven, entremos aquí. Verás una cosa extraordinaria —dije.

—Estoy encinta y temo que lo que me mostréis pueda asustarme...

—No creo que te asustes —dije, haciéndola entrar.

Le mostré la estancia y lo que había en ella. Señalé entre los instrumentos de tortura un azote de alambre con ganchos de hierro.

—¿Qué vais a hacer?... ¿Por qué?

—Tranquila, bonita. Sólo tienes que ponerlo al fuego hasta que los ganchos estén al rojo, y entonces azotarme cuanto quieras. Después yo te azotaré con el flagelo que tú elijas.

—¡No, señor, os lo ruego!... ¡Torturas no!... Me iré sin cobrar después de hacer cualquier otra cosa que pidáis, pero esto no, os lo suplico.

—Hay cosas que duelen mucho más que estos ganchos clavándose ardientes en la carne, y hay quienes no han vacilado en infligírmelas.

—Quien os ha tratado así es un malvado.

—Tienes razón. Maldícelo, pues —dije, descolgando un crucifijo de marfil de la pared y arrojándolo al suelo—; pisa esto y di "me c... en ti".

—¡No puedo hacer eso, es una blasfemia!

—¡Vaya, hombre, una ramera santurrona! ¿Sabes cuántos sacerdotes viciosos conozco?

—Señor, yo...

—¿Ves allí esas pistolas y esa espada?
Haz lo que te digo si no quieres morir.

—Me c... en ti —dijo ella pisando
tímidamente el crucifijo.

—Ahora hazlo.

—No puedo, al menos de momento.

—Toma una lavativa y hazlo.

—¡No, por favor, ahora no!

—Entonces dame el enema a mí —dije,
bajándome los calzones.

—He venido para acariciaros, no para
estas cosas tan raras.

—Lo que pasa es que tienes miedo
—le dije, descolgando otro crucifijo de la
pared—, miedo de estos vulgares ídolos
de madera y marfil, que no pueden hacer
ni bien ni mal.

—No son las imágenes lo que temo,
sino lo que representan.

—Pues no lo parece —dije, comenzando a
masturbarme—, porque si de verdad
tuvieras miedo de ir al infierno jamás te
habrías hecho ramera. Tu miedo es pura
superstición; eres tan atea como yo, sólo
que absurdamente fetichista.

—No, señor, yo creo de verdad, pero...

—¡Mira, mira lo que hago con tu ídolo!
—exclamé al eyacular sobre la imagen.

Jeanne, que me contemplaba estupefacta, reaccionó en este último instante y trató de escapar.

—¡Quieta ahí! Aún no hemos terminado.

—¿Qué deseáis ahora?

—Quiero tomarte por detrás.

—¡No, eso nunca!

—No preferirás que contamine a tu hijo. ¿O es que quieres que añada otro bastardo al que llevas?

—Creí que os conformaríais con caricias...

—Pues ten cuidado, porque te pedirán de todo. Eso, si no lo toman por la fuerza.

—Dejadme marchar, señor. Yo pagaré a Mme. Du Rameau, si es necesario.

—Aún no, querida, no es hora de marcharte. Veamos, resulta que has venido aquí a darme placer, pero sólo quieres hacerlo según los dictados atribuidos a unos ídolos en los que, sin embargo, demuestras no creer, ya que desobedeces el mandato de no fornicar, que es uno de los más importantes que se dice que han dado... Tienes un gran embrollo en la cabeza, y hay que deshacerlo cuanto antes, sobre todo si quieres dedicarte al oficio de hacer gozar a los hombres. Ven, te mostraré unos versos escritos por un amigo mío que piensa exactamente como yo sobre este tema. Es lo que me apetece hacer esta noche y es así como me complacerás.

—Bien, si sólo se trata de leer...

Pasamos toda la noche leyendo un libro de poemas, compuesto, en realidad, por mí, en el que arremetía contra las falsedades,

absurdos e hipocresías de la religión. Jeanne y yo estuvimos todo el tiempo leyendo y hablando, sin comer ni beber nada, ni acostarnos, ni tener trato carnal ninguno. Al final, dije a la chica que no dijera nada a nadie y le propuse volver el domingo siguiente para ir a comulgar a la iglesia de Saint-Médard y repetir la prueba de la que le había hablado. En realidad, sería la primera vez que me disponía a hacerlo, y no como prueba, sino como venganza; venganza vana, ya lo sabía, pero al menos me permitiría descargar mi dolor y mi asco, o al menos eso creía entonces.

Al amanecer, antes de que la alcahueta pasase a buscar a Jeanne, di a ésta una hoja en blanco para que la firmara, diciéndole que nada le pasaría si no hablaba, pero que iba a guardar su firma para estar seguro. No obstante, fue a la policía y pocos días después fui detenido y encarcelado.

No creo que Jeanne pensara que yo fuera a torturar o a matar a alguien, pues pude hacerlo con ella y no lo hice, ni siquiera lo intenté. Si hubiera deseado

torturarla, lo habría hecho a pesar de sus ruegos, y quizá más a causa de ellos, ya que el tipo de hombre que dicen que soy —y que a veces he descrito en mis novelas porque he sido su víctima— sólo siente más placer cuanto más dolor inflige. Tampoco creo que Jeanne creyera pacatamente en algo que ella misma desmentía con su conducta; es natural que, siendo tan joven, se asustase ante proposiciones extrañas y amenazas, pero no creo en la existencia de ramera beatas.

Hay quien cree que obtuve el placer de este encuentro escandalizando a la muchacha, pero olvidan que, de haber buscado eso, habría escogido otra clase de víctima, como una niña o niño lo más pequeño posible; al fin y al cabo, hubo quien no dudó en hacerme algo peor a mí cuando era niño... Pero no, lo que buscaba no era escandalizar, sino arrojar fuera de mí lo que me atormentaba, por más que no lo consiguiera. Años después llegué a saber por qué Jeanne me había denunciado, y no tiene nada que ver conmigo, pero no lo diré aún. Cuando lo

haga, verás que te repugna aún más que lo que acabo de contarte.

Lamento muchísimo, hijo mío, que hayas tenido que conocer esta parte tan triste y repugnante de mi vida. Sé que no puedes ni quieres creer —de hecho, yo tampoco— que alguna vez haya podido invadirme una pasión cercana a la locura, capaz de llevarme a confundirme con todo aquello que más odio. Pero tengo que decirte la verdad. Y también debo advertirte que nadie creerá que todo ocurriera sin haber cometido nunca los crímenes que, sin prueba ni víctima alguna, se me atribuyen. Vas a ver, sin embargo, que ni siquiera he albergado los motivos que sugiere un examen superficial de mis verdaderos actos.

En verdad, sería mucho más fácil para mí aprovechar, simplemente, la confianza que me tienes, y convencerte de que siempre me he comportado como has visto, porque así ahora no tendría que demostrarte que siempre he sido el que soy, ni mejor ni peor en cuanto a mente y corazón, aunque mis actos no hayan

sido siempre los que tú conoces. La tentación es, de veras, fuerte, pero nunca intentaré limpiar mi nombre con mentiras, ni tampoco escondiendo la verdad. No es mi objetivo una vana vindicación que, de todos modos, ya nunca veré, sino hacer que todo lo que he sufrido sirva, por poco que sea, para algo realmente bueno.

Para ello debo mostrar, muy a pesar mío, las cosas tal como fueron, a fin de que las razones por las que ocurrieron sean expuestas con claridad, y así sea posible intentar combatir las. Podría considerar inútil tal cosa ahora que mi vida ya termina y no puedo hacer nada por mejorarla, pero sé que si no revelo las causas de mi sufrimiento y de la forma que tuve de reaccionar a él, dichas causas crearán nuevos infiernos como el mío. Si no logro evitar siquiera uno, todo mi dolor habrá sido en vano.

No me arrepiento de haberme rebelado contra la crueldad y la iniquidad que dominan el mundo, aunque sí me tortura lo indecible haber dado pie a que se piense que odio todo aquello que más

amo. Es precisamente porque lo adoro que no puedo soportar su escasez, la monstruosa mezquindad con que la naturaleza lo ha distribuido entre sus criaturas, y su casi total ausencia en la sociedad humana. Ahora, Charles, piensa, reflexiona sobre mi rebelión. Pregúntate qué la provocó y contra qué se dirigió. Piensa qué otras cosas, buenas o malas, podría haber hecho y por qué no las hice. Pregúntate si mi rebelión era o no el deseo de entregarme a la maldad. Pregúntate si acaso no es que realmente me gusta torturar y ahora estoy tratando de disfrazarlo todo. Consulta archivos policiales, si es preciso. No temo el resultado de ninguna comprobación, ni tuya ni de nadie que se atreva a enfrentarse con los hechos en vez de aceptar cómodamente lo que todo el mundo dice tan sólo porque lo dice y no sería fácil decir otra cosa.

VII. TORMENTOS

El caso que te voy a contar ahora constituye la acción más violenta que he cometido en mi vida, pero lo que más te asombrará es el monstruoso aumento que le ha conferido la fantasía y que es creído por muchos como si fuera la realidad.

El domingo de Pascua de 1768 vi a una mujer joven en la plaza de las Victorias de París. Vi que abordaba a la gente como hacían algunas prostitutas, y creí que lo era. Se me acercó y me preguntó, con acento alemán, si le podía dar empleo o ayudarla.

—¿Querriáis hacer mi cuarto y mi cama? —dije.

—Sí, señor.

—Entonces acompañadme.

La llevé a una casita que tenía en Arcueil donde solía cenar con las amistades que conocía en el teatro, pero también pasaba allí noches con prostitutas. Justo al llegar vi que ya me esperaban unas actrices con las que había quedado. Dejé a Rose Keller en una habitación y le dije que esperase. Estuve charlando mucho rato con las chicas del teatro hasta que se fueron, y volví con Rose.

Me di cuenta, demasiado tarde, de que no era prostituta. No quiso tener tener coito y no la forcé a ello, pero la obligué a desnudarse y a tumbarse boca abajo en un diván, y así la azoté. Después de azotarla le di algo de cena y la encerré. Pensaba darle dinero al día siguiente y entonces dejarla marchar si no quería ser mi sirvienta y mi amante, pero temí por ella y por mí, pues de noche alguien podía hacerle algo peor, incluso matarla, y si se llegaba a saber que ella había estado en mi casa, yo podía ser acusado. ¡Quién me iba a decir que sería, por este caso, objeto de acusaciones muchísimo peores, sin que ocurriera, por suerte, nada más que lo que acabo de contar!

Atando ropa de la cama para usarla como cuerda, Rose escapó por la ventana y habló con una vecina. Me denunció. Alguien le recomendó sacar tajada cargando las tintas, y hubo muchos que las cargaron muchísimo más que ella. Dijo que yo la herí con un cuchillo, y es cierto que la amenacé, rocé y arañé con él, pero en ningún momento llegué a hundirlo. También dijo que yo había derramado lacre sobre sus heridas, y quizá tuvo esa impresión cuando me acerqué con una vela después de azotarla, pero tras denunciarme la examinó un médico y no halló heridas incisivas ni quemaduras, o al menos no vio nada más grave que los azotes. Tuve que pagar cien luisas y además fui encarcelado. Pero todo lo que se añadió a lo que dijo ella, hasta llegar a deformarlo, fue muchísimo peor.

Azoté a una mujer y se me hizo pagar por ello. A mí de niño me azotaban, y no sólo para castigarme, sino también por placer, porque además me violaban. Y nadie pagó por ello. Y los que lo hicieron debían enseñarme a mí a ser bueno, se suponía. Ahora ya era un

hombre. La gente me llamaba Señor Marqués. ¿Por qué no iba a desquitarme? ¿Por qué no iba a comportarme como los que eran poderosos cuando yo era débil? ¿Acaso no era su doctrina y su moral lo que había aprendido? Desde su punto de vista, fui débil y tonto. No llegué a violar a Rose. Podría haberla torturado hasta la muerte y haberme deshecho de su cuerpo como de basura. Algunos lo hacen y nadie les atrapa.

Yo nunca quise ser como ellos, pero cargo con su fama. Ya no me extraña tanto después de haber escrito ciertas novelas, pero entonces aún no lo había hecho, y ya se decía que yo había descuartizado a mucha gente, cuando tan sólo había azotado a una mujer. Pero nadie dijo nunca nada de los que me habían torturado y sodomizado, que tuvieron siempre buena reputación. Eso hacía arder en mí una infinita rebelión, que, para mi desgracia, fue vista como prueba de mi culpabilidad.

Muchos hombres azotan a mujeres por placer. Todos los prostíbulos están llenos

de látigos y flagelos, por no hablar de cosas peores. Yo nunca he azotado a tu madre, ni a mi anterior esposa; tan sólo he azotado a prostitutas, y a Rose Keller, creyendo, al principio, que lo era. Y no lo hice por placer, como más adelante sabrás. Pero, de los miles de azotadores de París, me encarcelaron a mí, y fue de mí de quien se dijo, sin pruebas, todo lo más horrible.

Te preguntarás cómo es posible que alguien pueda gozar torturando. En la mayoría de los casos, la saciedad de los placeres corrientes pide estímulos más fuertes. Además, el egoísmo pide al sujeto disfrutar él solo sin que otro comparta su goce, y aún más disfrutar precisamente porque el otro sufre. Por todo esto el vicio de torturar está tan extendido, y surgen grupos y hasta muchedumbres de violadores y torturadores hasta la muerte a la menor ocasión de impunidad, como has visto durante la Revolución.

Tú me amas, Charles, porque sabes que yo no gozo con estas cosas, sino todo lo contrario. Si en mi juventud hubiera tenido

esa clase de vicios, habrían ido empeorando con la edad, pues con la vejez y la saciedad mi sensibilidad habría mermado cada vez más y habría necesitado sensaciones cada vez más fuertes. Sabes que no fue así. Desde que salí de la Bastilla nunca más fui con prostitutas ni azoté a nadie.

Sí es cierto que escribí muchísimo acerca de todo lo peor que puede hacer un ser humano, incluso el mal no ya por placer, sino por el propio mal. Describí con mil detalles todo tipo de horrores, de crímenes, de obscenidades, y todo ello no hizo sino reforzar la creencia de que soy el más sanguinario torturador y asesino que haya existido jamás, como si sólo pudiera escribir sobre lo que hago, lo que me da placer y lo que deseo, y no pudiera hacerlo también sobre lo que más odio, temo y aborrezco, lo que más me repugna y atormenta. Por desgracia, lo que escribí sobre todo eso gustó a muchos que sí gozan con estas cosas. En cambio, la historia de Tamoë gustó a muy pocos. Si no escribo bien, ¿por qué gustan tanto justo aquellas de mis obras que, además

de lujuria, contienen los más horrendos crímenes? ¿No será que el crimen y la maldad gustan por sí mismos aunque se afirme lo contrario?

El vicio de torturar, y también el gusto por ser torturado, se adquiere cuando disminuye la sensibilidad, ya sea la física, la moral o ambas. Esta disminución es a veces innata, pues hay sujetos naturalmente poco sensibles por la peculiar constitución de sus órganos. Mucho más frecuente es que la sensibilidad mengüe por un accidente que altere la masa de los nervios, o la transmisión del fluido eléctrico que los excita, o la química de los humores que en ello intervienen. No obstante, la mayor parte de las veces hay una disminución progresiva de la sensibilidad, ya sea por desgaste o por saturación, de modo que lo que antes daba placer ya no produce ningún efecto, y el sujeto lo busca en acciones cada vez más violentas.

Al escribir sobre estas cosas cometí un grave error: las atribuí a un exceso de sensibilidad. Ello se debió a que yo sí

tengo una sensibilidad extremada, tanto en lo físico como en lo moral, y, por desgracia, he llegado a hacer cosas como las que te acabo de contar. Traté de buscar la raíz de todo ello y vi que yo era más sensible que la mayoría, por lo que, erróneamente, atribuí la misma causa a los vicios criminales.

Más tarde me di cuenta del error, y pensé que quizá lo que ocurría es que los sujetos más sensibles, al tener el sistema nervioso más delicado, quedan más pronto saturados o desgastados por las impresiones externas, y por ello su sensibilidad, inicialmente más alta, disminuye o desaparece. Me he percatado de que, nuevamente, estaba en un error.

Yo nunca he necesitado estímulos más fuertes que los normales para sentir placer o dolor. Muy al contrario, siento placer o dolor por cosas que resultan indiferentes a la mayoría. Entonces, ¿Qué me ha llevado a cometer actos como los de quienes tienen la sensibilidad algo mermada y necesitan dolor para llegar al placer? El dolor, físico y moral, ha sido siempre para mí sólo dolor, jamás me ha

dado goce alguno. Y puede darme placer la más delicada impresión física, el más leve estímulo emocional. Siendo así, ¿por qué llegué a hacer lo que hice, aun cuando no fuera más que sólo eso?

Cuando una emoción es muy fuerte, uno puede quedarse como helado, sin gritar, ni llorar, ni expresarla de modo alguno. Pero también puede ocurrir que la emoción se exprese de modo invertido, como cuando alguien llora de alegría, o enloquece y se ríe de su propia desgracia. En mi caso, entregarme a ciertas acciones como si me deleitaran puede compararse a cuando alguien termina de destruir, con aparente saña, aquello que más ha valorado, en cuanto ve que está roto. Es como dar cabezazos contra la pared o herirse para mostrar en el exterior el dolor que se siente dentro. Así, puede parecer que uno goza realmente con aquello que más le tortura: aparentar placer forma parte de su expresión invertida del dolor.

En los casos de baja sensibilidad, la tortura sí es una búsqueda de placer, mientras que en los de alta sensibilidad es una expresión invertida del dolor interior, cuya causa parecerá, en tal caso, ser una fuente de placer.

Hay fenómenos por sobreabundancia cuya apariencia es muy semejante a la de su respectivo fenómeno contrario, es decir, por carencia. Un vaso transparente, lleno de agua hasta el borde, no se diferencia, a primera vista, de uno vacío por completo; el nivel de agua sólo es visible cuando el vaso no está lleno del todo. El color azul sugiere frío, mientras que el rojo se asocia con el calor; sin embargo, una llama de fuego también puede ser azul, y las lesiones causadas por el frío parecen quemaduras, por lo que hay semejanza incluso en las consecuencias para dos causas contrarias.

La presencia abundante de algo puede tener un aspecto, y a veces unas consecuencias, muy parecidos a los de su ausencia. Con la sensibilidad, para mi desgracia, ocurre lo mismo. Y como la falta

de sensibilidad está muchísimo más extendida que su exceso, se ha creído que lo primero es también mi caso. Mientras tanto yo he creído, en cambio, que la aparente falta de sensibilidad era, en todos los casos, justo el signo de su exceso, dado que así era en mí, y a punto he estado de morir sin llegar a comprender que se trataba de un error.

La obscenidad y la tortura eran, en mi caso, una expresión de dolor y de asco, y, sobre todo, de la rebelión que éstos me provocaban. Si algún placer obtuve de ello fue el de la rebelión misma, no el del sufrimiento. El placer que el dolor parecía provocarme es como la risa de quien ha enloquecido ante una catástrofe absurda: no es placer verdadero, sino sólo una apariencia de él.

Viví atormentado por mi propio sufrimiento, y también por lo que la razón me decía del mundo, de la naturaleza y del ser humano. Sin ver otro modo de escapar a mi dolor, traté de ahogarlo en el desenfreno del libertinaje. En parte fue una revancha, pues fue el libertinaje de

otros lo que me hundió en el tormento. Pero mi pretendida venganza fracasaba cuando la búsqueda de placer, en vez de ahogar el dolor, hacía más vivo su recuerdo, lo cual me lanzaba al abismo del cual había tratado de huir. El ver, además, la hipocresía reinante me llevó a rebelarme con toda mi alma contra quienes pretendían juzgarme y castigarme cuando no eran moralmente mejores que yo, y eso se ha confundido con una justificación de crímenes que, en realidad, nunca cometí.

VIII. EXCESOS

El mundo está organizado de forma contraria a mi corazón, y aunque mi mente sea capaz —podría decirse que mi peor mal reside en esta capacidad— de ver claramente los crueles principios que rigen la naturaleza, no puedo estar ni estaré jamás dispuesto a vivir conforme a ellos, y muchísimo menos a atribuirles perfección, o, peor aún, excelencia moral, como hacen los hipócritas que la suerte favorece y los pobres inocentes a los que éstos hipnotizan.

Pero esta rebelión, tan justa como demencial, tan sólo puede dar un mínimo buen fruto con el saber que dan los años, acompañado éste, además, del amor de alguien que, de algún modo, comprenda su motivo. De lo contrario, como mi triste juventud ejemplifica, no conduce más que a la comisión de errores, que, según las circunstancias, pueden llegar a ser gravísimos.

Sacar de los hechos de mi vida lecciones que otros puedan aprovechar requiere, por mi parte, cierta medida de descripción, aunque procuraré no dar con ella demasiado placer a mis enemigos. Lo haré para que juzgues correctamente qué me ha hundido en el abismo en que me hallo y sepas cuáles han sido realmente mis acciones, diferenciándolas de todo lo que se les ha añadido para el deleite secreto de los supuestos defensores de la virtud.

Te hablaré en primer lugar de un escándalo que, debido a los anteriores, se magnificó monstruosamente y desgració mi vida para siempre.

En 1772, durante un viaje a Marsella, estuve con varias prostitutas y mi criado Latour. Azoté a las mujeres y ellas me azotaron mucho más a mí, y todo lo que hicimos aparte de esto fue de lo más vulgar en un encuentro semejante, de los que hay cientos de miles cada día. Habrá quien diga que ahora, al decir esto, te estoy pervirtiendo, pero tú eres lo bastante inteligente para ver que en ningún momento digo que lo que hice

entonces fuera bueno, o que no fuera malo, de lo contrario no te estaría contando sus malas consecuencias. Que algo se haga mucho no implica que sea bueno, igual que la infrecuencia no siempre entraña maldad.

El problema tras aquella orgía vino cuando una de las muchachas se puso muy enferma, según se dijo, por unas pastillas que yo le había dado. Eran pastillas de anís que yo solía tomar, pero esta vez contenían, al parecer, cantárida o polvo de mosca española, un hermoso escarabajo verde brillante que quema al tocarlo, y cuyo polvo, sumamente irritante, se utiliza en dosis diminutas como afrodisíaco, pero es veneno en dosis mayores.

Yo nunca he tomado cantáridas. No las necesito. Y si lo hiciera me matarían, pues mi cuerpo no soporta las sustancias irritantes. Ni siquiera puedo comer con especias. Por eso no creí que nadie enfermara por mis pastillas, pues yo tomé también aquel día y no me hicieron daño alguno. Más tarde supe que mi criado, para

darme una agradable sorpresa, añadió el polvo de cantáridas a mis pastillas a mitad de la orgía, cuando yo ya no tomé más de ellas pero seguí ofreciéndolas a las muchachas.

Cuando me hube marchado, una de las jóvenes se sintió mal y otra se puso muy grave. Me denunciaron a la policía por envenenamiento. Supongo que, como al principio no sabían qué había en las pastillas, querían encontrarme para que lo dijera y así hallar a tiempo un antídoto. Como todo va más lento según quién es la víctima, las chicas creyeron que se me encontraría más rápido si se me buscaba por perverso que por asesino. Al fin y al cabo, un asesino de ramera libra al mundo de sus perniciosos efectos, mientras que un perverso los multiplica, o al menos eso piensan los santurriones. Por eso las chicas decidieron exagerar respecto a lo que hice con ellas y con mi criado, y aunque luego retiraron los cargos, toda esa inmundicia ha quedado pegada para siempre a mi nombre.

Me describieron azotando a una y a la vez copulando con otra y excitando a mi criado con la otra mano, lo que hace tres ritmos diferentes a la vez. Para la imaginación de algunos tal cosa resulta divertida, pero en la práctica, si acaso se puede lograr, eso no debe de ser muy placentero, ya que exige poner la atención en varias cosas a la vez, cuando el verdadero placer en la cama es liberarse de la necesidad de prestar atención a nada, o ponerla en una sola cosa a la vez, y que sea esta sola cosa la que multiplique las sensaciones. Dijeron también que me hice sodomizar por mi criado mientras yo penetraba a una mujer, y se me condenó a muerte por ello más que por intento de envenenamiento, lo cual te da una idea del tipo de moral imperante, ya hiciera yo esas cosas o no.

En los prostíbulos se hacen cada día cosas mucho peores que esas, y nadie corre a denunciarlas. Pero alguien se divertía con tales relatos, fueran ciertos o no. Alguien a quien no bastaban los simples cuentos picantes que algunos intercambian en las tabernas, y pedía

informes a la policía sobre historias de ese cariz, supuestamente auténticas. Éstas, de paso, servían para poder acusar a ciertos sujetos, poco gratos por otros motivos, o cuyas aventuras galantes sirvieran, con el escándalo, para tapar otro tipo de cosas. Fue este espionaje político de cama lo que ya llevó a Jeanne Testard a denunciarme años antes. Muchas prostitutas, y, sobre todo, alcahuetas se hacían pagar la información; de otras la conseguía el chantaje o las amenazas, y otras, sin pretenderlo, la daban ignorando el espionaje. Ten por seguro que se aprovechaba todo.

Es cierto que realicé actos obscenos. Y también que hubo latigazos, aunque yo recibí la mayor parte. Si por eso merezco ser condenado a muerte o encerrado de por vida, imagina cuántos no lo merecen mucho más.

En cuanto a intentar envenenar a las muchachas, no hay motivo alguno por el que pudiera querer hacerlo. Probar venenos tiene sentido cuando se trata de una sustancia nueva, pero la cantárida es bien

conocida; además, de haber querido hacer una prueba, la habría hecho en un lugar escondido donde al menos pudiera comprobar el resultado.

Hasta suponiendo que yo obtuviera placer al ver a alguien morir envenenado, ¿qué ganaba envenenando a unas mujeres cuya agonía no iba a poder contemplar? Y si el placer era el mal por el mal, ¿por qué no ir a buscar, en vez de prostitutas, a niños inocentes muy pobres, por los que nadie se preocuparía, más despreciados incluso que las prostitutas? Y si mi capricho criminal no era otro que el envenenar prostitutas, ¿por qué dejé tantas pistas?

Por lo visto, a muchos les da placer imaginar que, además de monstruosamente malvado, soy absolutamente imbécil. Creen que eso les hace parecer buenos y sabios a mi lado. Perdonemos su debilidad, pues también proviene de la naturaleza. Nadie elige nacer tonto; al menos yo sé eso, cosa que los que me insultan parecen ignorar, o no les haría tanta gracia pensar que lo soy.

Es cierto que más tarde cometí la estupidez de hacer novelas sobre los crímenes de los que se me había acusado, y en una hay personajes que gozan contemplando muertes por envenenamiento, y también otros que hacen el mal no ya por placer, sino por el propio mal, pero todos mis personajes planifican bien sus crímenes, y desde luego no dejan el reguero de pistas que se supone que yo dejé. Lo cierto es que ni siquiera mis supuestas víctimas creyeron —salvo quizá, en un primer momento, llevadas por el miedo— lo que se ha dicho de mí, y por ello retiraron los cargos, por más que luego a mi familia le interesó mantenerme preso.

Por desgracia, no sólo yo escribí sobre estos temas. Antes y después hubo muchos otros que también lo hicieron, sin tomarse la molestia de crear personajes imaginarios. Pensaron que no había por qué trabajar tanto, pues bastaba con idear horrores (cosa fácil por poca imaginación que se tenga) y atribuirlos luego todos al marqués de Sade. Yo, dentro de la cárcel, no podía defenderme, pues bastante

ocupado estaba ya con intentar salir de ella. No debí escribir sobre ciertas cosas, pero otros lo hacían ya, y además mencionando mi nombre. ¿Por qué no iba yo a usar, al salir de la cárcel en tiempos de miseria, ciertas ideas para ganarme el sustento, cuando había quien las pregonaba como actos reales míos? Ahora veo que fue un error, pero ¿cómo podría haberlo evitado?

Esta vez el escándalo fue tan grande que mi familia decidió hacerme encerrar por loco, no tanto por lo que yo hubiera hecho como por el mal nombre que eso les traía. Por cada cosa cierta, los rumores añadían mil mentiras que no paraban de crecer, y, de no hacer nada al respecto, mis parientes habrían sido vistos como cómplices. No obstante, no se daban cuenta de que, al actuar así, me hacían parecer culpable de cosas que no hice, y ello excitaba mi rebelión, que para muchos confirma mi culpabilidad.

Tras escapar de la prisión en la que me había hecho encerrar mi suegra por este asunto de Marsella, viví oculto durante un

tiempo, parte del cual pasé en mi casa, en el castillo de La Coste, pero pronto estallaron allí nuevos escándalos cuando contraté sirvientes muy jóvenes.

Tres años después de mi fuga de Miolans, hallándome de incognito en La Coste, quise contratar sirvientes, sobre todo muchachas. Como constaba que en el castillo tan sólo vivía mi mujer, parecía normal tener más criadas que criados. Y así yo podría, además, durante los viajes de mi esposa a París por gestiones o a casa de sus padres, aprovechar para tener trato carnal con las muchachas, aunque, claro está, entonces no se lo dije a ella; se lo confesé más tarde, nuevamente encarcelado, para que viera que, por más que mi conducta fuera libertina, no he matado nunca a nadie. No creo que ella lo haya pensado nunca, pero en la cárcel, preso también de todo lo que se había dicho de mí, temí que le hicieran dudar a base de repetirle siempre lo mismo, tanto más cuando sospeché que mi suegra había prestado atención a los rumores.

Como iba a ser difícil encontrar servidumbre por mi mala reputación,

busqué a las jóvenes mediante una alcahueta de Lyon llamada Nanon, que reclutó a varias muchachas y un muchacho de unos quince años, y me envió con ellos a su sobrina, de unos veinte, llamada también Nanon. El reclutamiento no fue forzoso. Los jóvenes no estaban prisioneros ni solos, sus padres consintieron en que fuesen contratados y sabían dónde iban a estar. De haber asesinado yo a alguno, podían denunciarme, y lo hicieron habiéndolos devuelto todos vivos.

Es verdad que, aprovechando las ausencias de mi esposa, me acosté con las muchachas. Pero ninguna fue raptada ni violada, y mucho menos asesinada, como se ha pretendido. Lo que ocurrió fue que la madre del muchacho habló con una mujer que sabía lo de los cien luses de Arcueil, y se puso de acuerdo con las otras familias para sacarme dinero cargando las tintas. Dijeron que yo había raptado y violado a sus hijos (a lo que el coro de rumores añadió torturas, vivisecciones y asesinatos). Los muchachos regresaron a sus casas con un certificado médico. Todos menos una chica que, tras

rechazar mis proposiciones y amenazar con denunciarme, escapó y fue a parar a casa de mi tío. Mis otros criados habían intentado detenerla, y al huir resultó herida. No era nada grave, pero sabiendo el efecto multiplicador de los rumores, la mantuvimos en casa de mi tío el abad Sade en Saumane hasta que estuvo curada del todo, pues temimos que se dijera que yo la había atacado para forzarla, o que había intentado matarla, o que la había torturado. Recuerda que, por probar un bálsamo que había comprado para mí en las heridas de Rose Keller, se dijo que yo hacía experimentos con vivisecciones.

Cuando todos los jóvenes, incluso la chica que había escapado, hubieron regresado a sus casas, busqué otro grupo de muchachos, pero tan sólo estuvieron en mi casa unas pocas horas. Hice proposiciones a las chicas, pero ellas y los muchachos quedaron de acuerdo para marcharse, me lo dijeron y accedí. Lo malo fue que uno de los chicos conocía al padre de mi cocinera, y ella, de veintidós años, no quería casarse con

quien designaba su familia. Su padre vino a reclamármela de malos modos, y, aunque su hija se negaba a ir con él, me disparó y me hirió, y, cuando fui a denunciarle, me encarcelaron a mí. A pesar de todo, la joven no quiso seguir a su padre, y una vez yo estuve preso, se fue con mi mujer. Pregúntate si habría hecho lo mismo de haber sido torturada por mí, o de haberme visto torturar o matar a alguien.

No hay denuncias, ni noticias, ni siquiera rumores que me atribuyan una sola desaparición concreta de alguien que no apareciera luego vivo. Tampoco hay más cadáveres que la colección de huesos que una actriz llamada Du Plan trajo a mi castillo para montar un decorado, y que después, harto de verlos, hice enterrar en el jardín. Tengo una lista con el número y tipo de huesos, pues no eran esqueletos completos, pero nunca nadie se ha dignado a mirarla, porque en realidad no se me ha juzgado por asesinato. De haber sido el caso, se me habría juzgado para encarcelarme o matarme, pero tal cosa no hacía falta porque ya estaba encarcelado y civilmente muerto por deseo de mi familia. Saber la verdad no

importaba a nadie entonces, y ahora tan sólo te importa a ti.

Muero en un manicomio, pero no soy tan idiota como para cometer los crímenes chapuceros que los rumores me atribuyen. Imagina un asesino que elige, para violarlas y torturarlas hasta la muerte, unas víctimas cuyas familias van a saber su paradero, así como el nombre y la dirección del criminal, que luego las deja escapar vivas a todas, e ilesas a todas menos una, que huye por su propio pie. ¿No es ridículo todo esto?

Hasta el más tonto de los criminales encadena a sus víctimas en un lugar secreto, al menos si piensa violarlas y torturarlas. No me gustaría que leyeras lo más horroroso que he escrito, pero si lo haces verás que ninguno de los personajes criminales que aparecen comete ni una sola de las estupideces que se dicen de mí.

Otros llegaron a decir después que yo había enterrado cadáveres en el jardín de la casa de Saint-Ouen, donde jugabas tú. Haz memoria y piensa si

alguna vez me has visto cavar allí, o has encontrado tierra removida que pudiera tapar un cadáver. Tú estabas conmigo casi todo el día. Piensa si me viste alguna vez hacer algo sospechoso, o que te pareciera raro.

Si soy capaz de planear bien los crímenes en las novelas, ¿por qué no puedo hacerlo en la vida real? Y si mis impulsos son demasiado fuertes para seguir un plan o hacer las cosas con prudencia, ¿por qué no me han hecho ir más allá? ¿Acaso no es ridículo que alguien pueda diseñar con todo detalle los peores horrores, así como la manera de salir impune tras cometerlos, y luego se deje atrapar por azotar unas nalgas? Por lo visto hay quien obtiene placer imaginando que en mí se reúne la más horrenda maldad con la más absoluta estupidez. No es que la gente crea, o tema, o lamente que existan ciertas cosas; es que goza pensando que existen, y el éxito de mis novelas llenas de horror y obscenidad es prueba de ello. Yo, en cambio, sí lamento que existan esas cosas

que agradan a otros, y que éstos sean como son. Reconozco que he sido superado en imaginación por quienes me maldicen, pues todavía no se me había ocurrido unir el crimen y la lujuria a la más rastrera imbecilidad, y eso es lo que, por lo visto, creen o quieren ver en mí.

Es cierto que he cometido excesos. No voy a decirte que ello sea bueno ni a incitarte a que lo hagas, pues no quiero nada que te perjudique. Pero jamás me he entregado a las acciones malvadas que cometen alegremente quienes no dudan en atribuírmelas. Muchos creen que las he cometido y ven la prueba de ello en mis escritos, pues digo en ellos que estas cosas no ofenden a la naturaleza, sino que siguen sus leyes. Pero una cosa no implica la otra.

Tú sabes que una cosa es lo natural y otra lo bueno. Los venenos de plantas y animales son naturales, y no son por ello menos malos. También son naturales los terremotos, las inundaciones, las erupciones volcánicas y los rayos. Si creemos que son

un castigo divino, habremos de pensar que no hay víctimas inocentes, ni siquiera los recién nacidos. Pero muchos asesinos y torturadores quedan impunes y mueren de viejos. ¿No será que la naturaleza es indiferente al bien y al mal, ya exista o no, además de eso, un Dios, un cielo y un infierno?

Un crimen, el peor crimen, es natural desde el momento en que no hay leyes físicas que lo impidan, igual que no impiden el fuego, el viento, el calor o el frío, que también pueden matar. ¿Considero por ello bueno el crimen? La respuesta es NO, igual que no quisiera morir por un rayo, ni en el incendio causado por éste. También odio lo que ya está causando mi cercana muerte, pero sé que es natural, igual que lo es todo, pues nada que vaya contra las leyes físicas puede llegar a existir. Lo contranatural, sea bueno o malo, no puede suceder. Sería bueno para mí volver a ser joven y estar sano, pero eso sí es contranatural, y por ello sé que nunca ocurrirá. Y si alguna vez mis actos fueron malos, ninguna fuerza natural impidió que tuvieran lugar, y tampoco lo

habría hecho de ser ciertos los crímenes que la fantasía me atribuye. Si algo, bueno o malo, ocurre en la realidad, es porque la naturaleza no lo impide. Parece mentira tener que repetir esta obviedad, pero la estupidez abunda; ésta se guía por las apariencias, y como todas están, como ves, en mi contra, me veo obligado a reiterar la misma tontería.

Nada está más lejos de mis intenciones, amado mío, que incitarte al crimen. Cuando eras niño te enseñé todo lo contrario de eso, y sigo diciéndote lo mismo. Precisamente, lo que me empujó a cometer los errores que lamento fue mi dolor al ver que la maldad es natural y rige el mundo más que la bondad. Sigue como hasta ahora, hijo. Hay quienes gozan con la maldad, y no debemos ignorarlo, pero ellos no son como nosotros. Yo puedo adquirir su apariencia, pero no su realidad. Mi corazón está en Tamoë con el tuyo, y nada cambiará eso.

IX. DE CÓMO EL MAL TEATRO MATÓ A MI HIJA

Ya te he hablado de la joven Nanon, que fue mi sirvienta. Su error fue ignorar el verdadero alcance de la hipocresía que nos rodeaba, y ése fue también mi error. El error de mi familia fue el miedo. Miedo por causa de la hipocresía malvada que lo gobierna todo.

Me acosté con Nanon y ella quedó encinta. Tan pronto como esto se supo, mi familia le buscó un marido en el pueblo, y la obligó a casarse. Un tiempo después, mis criados, descontentos con lo que se les podía pagar tras los pleitos ruinosos que habíamos tenido, fueron mal aconsejados, sobre todo Nanon, a la que se incitó a amenazarnos con denuncias que ya nada tenían que ver con la paga, y sobre asuntos que en realidad no importaban a nadie, como si íbamos o no a misa o si guardábamos o no la cuaresma. Vecinos malintencionados aconsejaron a Nanon denunciarnos por estos motivos, pues así se haría, según se

le dijo, más caso de la denuncia que si ésta se limitaba a reclamar la paga.

Nanon pecó de inocente. Pensó que sería más provechoso y menos perjudicial amenazarnos con tales denuncias gritando a la marquesa que yendo directamente a la policía sin decirnos nada, como le habían aconsejado.

No quería hacernos daño, sino que pagáramos lo debido, imaginando quizá que podíamos hacerlo, y sin ser consciente del gran peligro que el escándalo suponía. Sin duda se le dijo que, aunque nos acusara de todo lo peor, no nos pasaría nada, pues los ricos siempre salen impunes de todo, y que lo peor que podía ocurrir es que soltáramos un poco del mucho dinero que nos sobraba, según se creía.

Pero no era así; varios juicios y un abogado traidor al que tenía por amigo gastaron más que todos mis derroches, y si todo hubiera podido solucionarse con dinero, no habríamos corrido tan enorme

riesgo por el sueldo de unos criados. La impunidad, además de riqueza, requiere, sobre todo, hipocresía, prestarse gustoso a la farsa repugnante de la decencia de pacotilla. Sin riqueza ni hipocresía, mi condena era segura.

Mi familia temió las consecuencias de un nuevo escándalo peor que los anteriores, pues ya no se trataba de vulgar libertinaje, ni de rumores sobre asesinatos, sino de la sacrosanta e intocable hipocresía. Abundan los obispos y cardenales que pecan de lujuria, pero se supone que es peor aparentarlo, incluso sin hacerlo, que hacerlo sin aparentarlo. Se supone que los condes y marqueses que se entregan a orgías con ramera deben ir a misa, con las ramera detrás si hace falta, y luego volver a lo suyo. Yo no quería prestarme, en mi vida privada, a tal teatro, más degradante aún que el propio libertinaje. En nombre de la virtud, la castidad y la pureza me llevaron a Sodoma; no quería recordarlo cada día en mi casa, y se me atacó por ello.

El miedo al escándalo llevó a mi mujer, sin duda aconsejada por su madre, a denunciar a Nanon con la acusación falsa de robar unos cubiertos de plata. Oponerme a ello habría sido inútil dadas las circunstancias, y además yo también temía un nuevo escándalo. Una vez presa Nanon, mi suegra la hizo retener en prisión por *lettre de cachet* para que no dijera nada, y poco después me hizo encarcelar a mí del mismo modo. A la pobre Nanon le quitaron el bebé, que murió de hambre al ser entregado a una nodriza que se había quedado embarazada. Nanon no supo nada de su hija sino hasta mucho después, tras muchos meses de encierro, sólo para saber que había muerto.

En la cárcel me hicieron acusaciones absurdas diciéndome que Nanon había declarado horrores sobre mí, lo cual era falso. Incluso ella llegó a enterarse de esta infamia, y, en su desgracia, se apiadó de mí y me lo hizo saber. Me escribió diciendo que ella nunca había dicho las cosas de que se me acusaba según su supuesta declaración.

Ambos estábamos presos y fuimos moralmente torturados. Y podrían habernos matado, o sometido a tormento físico, todo por el mal teatro que gobierna el mundo. Hicimos mal, sí, y sufrimos castigos, pero no se puede hablar de justicia. Que no se diga que fue por nuestra conducta libertina, pues conductas tan libertinas o más que la nuestra no son castigadas en los que actúan según el libreto y no se quitan jamás la máscara.

Nuestra hija murió víctima del mal teatro, eso sí, debidamente bautizada y con el nombre de otra persona como padre. Se considera más decente y menos pecaminosa una mentira oficial que un hecho real de la naturaleza cuando no es acorde a la hipocresía.

Descansa en paz, Nanon de Sade, actriz forzada.

Tu padre viene hacia ti.

X. MUJERES

Siempre me he sentido atraído por las mujeres, y no sólo por sus cuerpos. Ellas han formado parte de lo que más he amado. No te extrañe, pues que ellas hayan sufrido cuando he exteriorizado mi dolor, igual que ha sufrido mi propio cuerpo. Es cierto que en mis novelas más conocidas muestro todo el desprecio que sus verdugos sienten por ellas, pero ésa es la realidad de quienes así se comportan. Lo triste es que se cree que mis pensamientos son éstos, además de mis actos, lo cual no es verdad.

En esas mismas novelas personifico tanto el vicio como la virtud en dos mujeres, dos hermanas, como las dos máximas expresiones de la bondad y la maldad. No he divinizado a las mujeres, pero tampoco las veo sólo como la encarnación del mal, como hacen muchos que sí las torturan pero no tienen mi reputación. Siendo las mujeres más delicadas, pensé que serían también más sensibles, y que por ello se verían más

fuertemente afectadas por las pasiones, tanto las que llevan al bien como las que llevan al mal, y por eso representé los dos extremos mediante mujeres.

Como todos los hombres, me he sentido atraído por la belleza del cuerpo y por el placer erótico, y eso fue lo que busqué en las prostitutas y algunas amantes. También es cierto que azoté a varias prostitutas y quizá a una que no lo era, pero en tales casos veía a las mujeres como una extensión de mí mismo, y mis actos como una forma de torturarme más fuerte que cuando me azotaban ellas, cosa que hacía por el impulso de exteriorizar mi tormento interno. Si esto me hace merecedor de mis desgracias, sea, pero yo nunca he odiado ni despreciado a las mujeres, como creen algunos, y tampoco las he matado tras atormentarlas toda su vida como hacen otros que no tienen mi pésima fama ni mueren en un manicomio.

A diferencia de muchos que se horrorizan al oír mi nombre, yo nunca he visto a las mujeres como cuerpos desprovistos de inteligencia y sensibilidad,

y por ello busqué entre ellas el amor, pues creí que, si tal cosa existía, sólo podría hallarla entre ellas.

Al buscar el amor, busqué ante todo a alguien capaz de comprenderme, alguien ante quien poder desnudar mi alma, que acabase con el tormento que me impulsaba a hacerme daño y a parecer odiar lo que más amaba. Nunca encontré lo que buscaba, pero aun así he de reconocer que el máximo bien que he tenido en esta vida me lo han dado mujeres, especialmente tres: mi esposa Renée, mi amada Constance y quien te ha hecho llegar lo que ahora lees.

Como ya te conté, mi esposa me fue impuesta, lo que me provocó un rechazo hacia ella mucho mayor que el hecho de que, al principio, no me atrajera su aspecto. Además, la habían educado de un modo que no me gustaba, obligándola a mostrar siempre una actitud mojigata y sumisa, por más que tal actitud no fuera natural en ella. No me apetecía acercarme a ella para conocerla mejor, pues la veía esclava del mal teatro que la rodeaba, y

ella, por dicha esclavitud, no osaba conocerme más ni mostrarme su verdadera forma de ser.

A su manera, mi esposa me amaba, pero yo tenía la impresión de que ella estaba enamorada de un personaje al que su fantasía había dado mi forma. Yo rechazaba su absurda aceptación de las injusticias que se le imponían, y en realidad no veía en ella a mi mujer, sino a los Sade y a los Montreuil manipulándonos para satisfacer al conjunto que les manipulaba a ellos, lo cual me rebelaba y me provocaba un profundo asco.

Me dediqué a distraerme con las amantes, actrices, prostitutas y sirvientas. Me enamoré de algunas actrices y me acosté con muchas más, pero aún no había llegado a mi vida la que me amaría de veras.

Mi pobre esposa sufría por todo ello, pero yo no sabía cómo evitarlo. Tenía que hacer lo que hacía para no volverme loco. Contárselo todo a mi mujer habría sido

imposible, porque yo no habría sabido hacerlo y porque ella, con las ideas que le habían inculcado, no lo habría entendido.

Mis infidelidades no se debían sólo al apetito carnal. Estaba también, por un lado, la necesidad de amor, y por el otro, la de distraerme para olvidarme de lo que me atormentaba, por más que esa búsqueda de placer no hiciera sino recordármelo y lanzarme a lo único que, por desgracia, se conoce de mí.

La hermana de mi esposa tenía tanto un físico como un carácter más atractivos para mí, y nos enamoramos. Incluso planeamos fugarnos y casarnos en otro país, pero todo fracasó cuando ella se enteró, en 1772, de lo que yo había hecho en Marsella, amén de los horrores que la fantasía de otros añadió a la realidad. Luego mi pobre esposa tuvo que aguantar mis infidelidades con sirvientas, hasta que mis suegros consiguieron una carta sellada por rey para hacerme encerrar de por vida, con plena aprobación de los Sade, que no querían su reputación manchada,

pero que no se preocuparon de desmentir las falsedades que se decían de mí, ya que todo eso les ayudaba a tenerme prisionero para siempre (o no me explico que no hicieran nada).

Una vez estuve preso, mi esposa me demostró toda su bondad, aunque a veces yo reaccionaba agriamente por la aparente sumisión de ella a los Montreuil y a los carceleros. Lo cierto es que ella luchó con todas sus fuerzas por conseguir mi liberación, lo que puso en su contra a toda la familia. Mientras duró mi encierro, Renée procuró conocerme realmente, y yo hice lo mismo. Llegamos a enamorarnos apasionadamente, aun sin tener apenas contacto que no fuera por carta. Ella dejó de amar al ser imaginario que la ilusión había mezclado con la obligación, y empezó a amar a un hombre real, probablemente al más difícil de comprender que hay en el mundo. Yo, estando preso, llegué a conocerla mucho más que cuando la tenía al lado, ya que ella fue a mi casa por obligación, pero venía a la cárcel voluntariamente, con todo en su contra, pues su familia quería

separarla de mí. Sus cartas fueron lo que me mantuvo con vida. Cuando mis tormentos me impulsaban a a querer romperme la cabeza contra los muros, y no tenía el consuelo que ella me aportaba, me ponía a escribir todos los horrores y obscenidades que me salían del alma, y que tanto gustan a los santurrones que me maldicen.

Al final los Montreuil lograron separarme de mi mujer, y al salir de la cárcel, después de habernos amado tanto de aquel modo, ella no quiso volver conmigo. Yo sabía que ella era buena, que me había amado de veras y que era la madre de mis hijos, y por eso no quise hacer nada que la perjudicara, ni siquiera de palabra. Pero, como ya he dicho, la vida y la libertad ya no tenían sentido para mí, y prefería estar muerto. Sólo tu madre logró salvarme de aquello.

No exagero cuando digo que, en la prisión, mi mujer era lo único que me mantenía vivo. Tanto es así, que escribí a mis suegros que jamás quería salir de la cárcel si ello suponía renunciar a mi

esposa, y que prefería la pena de muerte o morir en la prisión antes que la libertad sin mi mujer. Aun así, la indujeron a separarse de mí una vez hube salido. Debían de conocerme mucho mejor que los que inventan historias a mi costa, pues, ¿cuál no iba ser la venganza del marqués de Sade, en un mundo en el que, como como en sus más horrendas novelas, hay maridos que matan a sus mujeres y a sus hijos? La venganza contra esos suegros inductores tendría que haber sido terrible, pero el perverso y degenerado Sade se conformó con salvarles de la guillotina, arriesgando su propio cuello.

Al andar por la calle después de tanto tiempo, tuve la sensación de haber sido trasladado a otra cárcel, no la de haber sido liberado. Curiosamente, poco antes de la toma de la Bastilla me habían traído aquí, a Charenton, y eso fue entonces para mí peor que si me hubieran puesto ante la guillotina. Eso era también cortarme la cabeza, sólo que de otro modo: declarándola inútil y dañina, peor que oficialmente muerta; una cabeza malvada

que había que castigar reduciéndola a la muerte en vida. Por suerte me soltaron y os conocí a tu madre y a ti. La libertad ya no me ofrecía nada. Había salido de Charenton sólo para entrar en un manicomio más grande, donde todo es absurdo. Pero si una mujer me matuvo vivo en la cárcel, otra salvó mi vida cuando, al salir, se me privó de mi esposa.

Tu madre me salvó la vida. Fue su virtud, verdadera y sin egoísmo, la que hizo conmigo lo que cárceles y manicomios jamás han logrado. No he podido contarle todo lo que te estoy contando ahora, pues son cosas tan difíciles de comprender que ni yo mismo sabía cómo decírselas. Pero a ella le bastó con saber que no soy el monstruo de maldad que la gente cree, y eso me hizo agradecer su bondad tratando de merecerla. Llegó al extremo de querer quedarse conmigo cuando volvieron a encerrarme aquí en Charenton; no le dio miedo el manicomio, ni el marqués de Sade, ni la fama asociada a ellos, lo cual merece todos los homenajes de los corazones honrados.

Pero aún debo la vida a otra mujer. No puedo finalizar sin mencionar mi agradecimiento por quien ha arriesgado su reputación, lo más valioso que posee, para que tú tengas entre tus manos lo que estás leyendo. Lo ha hecho sabiendo que, dada mi condición, nunca podrá obtener nada de mí. El vicio jamás actúa de este modo. Por ello es justo que honre la virtud de esta joven antes de hundirme para siempre en el silencio, pues, sin ella, éste me envolvía ya en vida.

XI. PRISIONES

He estado en muchas prisiones, visibles e invisibles, y voy a morir en una, o, mejor dicho, en varias a la vez. Casi todas son fruto de la hipocresía que gobierna el mundo, o encuentran en ella su mejor apoyo. La primera de mis prisiones fue que la verdad casi nunca se dice, y que todos menos yo, o casi, lo ven como lo más natural del mundo. Mi segunda prisión fue no saber que yo no era como la mayoría en mi forma de pensar y sentir. Mi tercera prisión, la más horrible, fue el libertinaje disfrazado de virtud, del que fui víctima muy pronto, y que sembró en mí el infierno que tantos malvados creen mi paraíso. Otra prisión fue la guerra, y otra prisión fue el no ser libre para buscar el amor.

Consecuencia de todas estas prisiones fueron los actos que me llevaron a las cárceles de piedra con barrotes y cadenas de hierro, y aun estas últimas prisiones son también un monumento a la hipocresía. Esto que digo será visto como

prueba de mi maldad, pero sólo hay que ver los hechos para comprobar si miento.

Si de veras las cárceles existen por justicia, ¿por qué hay tantos culpables peores que yo que jamás entran en ellas? ¿Y por qué otros, más inocentes que yo, sufren condenas mucho peores que la mía? Lo más razonable que se puede responder es que se trata de una institución humana, y que por ello es falible, pudiendo incluso llegar a ser perversa. Pero yo digo que además es inútil, pues los peores criminales no se dejan disuadir por ella, ni por la tortura, ni por la muerte. Hay dos clases de asesinos: los pasionales, que se dejan arrastrar por lo que sienten sin pensar en las consecuencias, y los calculadores, que saben cómo aparentar no ser culpables de nada. Ninguno de estos dos tipos de criminales es disuadido por las amenazas.

Si no es útil para disuadir, tampoco es útil para reformar, pues quienes han cometido los crímenes más graves no se reforman jamás; en muchos casos no entran en la cárcel, y en otros casos se

lanzan de nuevo a lo mismo, con la rabia añadida por el encarcelamiento. Si se les deja presos para siempre o se les mata, habrán sido eliminados, pero no se habrán hecho menos malos. En cuanto a los que cometen delitos menos graves, la cárcel, lejos de reformarles, les hace peores de lo que eran al entrar, por lo que el efecto es el contrario al buscado. Y como protección contra los malvados es muy poco eficaz, pues muchos de los peores quedan fuera y los menos peligrosos se pervierten allí cada vez más

Yo he estado en muchas cárceles, y ninguna me ha hecho mejor ni me ha enseñado nada bueno. Todo lo que he aprendido de mis prisiones es más maldad, y sus efectos, al despertar en mí los más horrendos recuerdos y la rebelión ante la impunidad de quienes me los grabaron, me llevaron a escribir todo mi odio, toda mi repugnancia, todo mi horror. Lo hice en términos obscenos, con todo detalle, como si fuera mi placer. Y eso que escribí me llevó de nuevo a la cárcel, y a ser visto como culpable de toda la maldad del mundo. Nada bueno debo,

pues, a la cárcel. Tu madre y tú sí me habéis reformado —y no era tanto el mal que había en mí, o nunca lo habríais conseguido—, pero no la cárcel.

Yo sólo puedo reformarme con el bien. Si alguien me hace bien a pesar de que yo haya hecho algún mal, eso me conmueve, hace que lamente el daño que haya hecho, me avergüence y me arrepienta de él para siempre. Si me devuelven mal por mal, en cambio, no se obra en mí reforma moral alguna. Todo castigo que no sirva para resarcir a la víctima es para mí moralmente nulo, o incluso peor, pues me enseña sólo que el más fuerte puede castigar al más débil, ya sea con la cárcel, con la tortura o con la muerte, y ésa es precisamente la mentalidad de los criminales. Si alguien quiere realmente mejorarme, debe ser más bueno que yo y demostrármelo, pues haciéndome mal tan sólo me demuestra que quizá es más fuerte, pero no que sea más bueno.

Otra de las más crueles cárceles en las que he estado es no saber, hasta que fue demasiado tarde, que soy tan diferente de

la mayoría. Cuando uno ignora que su forma de pensar y sentir no se parece nada a la de los demás, está condenado a no comprender el mundo y a que nadie le comprenda a él. En vano esperará de otros las reacciones que él tendría, y comprobará que nadie entiende las suyas.

Tenemos que la cárcel no reforma a nadie, no resarce a las víctimas ni disuade a los criminales más peligrosos. ¿Para qué sirve, pues? Si es para proteger a la gente de los criminales impidiendo que reincidan, lo hace bastante mal. Muchos reinciden, otros ni siquiera entran, y además los poderes tiránicos pueden usar las cárceles, así como la tortura y la muerte, contra sus oponentes. Quienes dicen que sólo un criminal puede decir que las cárceles son malas deberían recordar qué hacían los romanos con los primeros cristianos, y qué se hizo hace poco bajo el pretexto de la Revolución.

Si te dicen que critico las cárceles porque soy un criminal, deberías recordar por qué crímenes he estado preso.

La primera vez fue por profanar unos símbolos. Reconozco que entonces tuve una enorme suerte, ya que miles de infortunados son matados o torturados hasta morir por muchísimo menos; ése es el bien que la superstición hace en el mundo. Pero si fuera cierto que blasfemé por los motivos que se me atribuyen, tú no estarías leyendo esto. Ya te conté qué me llevó a ello.

Otra vez se me encarceló por haber azotado a una mujer. Hice mal, sí, pero otros las matan y están libres. Ya te conté por qué lo hice. Si hubiera que encarcelar a todos los azotadores habría que encerrar como mínimo a la mitad de los clientes de los burdeles, y sólo con los de París ya estarían repletas las prisiones de toda Francia.

Luego volví a prisión por un accidente con cantáridas, que ni siquiera fue idea mía usar. Ya se aclaró todo. Sin embargo, se siguen pregonando los horrores del marqués de Sade.

Después me acosté con algunas sirvientas e hice proposiciones a otras. No debí hacerlo, pero otros son asesinos y no se les difama como se ha hecho conmigo. Si hubiera que encarcelar a toda la gente que se acuesta con sirvientas, ya me dirás quién vigilaría tan enormes prisiones.

¿Quieres saber por qué yo estoy dentro y otros peores fuera? La respuesta es, de nuevo, el mal teatro, la hipocresía.

A los Sade les interesa que nadie ensucie su nombre con el escándalo. Lo que les duele no es que miembros de la familia hagan ciertas cosas, sino el que se sepa que las hacen.

A los Borbones les ocurre otro tanto, pero a ellos, además, les divertía enterarse de ciertas aventuras. Los espías que colaboraban en tal diversión hallaron pronto un juguete, a la medida y barato, para recreo principesco y distracción plebeya: el marqués de Sade, alguien prescindible cuyas miserias resultaban divertidas, y además podían servir de pantalla para tapar otras cosas.

Pero los Sade y los Montreuil veían con ello sus nombres mancillados por el escándalo, así que, *lettre de cachet* en mano, me metieron en la cárcel hasta que la Revolución, al anular las cartas selladas del rey, me sacó de ella. Esto último fue por poco tiempo, pues el mal teatro nunca dejó de gobernarlo todo, y pronto regresé a la cárcel, esta vez por negarme a ser un asesino, y sólo el azar me salvó de la muerte.

Volví a salir, pero la miseria me llevó entonces a vender, en forma escrita, mi propio vómito, ese veneno que las cárceles me hicieron arrojar fuera de mí, y eso me llevó de nuevo a la cárcel. Eso fue una apoteosis de hipocresía, pues tal basura es la que más éxito tiene, y quienes más me condenan suelen disfrutar con ella. Yo, en cambio, al imaginarla y escribirla, no disfrutaba, y habría preferido ser conocido por otras cosas que escribí, a las que nadie da importancia.

Y aquí estamos, a punto de dejar el mundo, en un manicomio. Todo por culpa del mal teatro: si al menos el nuevo director no me hubiera prohibido el

bueno, ahora tendría algún consuelo al final de mi vida.

Que haya sido el mal teatro y no la justicia lo que me ha encarcelado, me rebela contra mi cautiverio y contra quienes me han llevado a él, lo cual es visto, claro está, como una rebelión del marqués de Sade contra el bien y la justicia. Lo que conoces de mi vida te dirá si ha sido así.

XII. LETRAS DE SANGRE

Ya conoces la verdad sobre mis escritos: la horrible crueldad y obscenidad de los relatos que algunos de ellos contienen; la debilidad que, ante la miseria, me empujó a aumentar la podredumbre que describían, a petición de mis editores; el miedo a las consecuencias de ser reconocido, la vergüenza que sentí por haber tenido que rebajarme a los gustos de un público degenerado, la rabia porque nadie del mundo estaba dispuesto a pagar nada por algo que yo hiciera, salvo eso...

Ahora es preciso que, además de la verdad, sepas el por qué de esa verdad, lo cual puede darte lecciones valiosas partiendo de unos hechos que, de otro modo, tan sólo te harían daño.

En mis escritos, la tortura es a veces presentada como un estímulo suplementario en casos de merma de la sensibilidad a causa de los excesos, y está

demostrado que tal cosa ocurre, pero, como te he dicho, no es mi caso. Otras veces doy a entender que ciertos crímenes se deben al exceso de sensibilidad, y no a su ausencia. Sólo muy tarde me he percatado de que estaba atribuyendo a otros mis propias características. Reflexionando sobre ello, he visto que, si he tenido que sufrir tanto en el mundo, es por sentir más intensamente que la mayoría, y que los que más gozan de la vida sienten mucho menos que yo. Si los que cometen ciertos crímenes fueran los más sensibles, el mundo estaría lleno de tales sujetos, pues si algo abunda en este mundo es el crimen, y no sólo el crimen brutal, sino también el más refinadamente malvado y la crueldad por placer. Tantos no pueden ser una excepción. Si yo lo soy, tiene que haber una diferencia, y no he podido hallar otra que ésta.

La explicación racional del mal es un pobre consuelo, pero a veces es el único que nos queda, si no consuelo, al menos arma contra la locura y el deseo de morir. A veces se puede razonar sobre el

mal concreto que nos afecta en particular, saber sus causas y efectos y cómo éstos se relacionan, pero a veces esto no es posible o no basta, y al sentir el absurdo del mal, se busca una explicación del mal en general, y eso hice, llevando la explicación lógica del horror hasta las últimas consecuencias.

Si al escribir sobre el horror yo sólo hubiera tratado, como algunos creen, de justificar mis propios actos, no hubiera ido tan lejos arriesgándome a inculparme de cosas que nunca hice. Si llegué a tales extremos al escribir fue porque no buscaba justificar mi propia conducta —no he matado a nadie, y ni siquiera se me ha acusado formalmente de ello—, sino racionalizar el mal en general, incluso el sufrido por mí.

Al vomitar de mi alma el dolor que llevaba dentro, traté de neutralizarlo helándolo con la razón, y es por ello que no sólo describí hasta la saciedad los rasgos del mundo que más me hieren,

sino que traté de buscarles una explicación racional. Sólo que tal explicación, al mostrar el mal como necesario, inevitable y precisamente racional —no la horrible locura que siento que es—, lejos de aliviar mi sufrimiento, me torturó aún más, y así mi mente cayó en un círculo vicioso infernal.

En mis novelas, intenté también comprender lo que ocurría a mis agresores, averiguar por qué eran como eran, pues veía que la voluntad de los individuos nace de la naturaleza y es moldeada por la sociedad, sin poder ser de otro modo a no ser que la misma esencia de la naturaleza y de la sociedad cambien, lo cual es imposible. La naturaleza es continua transformación, sí, pero no del modo y al grado que ciertos cambios requerirían.

Cuando escribí para expulsar mi tormento, y aún más cuando la miseria me hizo vender mis vómitos como pornografía, se llegó a creer que mi maldad era absoluta. No obstante, quien goza con la maldad no la denuncia como yo hice.

A veces coloqué, de forma impropia, tal denuncia en boca de personajes que, de seguir su propia manera de ser, jamás dirían lo que les hago decir. Me daba miedo poner esas denuncias en boca de personajes buenos, pues sabía por experiencia que, en tal caso, la acusación podía ser peor, y con los malvados queda al menos la coartada de decir que, al ser malos, es propio de ellos decir maldades —denunciar ciertas injusticias es tenido por maldad—, lo cual, según se cree, tiene menos efecto corruptor que si las dicen los buenos.

Como ya sabes, describí una y otra vez la obscenidad y la crueldad para arrojarlas de mí, y busqué una explicación racional de ellas en la naturaleza. Pero eso ha hecho parecer que, para mí, era placer lo que en realidad era dolor.

Cada una de las víctimas que aparecen en mis novelas es mi corazón, lo que yo siento. En cambio, los verdugos son lo que mi racionalidad capta del mundo, de su manera de funcionar. Se podrá objetar que estoy loco —por algo estoy en un

manicomio—, y por ello es mi razón la que no funciona. Pero si vivimos en un mundo en el que no hay leyes físicas ni acciones sobrenaturales que impidan todos los peores horrores, es que estoy en lo cierto, por más que me pese, y lo estaría también si fuese culpable de todo lo que se me atribuye, puesto que, en tal caso, nada lo habría impedido.

Mi insistencia en escrutar el alma de quienes causaron mi tormento ha llevado al error de pensar que yo soy como ellos o mucho peor. El aparente goce con que describo sus corazones putrefactos y sus malvadas acciones es sólo fruto de mi impotencia ante su triunfo, de mi horror ante el dominio de tales seres en un mundo que parece diseñado para ellos. Pero ese placer aparente del que se cubre mi dolor ha sido visto, por casi todo el mundo, como real. Y así mi sufrimiento ha quedado oculto, y sus causas impunes. Por ello quiero levantar el velo, al menos ante ti.

Quienes no sepan que yo escribí la historia de Tamoë la verán como un cuento más y creerán que no puede ser mío. Muchos piensan que yo tan sólo sé escribir sobre torturas, asesinatos y actos obscenos, y que tengo que recurrir a ellos para llamar la atención, ya que, según dicen, escribo soberanamente mal. Pero éstos no se dan cuenta de que, si es cierto que lo hago tan mal, ello es señal de que a muchos les gustan los horrores que describo —lo cual, por desgracia, me da la razón— o no se explica el que tantos lean tales relatos mortíferamente aburridos.

Lo cierto es que, los imbéciles por un lado y los malvados por otro, insisten en ver en mí tan sólo aquello que les interesa, ya sea lo que excita sus apetitos libidinosos, o lo que ofrece una mancha negra junto a la que pueda resplandecer la gris podredumbre de sus corazones. De *Aline et Valcour*, sobre todo en la Historia de Sainville y Léonore, donde está lo de Tamoë, se ha dicho que es la más peligrosa de mis obras porque no ofrece descripciones repugnantes, y también que

es un plagio, porque yo jamás podría haber escrito algo así. Estos últimos no se dan cuenta de que, de haber deseado adquirir un buen nombre en sociedad escribiendo algo contrario a mis ideas, o incluso plagiándolo, habría escogido algo que fuera conforme a la mayoría o conforme al poder, no algo que, por su crítica de la sociedad y de la falsa moral, es, como muy bien se dice, más peligroso que las peores torturas y obscenidades.

Entre aquellos que cambian el sentido de mis palabras están los que, sin conocerme, me odian porque han oído los horrores que de mí se dicen y no tienen la menor intención de averiguar si son ciertos. Si algún escrito mío fuera a parar a sus manos y lo leyeran, le darían una interpretación conforme a la imagen que tienen de mí, y no sólo en el caso de mis novelas obscenas y de horror.

Pero hay otros adversarios mucho peores, y son aquellos que odian mis escritos porque ponen al descubierto sus maldades, y también porque muestran, en contraste, a sus perfectos contrarios,

siempre dentro de la naturaleza humana, sin fantasías diabólicas ni angelicales. En mis obras más horripilantes, los malvados de la realidad se ven muy bien retratados, lo cual no les impide seguir leyendo y haciendo en secreto lo que condenan en público. Pero no sólo condenan ese tipo de relatos; estoy seguro de que no se divierten en secreto con la historia de Tamoë como hacen con mis escritos de horror obscuro. Uno de éstos últimos me lo robó a medio hacer un carcelero, y estoy seguro de que lo vendió, o no habrían aparecido plagios posteriores.

Con la Revolución, al difundirse las únicas obras mías que el mundo quiere conocer, surgieron dos nuevas clases de enemigos míos, mucho más perjudiciales que todos los anteriores en todos los sentidos. Unos son los que adoran, como en el caso precedente, la combinación entre la lujuria y una infinita crueldad, pero éstos no se dedican a condenar mis obras, sino que las promueven clandestinamente y difunden la idea de que mi intención era gozar lascivamente

con la descripción de torturas y asesinatos, no el mostrar unos personajes con esa actitud para descargar mi dolor y mi asco. La otra clase de individuos que más me perjudica es la de los que escuchan y creen a ciegas tales afirmaciones, tanto si me admiran por ello como si me odian con todas sus fuerzas, ya que igualmente creen lo que se dice de mí.

Quizá podría soportar esta situación si no repercutiera en la obra que más amo, pero es de todas la más perjudicada. Unos la tiran al fuego con sólo ver mi nombre; otros, deseosos de crimen y pornografía, la rechazan al no encontrar en ella lo que buscan, y otros, viendo en su mensaje la condena de lo que hacen, inventan mentiras sobre esa obra y sobre mí, que vienen a sumarse a las ya difundidas y a las desgraciadas verdades de mi vida. No obstante, no pienso rendirme, porque es lo mejor que he escrito nunca, y encarna lo mejor que he hecho, sentido y pensado.

Nada ni nadie salvo la muerte podrá jamás robarme Tamoë, mi amada isla de

la luz, donde vive mi corazón. Fuera de las personas que me han amado, es la única riqueza verdadera que he tenido, y constituye, junto con mi triste historia, todo cuanto ahora poseo en el mundo, toda la herencia que puedo dejarte.

En cuanto a ti, Charles, estoy tranquilo, ya que, venga lo que venga a tus manos o a tus oídos, sé que nunca le darás el significado que casi todos le dan. Sabes muy bien que, de ser cierto lo que dicen, tú habrías sido mi víctima o te habría incitado a ser mi cómplice, lo cual nunca ha ocurrido. Nunca te he hecho daño, ni te he inducido a hacerlo a otros, ni te he pervertido de ningún modo, por más que no te haya mantenido en esa absurda ignorancia que conduce a muchos más errores de los que evita, si jamás ha evitado alguno. Jamás me has visto perjudicar a nadie de ningún modo. No te diré que mi juventud haya sido tan buena como mi vejez, pero algo de ella habría quedado, algo habrías notado, de haber sido tal como se dice.

XIII. CRIMEN Y ESPEJO

Tengo enormes dificultades para pensar y expresar mis ideas, pero deseo intentarlo porque no quiero despedirme para siempre sin que conozcas aquello que considero más importante.

La verdad sobre algunos de mis escritos es una verdad cruel, sórdida, que no puede hacer más que daño cuando no se conocen sus causas y razones. Es preciso, pues, que conozcas el por qué de esa verdad.

Puede parecer que está todo dicho, pero falta, en realidad, lo más importante, sin lo cual esta confesión resulta inútil por completo. Hallarás, en lo que voy a decirte, la clave para resolver el misterio de mi vida, que ha sido tan desconcertante para mí como ignorado por los demás, y que consiste en lo que me impulsó a negar haber escrito algunas de mis obras. Hubo en esta negación mucho más que lo evidente, y es difícil explicarlo:

fue un sentimiento que me hizo renegar de lo que escribía incluso en el mismo instante de hacerlo. Era una justa rebelión que atenazaba mi alma, que gritaba dentro de mí que yo no era el autor de aquella mezcla de violencia y lujuria infinitas... pero al final, sin saber cómo darle curso, la dejé a merced de las circunstancias y la cubrí con una mentira, una burda y mísera mentira que, sin embargo, no era sentida por mí como tal, ya que a causa de su coincidencia con la verdad que intento contarte, había una parte de mí ser que no percibía su falsedad.

Imagina, por un momento, un espejo ante el cual se comete un asesinato: la imagen del asesino se refleja en el espejo como si estuviera dentro de él, como si el acto criminal tuviera lugar en su interior, y la sangre de la víctima salpica el espejo, igual que la cara y la ropa del homicida. Nadie dudará, en tal caso, de que el crimen lo comete el asesino, ni tampoco de que el espejo, que tan sólo refleja su imagen, es totalmente inocente de la sangre que lo mancha. Nadie duda, tampoco, sin embargo, de que el escritor

es siempre culpable de sus obras, como si siempre hubiera de escribir sobre las cosas que le gustan y nunca sobre las que le atormentan.

Atrocidades como las que describo en mis novelas se han cometido muchas veces a lo largo de la historia; incluso hice de ello una lista larguísima, aunque muy incompleta. Ello indica que, por desgracia, van a seguir cometándose tales horrores en tiempos venideros, a no ser que cambien por completo las leyes de la naturaleza. Silenciar el mal no lo evita; sólo garantiza aún más su impunidad, proveyéndole víctimas adicionales que ni siquiera sospechan su existencia. Revelarlo nunca lo evitará del todo, pero a veces puede reducir su alcance. Yo sentí la imperiosa necesidad de expulsar de mi interior los fantasmas que me atormentaban, y quise describirlos con todo detalle. Pensé que haciéndolo acababa con su secreto, que es parte de su poder, y también los describí para expresar mi dolor. Describí el horror, sí, pero me rebelé contra la idea de estar creándolo, igual que un espejo, si fuera consciente, negaría

ser el autor de lo que estuviera reflejando.

Abstenerse de describir ciertas cosas para no dar ideas a los malvados es útil por poco tiempo. Donde haya hombres capaces de gozar torturando y matando, no hace falta ningún libro que les enseñe cómo hacerlo. Cuando un corazón es lo bastante corrompido, la imaginación, por magra que sea, puede siempre hallar maneras de torturar y matar. En cuanto a que algún inocente pudiera leer mis libros, no temí que fuera a pervertirse por ello, ya que, al pintar el vicio y el crimen tan repugnantes y temibles como son, más que tentar sólo podía esperar disuadir. Sé por experiencia propia que el chocar con el mal en estado puro es un golpe que va más allá de lo expresable; mejor es, pues, que lo provoquen las páginas de un libro, que siempre podrán arrojarse al fuego, que los hechos de la vida real, de los que no hay escapatoria posible. No digo que sea bueno escribir como lo hice; tan sólo intento explicar por qué lo hice.

Sabes ya que llegué a maldecir algunos de mis libros, a jurar no haberlos escrito y a considerar un insulto y una calumnia gravísima el que me fueran atribuidos. Habrá quien considere esto como la prueba de una hipocresía y una desvergüenza fuera de todo límite humano. Pero podría haber obtenido mejores resultados callando, escribiendo cosas que no me causaran problemas e incluso atribuyendo a otros mis obras prohibidas, para lo cual bastaba con acusar a sujetos poco gratos al régimen revolucionario. Lo cierto es que vi que existía tal posibilidad, pero no quise hacerlo.

Es cierto que negué haber escrito ciertas obras por miedo a volver a la cárcel. Temí que tu madre y tú resultáseis perjudicados y que mis hijos renegaran de mí. Tuve miedo incluso a ser condenado a muerte, torturado y deshonorado como si fuera culpable de aquello que describí, cuando no lo soy. Y tuve miedo también de dar goce a sujetos como los que pueblan esas novelas malditas, que serían entonces

vistos como defensores de la virtud por atormentarme, matarme y execrarme. Pero aún sentí un temor mucho más fuerte que los que acabo de enumerar: el de que fuera a perderse para siempre el mejor fruto de mi vida al ser relacionado con las obras que negué —de hecho, ya ha sido reputado de ser infinitamente más peligroso y perverso que ellas— y que todos mis sufrimientos hubieran sido en vano.

Tenía que negar, pues, haber escrito todo aquello. Al fin y al cabo, yo no era el autor de lo que me atormentaba, de lo que me impulsó a escribir para reflejar todo aquel horror. Tampoco es obra mía una sociedad humana en la que la obscenidad es muchísimo más abundante que el amor y suele estar mezclada con la crueldad, ni un mundo en el que la virtud es la presa favorita del vicio. También pensaba, además, que mi mejor obra, que tanto me había costado crear en aquella celda de la Bastilla, no podía de ningún modo haber tenido el mismo autor que todo el asco y el dolor que vomité a pesar mío. No podía dejar que

lo más valioso de mi alma se mezclara con todo lo que me había desgarrado por dentro; simplemente no podía consentirlo, y, sabiendo que nadie me entendería si trataba de explicarlo, no vi otra salida que la mentira. Mentí en cuanto a lo que había escrito, pero lo hice para evitar otra mentira mucho peor, a saber, la que me hace autor de los hechos descritos, no de su descripción.

Por desgracia, aunque he tenido que inventar la inexistente Tamoë para resistir en este mundo, no he tenido que inventar lo demás. Es más fácil copiar que inventar, y la naturaleza, el mundo y la sociedad humana me han dado abundantes modelos de horror, tantos, que ni en mil vidas tendría tiempo de hacer novelas de todos ellos. No digo que yo haya inventado el bien, sino que éste se halla en el mundo de forma escasa y fragmentada, y lo que ha hecho mi fantasía los que cometen delitos menos graves, la En el mundo real, la gente buena suele ser supersticiosa o guiarse sólo por los sentimientos, y la gente racional suele ser mala. Lo que yo he

hecho en Tamoë es unir la bondad con la razón, lo cual es posible pero se da en poquísimos casos.

El poder que la naturaleza nos da para hacer el bien es limitado, y escaso en comparación con el que nos da para el mal, que parece infinito. Negar esto no elimina su verdad, y este hecho me producía tal tormento que tenía que plasmarlo en mis escritos. No me bastaba con señalarlo, como hago aquí: tenía que pintarlo con todo detalle desde todos los ángulos, y eso hice en algunas de mis novelas. También sentía la necesidad de poner al descubierto las raíces falsas de muchas mal llamadas virtudes, que no son más que vicios nacidos de la mezquindad.

Unas virtudes que son mero comercio de premios y castigos, una moral fundada en la ruindad de quien crea seres deleznales para sentirse glorioso, recordándoles siempre lo diminutos y repugnantes que son y que sólo pueden evitar ser torturados eternamente alabando al torturador, es un insulto a cualquier concepto de divinidad, y mucho más para

un ser perfecto, infinito y personificación de la justicia y la bondad, un insulto que supera todas las blasfemias imaginables. También esto he reflejado en mis escritos, y la enorme repugnancia que me provoca me llevó a acompañarlo de todas las torturas y obscenidades más repulsivas que se puedan concebir. Sin embargo, fracasé. No llegué a expresar todo lo que estas cosas me provocan, tan sólo me aproximé lejanamente a ello. Y al representar su acumulación y el placer que provocan a ciertos sujetos, las apariencias se volvieron contra mí, y ahora casi todo el que oye hablar de mí cree que me deleita precisamente lo que más odio, y que odio las virtudes verdaderas, cuando, si es que las hay, lo que yo aborrezco es su perversión y tergiversación, y el que su nombre sea dado a inmundicias.

Tú sabes bien que los horrores que pinté en mis escritos fueron fruto del horror que sentí. Soy consciente de que cometí un gravísimo error al entregar esos vómitos de sangre de mi alma a una chusma ávida de ellos para su placer. Pero entonces no tenía ningún otro

recurso para vivir. Nadie me daba empleo, y mis mejores escritos no interesaban a nadie; la gente quiere, por lo común, gozar, no pensar, y aunque escribí algunos cuentos picantes y comedias ligeras, lo único que hace gozar de veras a la gente es la tortura y el asesinato, mejor cuanto más combinados con la lujuria. Se dirá que mi maldad es tan enorme que ahora trato de atribuir a otros mis propios deseos. Sólo te diré, Charles, y tienes cartas que lo prueban, que mi editor me dijo que mis novelas más obscenas y crueles necesitaban aún más "pimienta", es decir, más descripción de actos lúbricos y de tortura. A diferencia de mis otras novelas —que se ignoran adrede—, éstas sí tuvieron mucho éxito, lo cual indica —y me hace estremecer de miedo y repugnancia— que no las leyeron con placer sólo unos pocos degenerados excepcionales, sino una gran muchedumbre de ellos.

Hay quienes creen que todos somos así, pero ni tú ni yo lo somos. Otros esperarán que diga que las cosas descritas en mis novelas de horror son

naturales y que por ello están bien, y es cierto que sí digo que son naturales, pero también afirmo que no todo lo natural es bueno. Es natural todo lo físicamente posible. Lo contranatural no existe, pues no podría ser realizado; las leyes físicas lo impiden. Si hay asesinos y torturadores, y no lo impide ninguna ley física, podemos decir que forman parte de lo natural, por más que ello no implique aprobar lo que hacen.

La manía de identificar lo natural con lo bueno viene de la creencia supersticiosa de que el mundo es perfecto. Dicha creencia lleva también a decir que, si existe el sufrimiento, éste tiene una buena finalidad, o de lo contrario el mundo no sería perfecto. Quienes hacen tal afirmación no examinan el mundo y ven que es perfecto, sino que dicen que es perfecto sea lo que sea que se observe. Deberían tener en cuenta que las torturas hasta la muerte, incluso de niños, para obtener goce venéreo son una realidad, y se han dado con frecuencia a lo largo de la Historia. Ya me dirán qué buena finalidad tiene eso. Incluso si

tuvieran razón y fueran sólo imaginaciones mías, o incluso actos míos que nadie más hubiera cometido nunca en el mundo, ya me dirán qué buena finalidad podría tener, en tal caso, mi locura o mi maldad.

Se me dirá ahora que hago burla de los creyentes, y no niego que soy ateo, pero mis intenciones aquí están muy lejos de toda burla. Tú y tu madre sois creyentes y jamás me burlaría de vosotros, ni de una fe como la del rey de Tamoë. Pero hay quienes dicen que la verdadera fe consiste en no pensar y limitarse a creer y a obedecer. A mí me resulta imposible creer y obedecer a menos que se me permita pensar, y me pregunto para qué habrá dado Dios al hombre la facultad de pensar si no quiere que la utilice. Se dice que el pecado original fue el fruto del árbol de la ciencia, y que fue el pensar lo que pervirtió al hombre. De ser ése el pecado, no se concibe que el hombre fuera creado a la imagen de Dios, pues no diferimos de las bestias más que en

la capacidad de pensar. Prefiero ser un ateo a la imagen de Dios que un creyente que la haga mezquina por las tinieblas de su ignorancia.

No quiero imponer mi punto de vista a nadie. Si alguna vez he dicho que soy ateo hasta el fanatismo, ha sido por la profunda repugnancia que me producen algunas de las cosas que se hacen pasar por religión, como la hipocresía y las falsas virtudes. Mi fanatismo nunca condenaría a nadie a otra cosa que al ridículo, y no tanto a los hombres como a las afirmaciones que me parecieran absurdas. No torturo a inocentes cristianos; de eso ya se han encargado sus propios colegas mucho mejor aún que sus enemigos, y si no me creen, que estudien los datos históricos. Voy a morir pronto y tengo la conciencia muy tranquila a este respecto. No creo que nunca pueda dejar de ser ateo, aunque me gustaría poder creer en el Dios del rey Zamé de Tamoë. Si hay uno verdadero, es ése, ya se le dé un nombre u otro, o se le deje sin nombre.

XIV. CANTOS DE SIRENA

Sé perfectamente que la libertad no es más que una quimera, algo imposible de hallar en ningún lugar. Tan sólo podemos buscar el menor grado posible de opresión, que no es, ni de lejos, libertad. Pero cuando uno está en la cárcel, salir de ella se convierte en el único deseo; tal esperanza es lo único capaz de sostener la vida allí donde todo llama a la muerte, y el único pensamiento que puede preservar la razón sometida al imperio del absurdo. Tanto es así que ante su absoluta imposibilidad nace un impulso irresistible hacia la muerte, que en mi caso tan sólo ha sido vencido, en este último y definitivo encierro, por la esperanza de la libertad que el fruto de mi corazón tendrá siempre en ti.

La clase de libertad que yo deseo no es una mera salida de la cárcel: va mucho más allá de mí, y no se limita a salir de una prisión para entrar en otra más grande, aunque ésta ocupe el mundo entero. Fue este deseo lo que me llevó a

escribir el primer relato sobre Tamoë, y lo hizo a pesar de que entonces todo a mi alrededor gritaba que el asco, el dolor y el horror eran la única verdad, y que todo lo que se alejara de ellos era pura fantasía. Fueron estos gritos de la realidad los que me dictaron al unísono los únicos escritos que se conocen de mí, o, dicho más exactamente, que muchos dicen conocer, ya los condenen públicamente o los disfruten en secreto. Ya sabes que los únicos relatos por los que soy conocido son los que más deleitan a quienes condenan al anatema los principios que quise plasmar en Tamoë.

El deseo que me hizo engendrar Tamoë es el mayor tesoro de mi alma, la pasión más sagrada que puedo concebir. Tú sabes bien que es lo más precioso que hay en mi vida y lo único realmente bueno que acaso pueda legar al mundo. Nada está, pues, más lejos de mi intención que decir que una vez me condujo a una trampa; ésta, sin embargo, existió, pero no fue producto del deseo, sino de la falsa ilusión de verlo cumplido, ni que fuera en una minúscula parte. Mi sed no era una

mentira, pero el oasis que creí ver sí era un espejismo. El rumbo que había seguido mi espíritu no era falso ni malo, pero fui seducido por cantos de sirena.

El viejo despotismo fue eliminado. Pero no lo mató ningún héroe redentor, sino una sirena, tan malvada como la bestia a la que había degollado. El embrujo de su canto hizo naufragar a muchos. Tenía un nombre mágico: Revolución, y su voz conducía a los hombres a remolinos que los engullían, a escollos que los estrellaban, o, en el mejor de los casos, a costas desiertas donde perecían junto a espejismos de todo tipo. Muchos fueron devorados por monstruos o torturados por piratas. Tú sabes muy bien, Charles, lo que significan todas estas imágenes, porque tú estabas allí aunque fueras un niño. Por eso viste también cómo la sirena me atrajo y cómo luego trató de matarme. La voz del monstruo era atractiva, sus cantos hablaban de justicia, libertad, razón y una larga retahila de falsas promesas. Es muy fácil creer que una causa es la nuestra cuando es todo lo contrario, y voy a contarte cómo me ocurrió porque hay

muchas sirenas diferentes, y el poder escapar de una no libra de las otras. Todas, pero, comparten un rasgo común: la magia de lo que dicen y la de cómo lo dicen.

Parece que hablo de la Revolución como de una mentira, pero no es así, pues nada me parece más cierto. La mentira fueron sus canciones. No estoy diciendo que el hambre y la miseria del pueblo francés no fuesen reales, ni que no se debieran al despotismo, ni que no hubiera en todos los estamentos hombres que desearan lo mismo que yo con igual fuerza y sinceridad, pero puedo demostrar que también hubo muchos que, hipócritamente, se aprovecharon de los hambrientos de pan y de los sedientos de libertad, manejándolos para lograr sus propios fines. Estos oportunistas formaban el alma y el cuerpo de la sirena, y sus fines no eran otros que dominar, actuar como la tiranía precedente y derramar mucha sangre ajena. Es por ello que hay que estar siempre en guardia contra los

de su ralea, por más nombres nuevos, banderas diferentes y disfraces que adopten.

Un rasgo distintivo de las sirenas o falsos profetas de que hablamos es que prometen cosas que no pueden cumplir, ni podría nadie aun teniendo verdadera intención de hacerlo. Pero la gente les cree, porque siempre prometen lo más deseado, o lo que más se necesita en un momento dado. Si es difícil organizar una nueva sociedad, más difícil, y además peligroso, es hacerlo partiendo de una sociedad preexistente de naturaleza contraria. Hay que huir de las promesas grandilocuentes. Ya las viste exhibir con gran profusión a los que impusieron el Terror.

Es necesario tener en cuenta que, si acaso existe algún sistema de ideas que sea verdaderamente bueno, sin importar su origen o su naturaleza, éste no podrá nunca ser impuesto por la fuerza, ni desde abajo ni desde arriba, sin perder toda su intrínseca bondad y quedar como mero nombre para una nueva impostura.

Toda sabiduría, toda grandeza y toda bondad se anulan a sí mismas al erigirse en tiranía, y se transforman en todo lo contrario a su esencia cuando los hipócritas las usan como anzuelo. Esto que parece tan evidente cuando se habla en abstracto, no lo es cuando las multitudes se apasionan por un sistema concreto, o por lo que éste parece prometer respecto a sus intereses.

Nada más lejos de mi intención que inducir a nadie a resignarse, a no hacer nada por mejorar las cosas. No siempre resulta evidente que negarse a hacer o a escuchar grandes promesas no significa negarse a tener grandes deseos ni carecer de voluntad y determinación para cumplirlos. Pero tales deseos nunca se cumplen ignorando la realidad. Quienes buscan que lo hagamos son las sirenas de esta historia —y de la Historia!—, de las que todos podemos ser víctimas cuando miramos a la ilusión y no a los hechos.

Si te preguntas cómo identificar el mortífero canto que tantos naufragios causa, no mires sólo el contenido ni te conformes con la procedencia: hay sirenas de toda forma, tamaño y color, que cantan en todas las lenguas todo tipo de canción, a gritos o susurrando, en cualquier lugar. Hay sirenas de guerra, de paz (cuya condición previa es siempre, para ellas, la guerra), de patria, de secta, de partido, de sublevación, de represión de la sublevación, de acción y de inacción. Pueden formar grandes coros o parecer cantar en solitario (en realidad, nunca lo hacen). No hay tema, por poco que se preste, que no pueda ser cantado por sirenas; no hay nombre que no adopten ni disfraz que no se pongan. Todas, pero, buscan exactamente lo mismo: sangre y abyección. Y las consiguen por todos los medios, ya que usan absolutamente cualquier pretexto, sagrado o profano, del Bien o del Mal, para cometer todo tipo de atrocidades. Masacran y torturan tras el escudo de un nombre, sin importar cuál, ni de quién o de qué.

¿Cómo, pues, distinguir tan fatídica melodía, cuando lo cierto es que infesta el aire a todas horas? Ya he hablado de su grandilocuencia, pero también está entre los trucos de las sirenas el cambio gradual e imperceptible, sin estridencias al principio; pueden prometer de todo, desde lo ínfimo a lo máximo, según las circunstancias: desde un trozo de pan hasta la gloria divina, pasando por la libertad, los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la ley y el orden a rajatabla y un larguísimo etcétera que varía según los deseos que captan en sus víctimas. Una trampa que suelen emplear es cumplir primero pequeñas promesas y exhibir luego las grandes, cuyo cumplimiento hacen depender de que otros hagan muchos y grandes sacrificios. Por ello hay que preguntarse no sólo si podrán cumplir lo que prometen, sino también qué consecuencias tendrá el hacer lo que dicen (todas, no sólo las que anuncian), y si los medios empleados para ello no tendrán efectos peores que no hacer nada.

No hay un método totalmente seguro para detectar sirenas. Incluso podrían utilizar estas mismas palabras que lees y usarlas como cebo para atrapar a los que hayan escapado de otras redes. El rasgo más característico de todas las sirenas es que, prescindiendo de todo lo que hagan y digan previamente, tarde o temprano llega un momento en que prometen algo que sólo pueden cumplir —o eso dicen— ascendiendo a un puesto de mando o enriqueciéndose, por lo que incitan a elevarlas al poder cueste lo que cueste.

Otro rasgo distintivo de las sirenas es que emplean medios en clara contradicción con los fines que usan como anzuelo, por lo que siempre habrá que analizar los medios además de los fines. Los fines son mera afirmación, y como tal, pueden ser falsos. Los medios dejan entrever la naturaleza de un fin dado y si es auténtico o no un propósito respecto a dicho fin.

Terminé de escribir *Aline et Valcour* en 1778, cuando llevaba preso diez años; cinco de éstos habían transcurrido en la

Bastilla, y aún estaba allí un año después de las revueltas en París. En ellas vi una posibilidad de salir de la prisión. Mi única esperanza en la Revolución debería haber sido ésa; era lo máximo que cabía esperar de la situación, al menos para alguien como yo, y no tardé en comprobarlo. Sin embargo, los principios filosóficos y políticos que afirmaban defender los revolucionarios me dieron falsas esperanzas. Eran esperanzas remotas, pero el deseo las hizo fuertes.

Las ideas que me sedujeron se debían en gran parte a pensadores anteriores a la Revolución que poco o nada tuvieron que ver con los acontecimientos, pero la gran necesidad de un cambio radical que entonces tenía el pueblo francés propició el triunfo de cualquiera que afirmara secundar dichas ideas y pareciera capaz de llegar a imponerlas: así fue como cantaron en Francia las sirenas. No es que las ideas ensalzadas fueran malas, ni que no hubiera una urgente necesidad de ellas, pero los medios empleados para imponerlas fueron absolutamente nefastos.

Como tantas otras veces a lo largo de la historia, quienes emplearon dichos medios perseguían unos fines muy distintos a los principios que exhibían como estandartes.

Cuando cantaron las sirenas yo estaba en una celda octogonal de gruesas paredes de piedra maciza, con una pequeña ventana enrejada. Escucharon la canción las más dispares clases de hombres, cada una de las cuales la percibió a su manera. A los hambrientos pregonaba pan, bienestar y libertad, y a los oportunistas, el poder y el permiso para empezar a oprimir. Estos últimos lograron, como siempre, la victoria, con peores consecuencias que la continuación de la vieja tiranía.

Si la Revolución hubiera significado únicamente renunciar a mis privilegios y trabajar, logrando todo el bien que prometían los que la proclamaban, la hubiera bendecido. Pero se derramó mucha sangre inútilmente. La supresión de la monarquía dio paso al imperio y éste de nuevo a la monarquía. Además se me robó la vida de mi hijo, se me arruinó

completamente, se me encarceló de nuevo y se me condenó a muerte. Si tengo motivos para odiar el antiguo régimen, más los tengo para odiar la Revolución. No lo que prometía ser, sino lo que fue.

Sólo tuvimos un cambio de opresores. Se guillotiné a muchos hombres, pero no hemos decapitado la codicia, la egolatría y la corrupción. Una revuelta no puede cambiar el mundo, ni Francia, ni una pequeña región más que temporalmente, y a menudo sólo para mal, ya que casi siempre el combate está dirigido en todos los bandos por una mezcla de fanáticos y oportunistas que suele resultar fatal: los primeros causan devastación y los segundos adquieren con ello el poder que conduce a una nueva tiranía.

El pueblo francés ha sido víctima de un gran engaño. Los que deseaban alcanzar el poder sedujeron al pueblo prometiendo acabar con el hambre y la miseria, y así lo incitaron a la lucha. Es cierto que había auténticos revolucionarios

en todos los estamentos, pero también en todos abundaban los traidores deseosos de dominar, explotar, robar y matar.

En teoría, la división de poderes impide el absolutismo, pero en realidad multiplica los tiranos. Además, ahora los poderes divididos pueden excusarse unos en otros cuando algo falla, y así nadie se hace responsable de nada: unos dirán que la ley está mal hecha, los otros que está bien pero mal aplicada, los otros que es buena y bien aplicada pero hay juicios erróneos, y así se irán pasando la pelota, lo cual no supone una gran ventaja respecto a un poder absoluto.

La Revolución ha dado mucha libertad para el mal, y muy poca para el bien. En cuanto a la igualdad, sigue habiendo ricos y pobres, sea cual sea su origen. La fraternidad es, como siempre, la de Caín. Se encarceló en nombre de la Libertad, se despreció en nombre de la Igualdad y se asesinó en nombre de la Fraternidad. La toma de la Bastilla no acabó con los encarcelamientos políticos, sino que los multiplicó.

¿Qué hace fracasar todas las revoluciones? Lo mismo que las provoca: el egoísmo. Cambiar la forma de gobierno y las leyes no cambia los corazones, no suprime el egoísmo. Eliminar unos privilegios tan sólo hace surgir otros. Los ricos siguen arriba y los pobres siguen abajo. Se degüella a unos ricos y otros toman su lugar, pero sigue habiendo pobres. Ya no hace falta un ilustre apellido o un nombramiento por el rey para ser rico. Si sabes explotar al prójimo tan bien como un noble o más puedes adquirir una gran fortuna, ya no hay leyes que te lo impidan. Hay golpes de suerte, pero son escasos. Puedes trabajar hasta matarte, pero nunca te harás con ello tan rico como el explotador, aun si la fortuna llega a coronar tus enormes esfuerzos. Y si eres menos rico que él, tendrás menos poder. Ya no hay ley que impida al plebeyo ser rico y tener los mismos privilegios que los nobles, pero ninguna ley defiende al pobre, ni antes ni ahora. La igualdad está reservada a la muerte; el gusano come tanto al pobre como al rico. Pero en la vida, la igualdad no existe.

Sin fraternidad no hay libertad ni igualdad, sino tiranía y explotación. Pero no puede haber fraternidad —o sólo la de Caín— allí donde reina el egoísmo. Que éste es la norma desde siempre en todas partes y puede llegar a los peores extremos, incluso a torturar y matar por placer, es algo que puede ver cualquiera que mire un poco a su alrededor. Pero decir esta obviedad describiéndola con detalle me ha llevado a la cárcel y al manicomio. Si te dicen que eso no es cierto, que fue por mi libertinaje, pregúntate por qué tantos libertinos peores que yo y tantos asesinos están sueltos. La respuesta es que ellos no molestan porque no se van de la lengua.

El cesto de las cabezas cortadas contuvo muchas de hombres íntegros que lucharon, de forma equivocada o no, por la justicia. Pero su sacrificio fue inútil, porque traidores y oportunistas eran más fuertes y numerosos. Las leyes van siempre por detrás de los hechos. Y las leyes no pueden imponer la fraternidad, sin la cual

no hay igualdad —salvo la de los oprimidos bajo los opresores—, ni libertad, salvo la de los déspotas.

Las revueltas sólo dan libertad para la crueldad, igual que las tiranías. Otra cosa requeriría unas multitudes no dominadas por el egoísmo, con unos firmes principios morales no basados en supersticiones, sino en la razón y los buenos sentimientos, lo cual no se da nunca. Las pequeñas porciones de los rebaños humanos que no son egoístas están dominadas por la superstición. Todo ello hace que triunfen los cantos de sirena.

XV. SI SUPIERAN...

Quienes más gozan con ciertas novelas mías no saben realmente por qué las escribí. Es mejor que no lo sepan, pues disfrutarían mucho imaginándolo. Yo no gocé, ni cuando fui la víctima real, ni cuando, ya en la cárcel, imaginé otras víctimas para expulsar mi dolor representándolo en algo externo. Si supieran que toda aquella obscenidad no era placer, sino asco y dolor, se reirían de mí como se ríen de sus propias víctimas. Pero ellos no han ido a la cárcel o al manicomio. Si supieran que estoy aquí, se reirían aún más, y aún mucho más al saber que no fue la libertad, sino la miseria, la que me obligó a vender lo que tanto les gusta.

No pienses ni por un instante que los estúpidos desalmados que ven mi placer y mi libertad en aquello que no es sino mi dolor y mi prisión vayan a avergonzarse de su idiotez al saber la verdad: muy al contrario, ésta les haría reír. Una víctima auténtica les da más risa que la mera

fantasía. Si supieran la verdad, se imaginarían siendo mis verdugos, como lo son de sus víctimas, y el pensar en mi prisión, mi miseria y mi supuesta locura, mientras ellos son libres y conservan su buen nombre, les haría sentir en el paraíso. Te lo digo para que no pierdas el tiempo intentando decir la verdad a quienes no la merecen, pues acabarías pagándolo muy caro y no serviría de nada.

Si algún loco me admirase por mis supuestos crímenes, al saber la verdad dejaría de hacerlo. Por mí, mejor, porque nunca he cometido las maldades que se me atribuyen. Además, hay que ser realmente imbécil para ver la suprema libertad en dejarse arrastrar pasivamente por los impulsos que inspira la naturaleza: es como cuando el carcelero me arrastraba tirando de mis ataduras. No pierdas el tiempo tampoco con esa chusma, pues que dejen de admirar a esa basura que dicen que soy no implica que dejen de desear el crimen.

Quienes ahora ven en mí al Diablo seguirían viéndolo al saber la verdad, si acaso jamás llegasen a creerla. Para ellos, da igual que no haya matado a nadie. Basta con que piense como pienso para ver en mí a la encarnación de Satanás.

Da igual que tanto los horrores que escribí como las pobres torpezas que cometí nacieran de los abusos que antes había sufrido: se me condenaría igualmente por no haber sabido llevar mi mente al cielo mientras ara atormentado y deshonorado, y por no estar luego agradecido por semejante experiencia.

En sus cabezas no cabe el que alguien prefiera pensar que su padre está muerto antes que aceptar que le viola y tortura, y eso es lo que me ocurre, no con mi padre, sino con ese dios, fabricado por el hombre, que prefiero creer inexistente antes que infinitamente malvado.

Prefiero ver a la casualidad ciega de la naturaleza como autora de todos los horrores antes que atribuirlos al Dios de

la absoluta bondad. Mi pobre cerebro, encerrado en Charenton, no da para más.

Por ello, Charles, no insistas en convencer a nadie de mi inocencia, porque el acusado podrías ser tú, sin que nadie te creyera jamás.

En cuanto a los que ven en mí tan sólo a un degenerado, incapaz de hacer y pensar nada sino maldades y obscenidades, su opinión jamás cambiará, por más pruebas que se les muestren. Necesitan a alguien a quien despreciar para sentirse importantes, y por ello la verdad les tiene sin cuidado.

Ni siquiera yo, en mi desgracia, he llegado jamás a incurrir en semejante miseria del alma. Piensa en cómo se desgarraría su absurdo orgullo al saberse moralmente por debajo del marqués de Sade; es mejor, pues, para esos pobres diablos, no conocer la verdad jamás. Ahora ya me da igual todo, y sólo me consuela pensar que están lejos, hablando sin saber

realmente nada de lo que dicen, mientras que tú, tan cercano, conociendo mi vida entera, no piensas como ellos.

No creas, Charles, que vayas a poder convencer de nada a quienes sean absolutamente indiferentes. La indiferencia se suele confundir con la imparcialidad, y ésta con la justicia, cuya máxima virtud se cree que es la ceguera, pero todo eso no es más que un monstruoso error.

Una justicia ciega no es justicia en absoluto, porque la justicia verdadera debe verlo todo, hasta el último detalle, y verlo hasta en los más recónditos pensamientos de ambas partes; que ello sea o no posible, es otro tema.

La indiferencia no suele guiarse por la justicia, sino por la conveniencia de quien juzga. A un sicario le da igual matar a uno que a otro, pero si le pagan por matar a un hombre honesto y no a un asesino, será la conveniencia, y no la justicia, la que guíe sus actos. A un patrono honrado le da igual contratar a un trabajador o a otro, si ambos están

igualmente capacitados; pero no hay duda de que contratará al que acepte un sueldo más bajo, por más que el otro, igualmente capacitado,

necesite mucho más el empleo y no esté pidiendo más de lo razonable. Los indiferentes siguen la conveniencia, la comodidad. Y lo más cómodo es seguir la opinión de la mayoría, o, cuando es más conveniente, la opinión con más autoridad o prestigio, ya sea verdadera y justa o no. Por ello, hijo, no te esfuerces ni arriesgues en vano: si a los indiferentes les importara la verdad, ya no serían indiferentes.

Ten en cuenta que tanto los que hicieron la Revolución —tan cruel primero y tan cobarde después—, como los contrarios a ella trataron de matarme. Dado que muchos otros han cometido actos infinitamente más malvados y obscenos que los míos, y dado que mis escritos sobre tales actos gustan a tantísima gente —por más que quieran negarlo y por más que a mí me horrorice—, no puede ser la crueldad ni la

lujuria el motivo de que se me odie hasta tal grado. Piensa bien cuál puede ser, Charles, y no olvides esto nunca: poner al descubierto las mentiras sobre las que reposan los grandes intereses puede ser mortal para quien se atreva a hacerlo, o para quien, como yo, lo haga por instinto, sin darse cuenta.

Ahora pregúntate por qué estoy en un manicomio, si no es por locura ni idiotez profunda. Te habrán dicho que tengo una gravísima demencia libertina. Será sólo como escritor, porque si hubiera que encerrar a todos lo que hacen lo mismo que yo hice en mi juventud, casi nadie quedaría fuera del manicomio. Con sólo encerrar a los que hacen mucho peor que yo, habría que construir manicomios grandes como ciudades medianas, pues no faltan padres que violan a sus hijas, curas que abusan de niños, maridos que torturan y matan a sus mujeres, y una larga retahíla de chusma por el estilo. Si el libertinaje fuera locura, ¿dónde cabrían tantos locos? Luego tiene que haber otro motivo para mi encierro. Ten cuidado con

decirlo, o correrás quizá peor suerte que yo.

La clave de por qué estoy aquí está también tras el hecho de que me hayan incomunicado y prohibido escribir.

Además del aire de virtud que da el reducir a la nada al marqués de Sade —ése que todos, en secreto, desean ser (iy que yo nunca fui!), a la vez que temen que lo sean otros—, está también eso que se dice de los locos, los borrachos y los niños : sólo ellos dicen la verdad. A a unos se le mete en el manicomio, se trata a otros a patadas, y a otros se les hace callar a golpes. Yo, al crecer, no callé, y por eso el manicomio es mi destino, mientras que todos los que iban a los mismos burdeles y hacían las mismas cosas —látigo incluido—, están libres y con buena reputación. Ya sabes también que esas novelas que nunca quise tener que escribir se leen ahora más que nunca. En cambio, la que a ti más te gusta es anatema y horroriza a todo el mundo. Pregúntate por qué.

XVI. LOS DÍAS MÁS FELICES

Cualquiera fingirá estremecerse de horror —aunque lo hará de placer— si le piden que imagine los días más felices del marqués de Sade. Seguramente le vendrán a la cabeza todos los crímenes y obscenidades del universo, o al menos los que haya leído en mis novelas, que todo buen santurrón conoce.

Pero yo me río de tanta imbecilidad. Mis días más felices fueron cuando vivía con tu madre y contigo, fuera de la cárcel y escribiendo cosas totalmente distintas de las que la cárcel me dictaba. Es cierto que la felicidad no fue completa, pues yo habría querido también estar con mis hijos y con su madre, pero en este mundo de mal teatro eso era imposible. También es cierto que la miseria me llevó a vender la porquería que había escrito en la cárcel, y que me vi despreciado como escritor, porque sólo gustaba y sólo gusta lo único que logré llegar a vender.

Quizá no carezca totalmente de talento, pero se supone de entrada que el marqués de Sade sólo puede escribir maldad, locura e imbecilidad, sea lo que sea que escriba y prescindiendo de cómo lo haga. Si escribiera sobre la mismísima virtud —y lo he hecho—, se rechazaría con horror sólo por haberlo hecho yo, y es precisamente eso lo que ha ocurrido. En cambio, lo escriba yo o no, el horror y la obscenidad parecen gustar a todo el mundo.

A pesar de todo, tu madre y tú habéis hecho que no muera conociendo sólo el infierno. Nunca podré agradecerélos como merecéis, y odio que os veáis mancillados por la reputación de maldad y locura que cubre para siempre mi vida. Si quienes osan contaminaros con la maldad de sus pensamientos dejaran por un instante la hipocresía, deberían otorgaros el más alto premio a la virtud, pues habéis logrado lo que ninguna cárcel ni manicomio del mundo podría hacer: reformar al mismísimo marqués de Sade. Es cierto que, de haber sido yo tal y como se dice,

no habríais conseguido sino ser mis víctimas, pero desde que os conozco no he vuelto a hacer nunca las cosas que en mi juventud me llevaron a la prisión.

XVII. DIEZ MIL PASOS ATRÁS

Antes te he hablado de los males de la Revolución y de sus consecuencias inmediatas, y también de los males que, como toda tiranía, trae toda revolución para derrocarla. Nunca faltarán sirenas que digan que tales horrores son el precio que hay que pagar para que las cosas mejoren generaciones después.

Yo te digo que eso equivale a dar un paso adelante y diez mil pasos atrás si, por cada cosa que mejora, diez mil empeoran y otras tantas siguen igual.

La gente se quejaba en la época borbónica de falta de libertad e igualdad. Ahora es un dogma decir que hay libertad, igualdad y fraternidad, pero, ¿los hay realmente más que antes?

La libertad fue erradicada por la Revolución que debía darle la victoria, y después sigue habiendo menos libertad que antes de la Revolución.

La Revolución trajo, supuestamente, la igualdad, pero ésta jamás ha existido en ningún sitio y jamás existirá, ya que es contranatural, y Francia, por mucho que pretenda, no está libre de las leyes universales que rigen las sociedades humanas en todas partes del planeta. Ya sabes que sólo un cerebro podrido como el del marqués de Sade ha podido inventar algo tan aberrante como Tamoë, que no es más que una estúpida fantasía. En cambio, las más sangrientas jornadas de Sodoma se suceden, desde siempre y para siempre, por toda la faz de la Tierra: no hay que ser Sade para verlo, porque es la realidad, la ley natural, y, según dicen, la voluntad de Dios, que debemos aceptar y no juzgar.

Volviendo al tema de la igualdad en Francia, no es sólo que Napoleón haya creado sus propios aristócratas y rescatado parte de los borbónicos —entre ellos los Sade, de los que ya no formo parte—; eso no es más que la superficie, y un mero adorno.

Lo cierto es que, con Napoleón o sin él, sigue y seguirá habiendo pobreza y miseria, y no sólo entre haraganes y viciosos, muchos de los cuales están entre los ricos.

Tampoco hay ahora más fraternidad que antes de la Revolución. ¿Sabes por qué no hay justicia ni igualdad, y por qué es una ley universal de la naturaleza el que no las haya? La respuesta es que, siendo una ley universal el egoísmo —del que tan sólo se desvían temporalmente algunos sujetos aberrantes—, no puede haber fraternidad, y sin ésta la igualdad y la libertad son imposibles, ya que entonces impera la ley del más fuerte, que sólo sustituye unos tiranos por otros.

¿Ha descendido en Francia el egoísmo? Ni en Francia ni en ningún otro punto del planeta. Y mucho me temo que pedir eso al género humano es como pedir a un cerdo que recite poesías, o a un roble que dé higos o manzanas, algo que va contra las leyes naturales. Es cierto que hay hombres altruistas en extremo, pero que un cuervo sea blanco, o lo sean cien,

o incluso mil, no cambia la realidad de la mayoría, y es en ésta donde reside la fuerza.

Algunos filósofos, como Heráclito, han afirmado que la guerra es la madre de todas las cosas. La igualdad en el mundo es imposible porque hasta los átomos son desiguales. Y si fueran iguales, todo sería una masa informe, homogénea y sin movimiento, sin vida, como una gran piedra que lo ocuparía todo, sin que jamás sucediera nada. La desigualdad de los átomos y de sus fuerzas crea el movimiento y éste los choques de partículas. Si no hubiera guerra a nivel atómico, no habría movimiento, y sin él no habría vida.

Si la desigualdad y la guerra son una ley de la física y de la química, ¿por qué no van a serlo en todos los niveles de la existencia? Entre los animales, la vida es comer a otros o ser comido. ¿Acaso vamos a ser la única excepción? La observación de la realidad demuestra que

no, y que todo lo más horrendo que es posible en la Tierra ha sido inspirado por la naturaleza precisamente al ser humano.

La de la guerra como origen de todo es una teoría muy elegante desde el punto de vista de la razón; es como un cálculo matemático que lo explica todo. Sólo que falta el detalle del propósito. ¿Para qué iba a actuar así la naturaleza? Al fin y al cabo, ella no tiene necesidad de nada: ni de la muerte ni de la vida, ni del placer del dolor. Si acaso no es un ser consciente al que le agrada solamente la tortura, lo cual es absurdo por más que me veo forzado a creerlo, a la naturaleza le da exactamente igual todo.

Somos nosotros, los seres vivos, quienes tenemos voluntades y propósitos. El choque de unos con otros es lo que lleva a la guerra. Ahora debemos preguntarnos si, como parece predecir la teoría de la guerra de partículas, el mundo se detendría y todo moriría si dejáramos de torturarnos y matarnos unos a otros. Quizá, si lo hiciéramos, la población crecería en exceso y las hambrunas y

epidemias se encargarían de devolver las cosas a su sitio. Eso también podría evitarse teniendo menos descendencia, pero tal cosa, según dicen, es pecado. La guerra, en cambio, no lo es, por más que luego digan que, si en solitario matas a quien te hace la vida imposible, irás al infierno.

Durante la Revolución se deificó la Razón, y de ella se presume ahora más que nunca. Pero es también en cuanto a la razón que se han dado diez mil pasos atrás y ni uno solo adelante : la superstición impera ahora con mucha más fuerza que antes de la Revolución. Y, no hay que olvidarlo, la superstición instiga guerras, sostiene tiranías, hace fracasar revoluciones, ordena torturas y asesinatos, provoca locura e invade la vida haciéndola miserable. Realmente, hijo, si hubiera de veras un Diablo, o un marqués de Sade tal y como la gente lo imagina, sería el que ha inventado la superstición, pues obtendría de sus resultados un enorme placer. Sin embargo, creo que ha sido más bien producto de sujetos corrientes, como esos que gozan pensando que me pudro en este manicomio.

XVIII. ÚLTIMAS CADENAS

Los últimos lugares donde he sido encerrado —y donde voy a morir— son manicomios. Así se busca matar por el desprecio todo vestigio de mí, pues se puede encarcelar a alguien por error, creerle culpable sin serlo, pero todo el mundo —o eso se cree— sabe ver si alguien está loco, y por eso se cree que en tal caso es imposible equivocarse.

Tú nunca me has visto delirar, ni tener alucinaciones. Se ha dicho que estoy aquí por un irrefrenable libertinaje que me hace peligroso. Muchos malvados abusan de niños, y tú estuviste enteramente a mi merced desde los seis años. Ya me dirás si alguna vez abusé de ti como otros hicieron conmigo.

Soy peligroso porque soy cruel, se cree. Ya me dirás las veces que me has visto hacer daño a tu madre, o a ti, o a otros. Si alguna vez azoté mujeres, cuando os conocí a tu madre y a ti hacía ya mucho tiempo que había dejado de hacerlo, por

lo que no era necesario el manicomio para proteger a nadie. Durante la Revolución —tú lo viste— fui encarcelado y condenado a muerte por no querer cometer atrocidades, y resulta que ahora, dicen, estoy en el manicomio por mi crueldad, o sea, por azotar nalgas de prostitutas cuando era joven. No niego lo malo que pueda ser eso, pero ya lo pagué, y no he vuelto a hacerlo nunca desde que dejé la Bastilla.

Si no hay voluntad de falsificar pruebas, habrá que reconocer que mi única crueldad, o locura, o libertinaje, consiste ahora en escritura. Es por eso que se me ha prohibido escribir y se ha quemado todo escrito mío que se ha encontrado aquí.

Mi última detención fue por mis escritos, y mi último traslado, de una cárcel a otra peor, y de ésta a un manicomio, fue porque en Sainte-Pélagie había otros escritores, que además se habían hecho amigos míos, y eso no se

podía tolerar. A alguien se le ocurrió que, difundiendo que yo era el famoso marqués de Sade de las leyendas de horror, los escritores más decentes dejarían de tratarme, pero eso tan sólo hizo que una chusma, sedienta de todo lo que sin duda leyó en mis novelas, me atacara por diversión, con la intención de matarme.

Aprovechando que de día estábamos en una zona común y sólo nos encerraban en las celdas por la noche, me torturaron y trataron de asesinarme; total, nadie iba a encarcelarles, pues ya estaban presos, y nadie aumentaría sus penas por librar al mundo del marqués de Sade. Los guardianes se dieron cuenta y avisaron al director, que ordenó mi traslado a la infernal Bicêtre.

Un asesinato en la cárcel da a ésta una fama de inseguridad que el director no quería, y, para cubrir el expediente sin parecer ayudarme, se dio la excusa de que unos muchachos, detenidos por un tumulto precisamente en un teatro, habían sido víctimas de mi pasión brutal, como si un grupo de jóvenes sanos pudiera ser

sodomizado por un hombre viejo y enfermo, precisamente en una cárcel donde podían llamar a los guardianes, y donde bastaba con encerrarme todo el día en mi celda —o en una de castigo— en vez de juntarme con los otros, sin que hicieran falta traslados, manicomios ni demás farsas.

Si en Sainte-Pélagie hubo, en relación con el marqués de Sade, una víctima de la más cruel lujuria, ésa fui yo. Y si hubo otras, Sade no las tocó. Quizá, si acaso hubo más abusos cuando ya me hallaba en Bicêtre, alguno de los culpables dijo ser yo para aterrorizar aún más a su víctima, lo cual no me extrañaría nada. Sospecho que se viene haciendo desde lo de Arcueil: alguien comete una fechoría y dice ser el marqués de Sade; de otro modo, no me explico tanta fama. Preferiría tenerla como escritor, y no precisamente de los vómitos que publiqué de manera anónima.

Eso nos devuelve al motivo por el cual había sido detenido: mis escritos. Se dirá que son horriblemente obscenos y repletos

de crímenes. No niego que he escrito cosas así, y que por desgracia han sido muchas. Pero si hubiera que condenar todo escrito extremadamente cruel y obsceno, habría que quemar la Historia, pues se han cometido —no sólo escrito— toda suerte de atrocidades. Las que hay en mis novelas han sido practicadas, y no por mí ni por salvajes paganos —aunque éstos tampoco están limpios—, sino por civilizados cristianos. No hay nación libre de esta herencia de maldad, se escriba o no.

Además, si hay que encerrarme en un manicomio por haber escrito horrores y obscenidades, ¿qué hay de quienes los han leído con deleite y han dicho que me quedaba corto, pues deseaban mucho más? Aunque mis primeros editores hayan muerto, esos cúmulos de obscenidad y horror siguen publicándose. Yo ya no percibo nada por ello, pero hay quienes se llenan los bolsillos gracias a los rebaños sedientos de inmundicias que luego van a

misa como buenos cristianos y maldicen al marqués de Sade, que tan buenos ratos les proporciona con lo que a él le hacía llorar y vomitar.

Dijo uno de esos santurrones que la más peligrosa de mis obras es ésta que a ti te gusta tanto, ya que, al no ser repulsiva, encierra mucho más peligro. Ahí tienes la clave de todo, Charles, la de por qué estoy en un manicomio.

Si se cree que estoy loco y que además puedo contagiar mi locura, nadie querrá saber nada de algo que yo haya escrito, salvo que sea obsceno y esté lleno de torturas y asesinatos, porque esto sí que gusta, y, por lo visto, no vuelve loco a nadie; al fin y al cabo son cosas que también hacen los buenos cristianos.

Pero lo de Tamoë sí es de locos, porque nadie lo hace, y hay que procurar por todos los medios que nadie lo haga, ya que es peor que todos los crímenes juntos; éstos, al fin y al cabo, no minan las bases de la tiranía, sino todo lo contrario, pero Tamoë sí lo hace. Por eso,

quien lo haya inventado debe morir en un manicomio. Además está el honor de los Sade y los Montreuil, amén de la gloriosa virtud de Napoleón.

Alguien se escandalizó de que hubiera un teatro aquí con los locos. No sé qué diría si supiera que todos los buenos teatros están en un gigantesco manicomio, donde nadie, en todo el día, se quita la máscara, y donde el mal teatro es la única realidad.

XIX. EL IMPERIO DEL ABSURDO

Había una vez un lugar donde la misma existencia de cada ser dependía de la destrucción de otros seres. Allí, claro está, era imposible el bienestar y el placer de unos sin la tortura y muerte de otros. Allí la naturaleza produjo hombres crueles y depravados que imaginaron dioses con el mismo egoísmo mezquino y la misma crueldad que ellos tenían, y torturaron y mataron a sus semejantes en nombre de esos dioses, diciendo, además, que gracias a ellos existe la bondad sobre la Tierra.

A mí me parece increíble la idea de semejantes dioses. Imaginad un ser que ha vivido incontables miles de millones de años; su existencia, feliz y solitaria, ha transcurrido contemplándose a sí mismo, sin necesitar nunca nada y sin aburrirse jamás. Pero un día se le ocurre la idea de producir seres minúsculos, sólo para impresionarlos con su poder. Con esa intención los hace tan débiles, imbéciles y propensos al mal como puede, pero conscientes de su inferioridad, o al menos

capaces de fingir sumisión por conveniencia, sólo para que alaben la bondad, poder y sabiduría de su creador —tal es la estupidez de los inventores de dioses—, y reserva una eternidad de tormentos continuos de dolor infinito a los que no puedan creer en su existencia —porque sus débiles mentes no alcanzan a comprenderla—, a los que no quieren fingir que creen y a los que caen en las debilidades con las que han nacido, siendo una de ellas la incapacidad de arrepentirse.

Según ese ser —o lo que dicen que dice—, uno debe lamentar profundamente haber nacido, y sentirse totalmente culpable de las características mentales —determinantes de todos sus impulsos, inclinaciones y deseos— que ha recibido al nacer, como si hubiera podido elegirlas. Y debe, además, alabar a quien se las ha dado y agradecerle la insignificancia, debilidad e idiotez otorgadas. Mi concepto de la divinidad es demasiado elevado para creer en algo así. Yo sólo soy capaz de adorar a quien produzca únicamente seres

poderosos, hermosos, sabios y, sobre todo, bondadosos, no basura viva que tenga que pedir perdón por existir y cuya condición no pueda mejorar más que con la muerte, si acaso ésta no le reserva algo infinitamente peor.

Quien haya creado sólo gloria, sólo gloria merece. Pero ya me dirán qué merece entonces el inventor de la mierda, la podredumbre y la peste, así como del Diablo, de la locura y del infierno. ¿Merece acaso gloria quien haya ideado y dado existencia a toda esa porquería? Mi pobre cerebro de recluso de manicomio no alcanza a comprenderlo.

Semejantes dioses inventados por los hombres —un dios verdadero jamás sería mezquino y malvado— han hecho posible un mundo donde hasta el más sencillo goce de la vida es un crimen, donde hasta el mismo nacimiento es un crimen, y donde la muerte, puesta como única salvación posible, es, la mayor parte de las veces, la puerta de otros tormentos, infinitamente peores, que durarán para siempre. Ese dios inventado fue tan bueno

que hizo posible la capacidad de elegir el mal, para que así sus queridos hijos tuvieran la libertad de elegir ser torturados eternamente. Claro que también pueden elegir el bien y el cielo, pero, curiosamente, casi todos eligen el infierno, o así nos lo predicán cuando se nos recuerda que angosta es la senda que lleva al cielo y que muy ancho es el camino del infierno. Yo también creo que hacer el bien es lo más difícil y hacer el mal lo más fácil, pero se me maldice por afirmarlo, como si lo dijera Sade y no la Biblia.

En el mundo que ahora describo, muy propio de mis novelas, los mismos que prohíben los goces más inofensivos imponen con tormentos la peor clase de lujuria a inocentes. En tal infierno, que yo conocí muy bien antes de pensar en escribir nada sobre él, se dice adorar lo que en realidad está sujeto a las peores condenas.

Lo más prohibido es allí, precisamente, lo que más se hace, y también lo que más gusta, sobre todo a quienes lo prohíben. El crimen y el vicio son recompensados en nombre de la virtud, y ésta, en realidad, es castigada como vicio, no pocas veces con los peores tormentos. La más odiosa locura es declarada santa por quienes encierran a otros en manicomios. Hay poquísimos sabios, y todos viven escondidos para no ser atacados, pues casi toda la población está compuesta por estúpidos que dicen adorar a la Razón, pero que la condenan como locura y maldad en cuanto la encuentran, y no pocas veces la arrojan a la hoguera. No mentir es, en ese mundo, un síntoma de idiotez, que como tal castigan quienes dicen adorar la verdad.

En ese mundo está prohibido decir cómo son realmente las cosas, lo cual puede traer la muerte, la tortura, la cárcel, la deshonra y la amenaza de ser eternamente torturado. Se encarcela en nombre de la libertad, se guerrea en nombre de la paz, se roba en nombre de

la honradez y se tortura en nombre de la bondad.

Es un mundo en el que está prohibido hacer teatro en los manicomios, pero donde todo es teatro —y del malo—, y donde todo es un gran manicomio.

Es el imperio del absurdo.

Puedo aceptar que lo antes narrado sea sólo un cuento escrito por un loco, pero jamás me harán creer que ese loco sea Dios. Me encantaría que todo lo que acabo de contar fuera sólo una fantasía, un desvarío de ese marqués de Sade que dicen por ahí, pero mucho me temo que es la realidad: las paredes de mi celda y mis dolores me lo aseguran.

XX. LO QUE NADIE QUERRÁ CREER

"La razón debe advertirnos que dañar a nuestros semejantes nunca puede hacernos dichosos, y nuestro corazón debe indicarnos que contribuir a la felicidad ajena es el más grande goce que la naturaleza nos haya acordado sobre la tierra".

Son palabras del marqués de Sade. Las puse en el *Diálogo entre un Sacerdote y un Moribundo*, que nunca se ha publicado, y quizá también en algún otro libro, pero ya no me acuerdo. Da igual, porque nadie querrá creer que yo haya dicho nunca eso. Y aunque lo hubiera dicho otro, tampoco le harían caso: a la mayoría, la razón y el corazón tan sólo le dictan el egoísmo.

A muchos les gusta pensar que aborrezco toda forma de moral, lo cual no es cierto. Yo no digo que se deba ser inmoral porque la naturaleza es malvada, sino que la moral debe referirse a la parte de la naturaleza que recibe sus efectos, no al todo. El Todo, la Naturaleza, permite el bien hasta cierto límite, pero el bien no es la finalidad suprema de la naturaleza, o ésta funcionaría de muy distinto modo.

La humanidad ha errado al querer vincular la moral al conjunto de la naturaleza, a la que no le importan particularmente las especies de seres, y muchísimo menos los individuos, pudiendo prescindir de cualquiera de ellos. Y peor aún es hacer depender la moral de la voluntad de supuestos seres sobrenaturales. A la naturaleza le da igual la destrucción y el sufrimiento, y quien la hubiera construido así sería aún más malvado, pues lo habría hecho conscientemente, imprimiendo el mal en su creación como ley inexorable. Además, un ser que deja que se cometan en su nombre toda clase de crímenes, y cuyas

supuestas leyes varían con el tiempo y el lugar, no puede constituir una base auténtica para la moral.

Contra lo que muchos piensan, yo maldigo la crueldad de la naturaleza. A veces en mis novelas coloco esta maldición en boca de personajes que, dada su índole malvada, deberían bendecir a la naturaleza por haberles colocado en la posición de los fuertes, de los que gozan con la tortura y la destrucción de los débiles, creados para su placer. Siendo el conjunto de la naturaleza un sistema cruel y despiadado, no tiene sentido un código moral referido a ella como conjunto, pues su primera ley es la destrucción y la crueldad.

Dado que las leyes naturales se imponen por sí solas, para seguirlas no hace falta ningún código moral. La moral debe ser un refugio contra las principales tendencias de la naturaleza, no tratar de seguirlas o reforzarlas. Los malvados, aunque lo digan, no tratan de agradar a

la naturaleza, sino de agradarse a sí mismos; la naturaleza no se ofende más por ellos que por los más bondadosos, pero tampoco le agradan más ni menos, ya que es indiferente a todo.

Decir que la naturaleza no funcionaría sin los crímenes de los malvados es una imbecilidad, pero es lo que alegan muchos de ellos como excusa para sus actos. Y no sólo incurren en ello los ateos, sino que muchas religiones se han basado precisamente en actos sanguinarios, sin los cuales se decía que el universo dejaría de funcionar, que el Sol se apagaría y cosas por el estilo.

Yo lo escribí para mostrar lo que piensan quienes excusan sus acciones en la naturaleza, y también por el dolor que me causa que el mal forme parte de las leyes naturales, pero yo sé que tal idea es una estupidez, pues no ignoro que, aunque nadie torture ni mate, la naturaleza lo hace sola con las enfermedades y la vejez, sin que nadie tenga que ayudarla. Además, a la naturaleza le da igual que uno muera en su cama a los

cien años o en un potro de tortura a los veinte, puesto que es indiferente a todo. Incluso si fuera cierto que los astros se apagasen por falta de asesinos y torturadores, ¿qué demonios le importa eso a la naturaleza, a la que le da igual que miles de millones de astros existan, estallen o se apaguen?

Afirmar que la virtud es contranatural es otra tontería desde que no hay consciencia ni voluntad en la naturaleza, fuera de las consciencias y voluntades individuales. La naturaleza permite todo lo físicamente posible, ya sea bueno o malo. Si decimos que la crueldad no la ofende porque es físicamente posible, tampoco puede ofenderla un acto bondadoso si las leyes físicas no lo impiden. Otra cosa es que una mayoría de seres egoístas y crueles se dejen llevar por sus impulsos y ataquen al bondadoso, lo cual no implica que la acción de éste ofenda a la naturaleza más que las de sus atacantes, desde el momento en que todas son físicamente realizables. Por más que a mí

sí me habría gustado mucho hacerlo, ofender a la naturaleza es algo absolutamente imposible.

Conocida la cruel realidad de la naturaleza y rechazado el absurdo de un ser sobrenatural, la moral necesita, forzosamente, unos nuevos fundamentos. Éstos ya no podrán basarse en la superstición, pero tampoco podrán seguir la tendencia general de la naturaleza, ya que ésta consiste en continuas destrucciones y horribles sufrimientos.

Se debe enseñar a estimar las virtudes sin necesidad de fábulas sobrenaturales, y dichas virtudes deben tener como objetivo la felicidad. Hay que hacer sentir que esta felicidad consiste en hacer a otros tan afortunados como desearíamos serlo nosotros mismos. Si se asienta la moral en la superstición, fracasará al ser demostrada la falsedad de las creencias supersticiosas, ya que entonces se querrá hacer lo contrario a la moral sólo porque lo prohíbe la superstición.

El fundamento de la moral debe ser la felicidad de los afectados por ella, pues cualquier desviación de esto hacia supuestos seres sobrenaturales, o hacia la propia naturaleza en su tendencia dominante, sólo conduce a la desgracia. Digan lo que digan los malvados, la moral debe ser nuestra máxima prioridad, ya que, para la naturaleza, el hombre es tan indiferente como las moscas. Si no nos protegemos nosotros de los accidentes fortuitos y de las malas intenciones de nuestros semejantes, la naturaleza no lo hará.

Casi tan vieja como la maldad y el egoísmo es la moral basada en el egoísmo supersticioso: ser bueno para obtener premios o evitar castigos no es más que egoísmo disfrazado de virtud. Lo realmente nuevo sería una moral como la de Tamoë, satisfactoria para los más virtuosos, pero no impracticable para los sujetos corrientes, y en la que hasta los muy egoístas pueden hallar alguna ventaja en hacer el bien y no el mal.

El alma realmente generosa actúa por amor, no por egoísmo; no lo hace por lo que pueda obtener "después" de esta vida, ni por miedo al castigo. Pero eso no es para la mayoría, que actúa casi siempre por egoísmo y le es muy difícil sentir otra cosa; por ello es necesario buscar modos de demostrar que la moral que unos pocos practican siguiendo las inclinaciones de su corazón puede resultar también en beneficio egoísta para cada individuo de la mayoría, en caso de que ésta opte por seguirla. El problema es que casi nadie querrá creer tal cosa, y, diciéndola yo, menos aún.

XXI. LA PERSISTENCIA DE LA MENTIRA

Las mentiras pueden durar siglos, milenios incluso. Basta con que gusten o convengan a muchos, o que hagan posible obtener un gran poder. Por las mentiras se cometen crímenes, y se pretende demostrar su verdad por la sangre que se derrama por ellas. Se tortura y se mata a quienes no creen unas mentiras, y también a quienes creen otras, y por ellas se declaran guerras.

Otra razón por la que los engaños persisten hasta ese extremo es que la verdad casi nunca es tan fácil de entender como parece. Además, a diferencia de las mentiras —otra cosa son los errores debidos a las apariencias—, la verdad no nace con la intención de ser creída, y por ello no está diseñada expresamente para serlo. Pero todo ello junto contribuye al triunfo de la falsedad: el error es fácil, la verdad es difícil de comprender, y las mentiras son ideadas para ser creídas.

Si hay algo más persistente que la verdad, es la mentira. A menudo es imposible extirparla sin borrar todo rastro de la existencia de la verdad a la que ha ensuciado. Esto es particularmente cierto en mi caso, pues, aunque no he matado a nadie, se habla de mi como si hubiera matado a miles de víctimas. Y todo el mundo cree que escribí sólo sobre obscenidades y torturas porque eso es lo que me gusta, cuando ni he escrito sólo de eso ni lo he hecho porque me guste.

Yo creo que, en mi caso, la principal causa de la persistencia de las mentiras ha sido la coincidencia de opiniones entre quienes disfrutaban con mis escritos más conocidos y quienes sienten repulsión sincera por ellos, pues todos ellos creen lo mismo. Todos piensan que yo cometí los actos más horrendos que describí, y que lo hice porque me daba placer. Una gravísima confusión, pero el que todos piensen igual hace que parezca la verdad.

Me confunden con personajes de mis novelas, pero ya sabes qué personajes y de qué novelas. Una cosa es que se intente explicar lo que escribo a partir de mi vida, y otra es que se quiera deducir mi vida de mis escritos, y no de todos ellos, sino sólo de los más horribles, y no de todos sus personajes, sino sólo de los malvados.

Algunas personas creen su deber moral denigrarme a toda costa, aunque no sepan nada de mí ni hayan leído ninguno de mis escritos. Unos lo hacen para no diferir de la mayoría, y otros porque creen que así protegen la virtud, cuando lo cierto es que no hacen sino excitar el apetito de los viciosos por ciertas cosas que escribí, pues se complacen en pensar que no fueron sólo fantasía, ni relato de hechos ajenos, sino de los míos propios. En cambio, si dijeran la verdad, se perdería gran parte de ese atractivo perverso, pero muchos consideran pecado decir algo de mí que no sean los peores horrores, por más que sea la verdad.

Porque alguien que no piensa como se ordena pensar ni cree en lo que se ha ordenado creer será siempre tenido por malvado, haga bien o mal, y también si no hace nada. En cambio, quien aparente pensar como se debe y creer en lo que se debe será siempre tenido por bueno, por muchas maldades que cometa; al fin y al cabo, lo más atroz y obsceno que haga no hará temblar los cimientos de la fe. Pero que no sea malvado en extremo alguien que, realmente o en apariencia, no crea lo mismo que todos, eso sí es algo que hace tropezar al rebaño. Lo que pasa es que se olvida, o se quiere hacer olvidar, que los rebaños siempre han sido y serán sólo para explotarlos, esquilarlos, ordeñarlos y degollarlos, por no decir cosas peores; y sus verdugos, que les protegen del lobo para poder llevarlos al matadero, prefieren, claro está, trabajar cómodos, y para eso usan las mentiras.

Las mentiras sobre mí persisten también porque muchos hacen negocio con lo que me vi obligado a vender, y, no conformes sólo con ello, venden también mentiras

sobre mi vida, que hacen mucho más atractivos ciertos escritos míos a la chusma. Un montón de crímenes y orgías imaginarios nunca venderá tantos ejemplares como si se trata de hechos auténticos, y uno sacado de libros de historia se venderá menos que si los hechos son narrados por el propio criminal. Ello es así porque a la chusma —perdón, al santo rebaño— le gusta el crimen, por más que a mí no me guste.

Es cierto que una vez mentí, y puse en una novela horrores inventados sobre un papa del que no sabía nada. Fue una venganza por lo que me habían hecho sus acólitos, cuya reputación quedó para siempre intacta, y porque todo el mundo cree mentiras sobre mí, y hasta considera un deber sagrado creerlas. Además, si hice realmente algo malo, fue consecuencia de lo que me habían hecho los falsos predicadores de la virtud, por lo que sentí el impulso de vengarme en su jefe. No me agrada haberlo hecho, pero no creo haber causado gran daño a mi víctima. Al fin y al cabo, mi mentira no será creída por muchos, ya que es la de uno solo que morirá en un manicomio, y nadie saca

especial partido de ella. En cambio, las mentiras acerca de mí son dichas por muchos, que además están libres y gozan de buena reputación, y son mentiras que gustan y por ello dan dinero. Da igual que en ambos casos se trate de mentiras: una calumnia sobre un papa siempre ofende a muchos, pero una sobre mí ofende, a lo sumo, a uno o dos individuos en todo el mundo.

Las mentiras sobre mi también convienen a quienes ven sus propias actitudes denunciadas en mis obras, y también a aquellos a quienes horrorizan los ejemplos de la más excelente virtud que hay en algunas de ellas, reputadas de mucho más perversas que las otras. A todos ellos les conviene mucho que, de mis escritos, tan sólo se conozca lo que se conoce, y que todo el mundo me crea el más horrible de los asesinos.

Nunca se acabará, en mi caso, con las mentiras particulares mientras se tema que su fin haga caer las mentiras generales, o mientras sean éstas las que dicten lo que se debe creer.

Sólo te digo, hijo, que no sufras en vano por lo que se diga sobre mí. Sé feliz precisamente porque es falso: peor sería que hubiera sido cierto. Recuerda siempre que la pura verdad, sea cuál sea, jamás mueve grandes rebaños de hombres al esquileo o al degüello, cosa que sí hace con frecuencia la mentira.

XXII. POR QUÉ ES TAN DIFÍCIL COMPRENDERME

Comprenderme es difícil por todo a la vez: mi situación, mi forma de ser y la forma de ser de los demás.

Mi situación siempre ha sido extremadamente complicada y difícil de entender, incluso para mí mismo. Sobre todo para mí mismo. Es horrible la apariencia de tenerlo todo para ser feliz, cuando se tienen tantos motivos ocultos para ser desgraciado. El sufrimiento que me causan ciertos hechos es tan extremo que me ha impedido hablar de ellos de modo que pudieran comprenderse.

Reconozco que, además de mis circunstancias, mi forma de ser es la más difícil de comprender que conozco. Mi sensibilidad moral, por ejemplo, resulta incomprensible, pues, siendo altísima, cuando es herida por un gran dolor no puede expresarlo normalmente ni helarse en la inexpresión, sino que lo expresa de forma

invertida, y lo que más dolor me da parece darme placer. Justo cuando el horror, el asco, el dolor que siento en el alma son más fuertes, siento el impulso de hacer como si gozara, de hablar como si todo eso hiciera mis delicias, lo cual es casi imposible de comprender, salvo si se piensa en alguien que se ría de su propia desgracia o se golpee la cabeza contra la pared.

Nunca he logrado hacerme entender por nadie hasta el grado que necesito; ni por los muy sensibles, ni por los muy racionales, ni por los sujetos corrientes. Los muy sensibles no soportan mi razón, incapaz de prohibirse avanzar por ciertos terrenos hasta las últimas consecuencias, aunque sean insoportables incluso para mí. Y los más racionales son fríos, no soportan mi sensibilidad y mi pasión, que les parecen tonterías.

Para mí, es triste no poder hablar directamente desde el alma, sin tener que emplear palabras, pues, salvo en lo más sencillo, no logro que se entienda lo que

quiero decir. A veces me parece que, cuanto más trato de hacerme entender, menos lo consigo.

Comienzo a comprenderme ahora, ahora que ya estoy muriendo. Necesitaría otra vida, muy larga, para hacer entender mínimamente a otros ciertas cosas que he dicho y hecho. Esto es así porque no he conocido a nadie con mi forma de pensar y sentir, ni he sabido de la existencia de nadie que las tuviera. No ser como los demás me ha llevado a esperar de ellos en vano que se comportaran como yo hubiera hecho, y a imaginar erróneamente que podían entenderme, todo lo cual ha sembrado mi camino de trampas.

Incluso ahora que ya estoy a punto de dejarlo, el mundo me parece un extraño lugar. Aún me asombra ver cómo casi todos aceptan la hipocresía desde su más tierna edad, y viven inmersos en ella, respirándola cómodamente, como peces en el agua. Yo, en cambio, me ahogo en ella, lo que también me hace incomprensible.

XXIII. ADVERTENCIA

Ten siempre en cuenta que todo mensaje, absolutamente todo, puede ser tergiversado o pervertido y usado como excusa para el mal. No hay excepciones. Cualquier idea puede tener resultados contrarios a su finalidad, y también ser usada con fines contrarios al original.

No sólo unos escritos como aquellos míos en los que doy rienda suelta a mi dolor, plagados de descripciones de crímenes y obscenidades, sino cualquier mensaje, por bueno que sea, aunque en su origen contenga la mismísima Virtud, puede ser usado para el mal. Los mismos Evangelios se han usado para autorizar más asesinatos y torturas que cualquier libro de brujería satánica. Y si el mensaje es combatir la superstición y la tiranía con la razón, tú mismo has sido testigo en tu infancia de lo que se hizo en nombre de la Razón.

Ello significa que, sea cual sea el mensaje, su contenido y su intención, siempre podrá ser usado por malvados y oportunistas. Eso me enfurece y a punto ha estado de hacerme desistir de este último esfuerzo por escribir, pero veo que lo mejor es que tú y otros como tú sepáis ciertas verdades, aunque otros luego las conviertan en mentiras, pues lo harán igualmente si lo desean, y tú contarías con menos armas.

De cualquier estupidez puede hacerse una secta, partido o religión. Si se adora al diablo o a cualquier líder humano —a lo largo de la Historia se ha adorado hasta a la mierda—, a algún loco o malvado se le podría ocurrir adorarme a mí. Ya sé que es ridículo, pero se han hecho cosas igualmente estúpidas y peligrosas. Y puedo profetizar por qué motivo me adorarán si lo hacen. Con toda seguridad no será por Tamoë, a menos que cambien todo el contenido del relato, lo cual también es posible. Si me adoran, será por las descripciones de torturas, violaciones y asesinatos, descripciones que hice para vomitar en

ellas mi dolor, y que esos malvados atribuirán a mis deseos y a mi placer, diciendo, como algunos ya hacen ahora, que yo he cometido realmente todos esos horrores. Lo veo no gracias a un don de presciencia, sino porque ésa es la inclinación mayoritaria del ser humano por más que se niegue. Debes saberlo para estar preparado. En cuanto a mí, no necesito ni quiero adeptos, pues de nada me servirían una vez podrido bajo tierra. No quiero que se me crea, sino que se me juzgue según los hechos; y que ello sirva para que otros no repitan mis errores, porque a mí ya no me sirve de nada.

Es terrible para un escritor no poder sentirse libre de futuras distorsiones. Todas mis obras han sido tergiversadas. Es tanta la falsedad que puede acumularse sobre un mensaje, y son tantos los hombres dispuestos a dominar a los demás valiéndose de dichos ajenos tergiversados, que es una verdadera desgracia que no exista un modo de prevenirlo ni un método para detectarlo con rapidez.

Aun así, quiero que se investigue la veracidad de todo lo que digo. Nunca ha sido mi propósito hacer creer lo que yo creo, sino mostrar lo que yo veo, y si otros ven en ello aún más detalles y más claramente, tanto mejor. No quiero convencer a nadie de nada, sino tan sólo incitar al análisis y la reflexión.

XXIV. ALGUNOS CONSEJOS

Dada la extrema facilidad con que es posible torcer el sentido de las palabras y de los hechos, sería muy útil tener, si existiera, un método que permitiera detectar el engaño, la impostura y la tergiversación, así como los señuelos que arrastran a multitudes hacia trampas mortíferas, como guerras o tiranías. Pero no existe, por ahora tal método, y es muy difícil que llegue a existir, ya que habría de reunir en él, organizados para un mismo fin, elementos de ciencias muy dispares, algunas de las cuales todavía no existen. A falta, pues, de un método adecuado, habrá que conformarse con las lecciones que da la vida, que, por desgracia, suelen despreciarse.

Hay que tener siempre en cuenta que, aun si existiera alguien absolutamente incapaz de mentir, todavía podría, al no ser omnisciente, equivocarse, y también haber sido engañado por otros, o transmitir un

error involuntario ajeno. Además, aunque alguien no mienta ni se equivoque respecto a algo, sus dichos pueden ser después alterados, deformados o manipulados por otras personas. Recordar esto habría ahorrado a la Humanidad muchos de los peores horrores.

No estoy hablando de acusar a nadie de mentir, ni de rechazar de entrada lo que diga, sino de suspender el juicio sobre lo afirmado hasta tener pruebas de que es cierto. Nadie debería ofenderse cuando se trata de comprobar la verdad de lo que afirma, pues no hay mayor honor que ver confirmada nuestra honradez por los hechos, que son la misma verdad en persona. Por eso reitero que no quiero que mis palabras sean creídas, sino juzgadas según los hechos.

Hay que desconfiar de cualquiera que prohíba dudar de lo que dice; si fuera sincero, se prestaría gustoso a un examen que tan sólo podría corroborar su integridad.

Las apariencias pueden jugar malas pasadas, pues no son indicación segura de la verdad, ni tampoco de la mentira, y siempre hay que examinar lo que hay detrás de ellas. La pasión con que se sostiene o niega una afirmación, así como el número de quienes la sostienen o niegan y las cualidades morales de unos y otros pueden llevar, como se verá, a engaño sobre la afirmación en sí.

El apasionamiento a favor o en contra de algo nunca es prueba, por sí mismo, de la verdad o falsedad de ese algo, ni tampoco de su bondad o maldad; matar o morir por una idea no demuestra nada sobre su contenido, y debe ser examinada en sí misma. Además, es falso que una mentira no pueda ser sostenida por grandes muchedumbres, y es fácil que ello ocurra si la gente tiende a guiarse por las apariencias, o si en sus actos pesa más el egoísmo que la verdad. También, un hombre bueno puede tener o apoyar una idea equivocada, y un malvado puede tener y usar una idea acertada, aunque sea con un mal fin, y también fingir secundar una idea moralmente buena.

Otro obstáculo a la verdad es la vanidad, que hace olvidar los conocimientos más necesarios para la vida porque parecen tan simples que no se prestan a ostentación. Lo más fácil de ver suele ser despreciado y por ello no tenido en cuenta, y se desprecia a quienes le prestan atención. Así ocurren terribles desgracias por motivos estúpidos. Mencionarlos basta para parecer idiota, pero la verdadera idiotez está en olvidarlos. Hay cosas que sabe cualquier niño, pero que a los adultos se les olvidan; de lo contrario, no seguiría habiendo superstición y despotismo después de tantos milenios de historia.

Es estúpido y perverso decir que para ser bueno hay que ser idiota e ignorante. La bondad y la amabilidad no están reñidas con la perspicacia, no implican ser confiado y crédulo. El conocimiento tan sólo proporciona los medios para la acción, ya sea ésta buena o mala. Con más conocimiento, el malo hará más mal, pero el bueno hará más bien. El saber sólo presta instrumentos, sea al crimen o a la virtud. No todos los que promueven la ignorancia y la estulticia las alaban

públicamente, pero sí definen el bien como dejar de pensar para limitarse a obedecer.

Nunca serán suficientes las advertencias contra los aduladores. Hay que tener en cuenta, además, que no siempre toman a sus víctimas de una en una; también actúan sobre multitudes, sabiendo de antemano lo que éstas quieren y manejándolas a su antojo, sin que se den cuenta, para empujarlas a guerras y tiranías. Son los demagogos, presentes en todas las naciones y épocas, y listos para aprovechar cualquier oportunidad.

En las revoluciones, los aduladores de multitudes no sólo se hacen los líderes, sino que llegan a cambiar tanto los medios como los fines de la lucha, llevándola siempre a objetivos contrarios a los que tenía, y convirtiendo las vías de progreso o estabilidad en un retroceso acelerado.

Cualquiera que diga que algo es verdad precisamente por ser indemostrable miente descaradamente. Dirá incluso que el pedir que la verdad sea demostrable

es rebajarla de categoría. Hay una gran tentación de tomar a risa las mamarrachadas de estos farsantes, pero son sumamente peligrosas y ellos saben presentarlas de modos muy atractivos.

Hay quienes juzgan todo un libro, o todos los pensamientos de un hombre, por frases y hasta palabras aisladas, lo cual es un gravísimo error si se hace inconscientemente y una maldad cuando se hace a sabiendas. Muchos sacan palabras y frases de su contexto para hacer decir a otros lo que ellos quieren.

Y no se limitan a novelas o libros sobre cualquier tema, sino que, sobre todo, lo hacen con obras políticas y religiosas, con unos resultados nefastos para las multitudes así manipuladas.

Toda idea puede servir a intenciones contrarias a la original. Hay que tenerlo siempre en cuenta. Todo mensaje puede ser pervertido y deformado hasta extremos inimaginables. No hay ninguno, desde el más trivial hasta el más sagrado, que sea inmune por naturaleza a tales

manipulaciones. Aunque tal deformación puede ser monstruosa, no se detecta en el momento en que se produce, ya que entonces la razón se rinde a las pasiones suscitadas por los nombres utilizados, que son los de ideas y cualidades con muy buena fama, por más que sean contrarias a los hechos de quienes utilizan sus nombres.

A menudo nuevas ideas roban subrepticamente el nombre de las anteriores. Por desgracia, esto ocurre casi siempre de bueno a malo y de malo a peor. Cuando ocurre de malo a menos malo, es sólo temporalmente y la situación que sigue es peor aún que la primera; un ejemplo es la moral fundada en seres quiméricos, cuyo cometido original era mantener la sumisión al poder: tan pronto como se descubre la falsedad de esos fundamentos, se rechaza no sólo la moral derivada de ellos, sino también toda moral y cualquier otra base para la misma.

A menudo una idea nueva es usada como estandarte de causas muy viejas, que además emplean métodos contrarios a

la propia naturaleza de la idea a la que afirman servir. Tú lo has visto con la Revolución, que ha derribado a unos tiranos tan sólo para imponer otros.

Se me dirá que ésa no era la idea, y es precisamente por ello que lo menciono: no era la idea, pero ocurrió. Las consignas eran todas muy nuevas, pero fueron de gran ayuda para conservar cosas tan viejas y podridas como el despotismo, la desigualdad y la enemistad, aunque bajo los nombres contrarios: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Por ello, antes de adoptar una idea como propia, hay que averiguar si los métodos utilizados para defenderla y aplicarla son tan nuevos como su nombre o tan viejos como las armas, el engaño, el miedo o el soborno.

El amor, la verdad, la justicia y la virtud tienen nombres muy fácilmente utilizados como licencia y bandera para el odio, la mentira, el vicio y el crimen. Los más diabólicos instrumentos de tortura se han usado en nombre de la suprema bondad.

No es de extrañar que algunos rechacen la moral viendo tanta inmoralidad disfrazada con su nombre.

Los mayores obstáculos a la verdad son la superstición, el fanatismo y el egoísmo, más peligrosos que la borrachera o el opio, pues, a diferencia de éstos, no hay en ellos ningún momento de sobriedad.

Cuando la verdad es despreciada, descreída u odiada por muchos, lo mejor es callar. Pero este silencio no debe ser una mera inacción, sino una búsqueda de maneras de hacer que los hechos hablen por sí mismos, sin necesidad de palabras. Hay que crear oportunidades para que los hechos se hagan evidentes e innegables, y así queden expuestos desnudos, sin retórica que los cubra del velo de la sospecha, y sin depender de testigos a los que se podría acusar de mentir. Hay que recordar también que quienes usan la verdad tan sólo para el mal no la merecen. Ante éstos, silencio y ocultación.

XXV. INFINITAMENTE MÁS

Puede que te preguntes, Charles, ahora que ya conoces mi pasado, cómo es posible que yo pueda haber cambiado tanto. Y estoy seguro de que serían muchos los que, si leyeran estos últimos escritos míos, creerían imposible que yo sea el mismo hombre del que han oído hablar a propósito de otras obras mías, de mis errores y de las atrocidades que falsamente se me atribuyen. También sé que en esto último habré decepcionado a muchos que gozan con estas cosas, y me alegro muchísimo de haberles dejado sin diversión. No obstante, a ti y a todo el que quiera escucharme debo hacer una confesión: no he cambiado nada en absoluto en el sentido que pudiera creerse al juzgar por las apariencias, sino que el único cambio que he experimentado ha sido en el sentido opuesto. No he dejado de ser el que era, sino que ahora lo soy más que nunca. Los actos del presente son consecuencia y continuación de los anteriores.

Mi actual manera de pensar y sentir no es producto de una conversión ni de un cambio de naturaleza, sino del fortalecimiento y verdadera expresión de mi naturaleza de siempre. Soy mucho más rebelde ahora que nunca, sólo que ahora conozco el mejor modo de dar libre curso a mi rebelión, y antes lo ignoraba, lo cual me hizo sufrir mucho. No es que todavía quede algo de lo que fui, o que aún sea el mismo de antes, sino que, mucho más allá de ello, puedo decir que ahora soy yo infinitamente más. No se han sucedido en mí dos almas, una diabólica antes y una débil y cobarde después, sino que sólo he tenido y tengo una, rebelde hasta el infinito contra los sistemas creadores de sórdidos laberintos sin salida y vastos océanos de podredumbre. Lo único que ha desaparecido de mí es tan sólo aquello que ocultaba mi verdadero ser.

Aún soy el Sade que se ríe del gran manicomio universal y de las excrementicias glorias de la Humanidad. Sigo creyendo que el mundo merece mi Ironía. Si alguien pregunta quién soy yo para reírme del mundo, diré que soy un

desgraciado, y que es mi desgracia la que me otorga el derecho a la burla. Si el mundo estuviera hecho de modo que me inspirase amor y veneración, no me reiría de él, sino que le mostraría un profundo respeto. Se da el caso de que tan sólo una minúscula e insignificante parte del mundo me inspira esos nobles sentimientos, y es por ello que me río del conjunto. De veras lamento que la mayor parte del mundo no sea muchísimo mejor que yo en todo, puesto que así no sería tan desgraciado.

No me avergüenza exponer a la luz del día todo lo más horrible, a fin de crear repugnancia por ello en vez de rodearlo de rosas u ocultarlo bajo la alfombra. Sólo que, demasiado tarde ya, he aprendido que mis motivos para escribir sobre ciertos temas, no siendo motivos comunes, eran de muy difícil expresión, y fue un gravísimo error por mi parte hacer como si el lector pudiera entenderme con facilidad, lo cual produjo efectos totalmente contrarios al deseado. Lo más lamentable es que lo que pretendía hacer odiar infinitamente gustaba y gusta a muchos

hasta ese grado, y que otros llegaron a odiarme creyendo que era a mí a quien gustaba lo que describía.

Al principio mi rebelión era impotente y me hacía lanzarme precisamente a lo que más odiaba, mientras que ahora he encontrado la manera de hacerla activa y poderosa, y sólo me lanza a lo que más amo. Todo el secreto de este cambio de efectos -que no de causas- consiste en pensar que uno no puede realmente rebelarse contra algo arrojándose a ello de cabeza, ni que sea en apariencia. La rebelión, para ser efectiva, ha de tomar una dirección totalmente opuesta a la de aquello contra lo cual se dirige, o no será sino una mera continuación de lo mismo, una obediencia a aquello que se quiere desobedecer.

A muchos les parecerá mentira el que lo mismo que me llevó a lamentables y peligrosos excesos sea también lo que más tarde hizo de mí el hombre que conoces y me hizo adquirir el espíritu que

he procurado darte. No obstante, es la pura verdad, y una muestra de cómo un mismo impulso, idea o sentimiento puede, bajo distintas circunstancias, producir resultados muy diferentes.

También quiero resaltar que he sido mucho más rebelde al concebir algo como Tamoë que al componer *Juliette* o *Las 120 jornadas de Sodoma*, y no es sólo porque yo lo diga, puesto que hay constancia pública de que se considera mucho más peligroso el libro donde se encuentra el relato de Tamoë que los que antes he mencionado. Muchos ven esa novela como una estupidez y una blandenguería; no distinguen su contenido de las bobadas promovidas por los ministros de la superstición —que también arremeten contra ella—, por la sola razón de que no contiene lo que más gusta a la mayoría, lo cual sí tienen los libros que antes he mencionado. Pero si eres capaz de diferenciar la verdadera virtud tanto de la falsa como del vicio, sabrás qué ha fortalecido mi alma y por qué ahora soy yo infinitamente más.

XXVI. ESPERANZAS

Mis ojos apenas pueden ver nada, pero mi mente aún es capaz de razonar. Es por ello que no me hago ilusiones en cuanto al alcance que pudieran llegar a tener los efectos de este último libro de mi vida. No obstante, con hacer que una sola persona evite sufrir alguno de los tormentos que yo he sufrido habrá valido la pena resistir hasta el final esta última prisión.

Es tanto mi deseo de que algo como Tamoë llegue a existir algún día, que no me importa su nombre ni su forma siempre y cuando contenga lo mismo que intento transmitir. Pero todo me dice que este deseo sí es contranatural, por más que no haya en Tamoë nada físicamente imposible. Por ello sé que el único bien que todavía puedo hacer, si es que puedo hacer alguno, es dar a conocer la causa de mis males.

Nadie quiere leer el relato de Tamoë. Unos lo rechazan al saber que es mío, creyendo que por ello ha de estar lleno de torturas y obscenidades. Otros, que buscan precisamente eso, lo adquieren y luego lo queman al no haber hallado en él lo que más les gusta, sin dejar por ello de contaminar aún más su triste fama. Es preciso, pues, que el mensaje llegue sin mostrar su origen, lo cual, por desgracia, merma sus posibles beneficios. Digo esto porque es mucho lo que se puede aprender del simple hecho de ser yo el autor y no cualquier otra persona.

El ser precisamente yo y no el típico filántropo sumiso y religioso pondría en evidencia ciertos aspectos de la condición humana cuya ignorancia provoca frecuentes calamidades y horribles sufrimientos. Así se podría saber cómo y por qué un mismo hombre ha podido pensar cosas tan distintas, tan contrarias entre sí, pero surgidas todas de un mismo principio. Eso puede revelar cómo un mismo carácter, una misma forma de ser, pensar y sentir ha podido llevar a reacciones tan

increíblemente opuestas, en apariencia, como en mi caso. De este modo, el proyecto de crear una moral conforme a la razón podría verse beneficiado.

También, el conocer más profundamente la mente humana podría ayudar a prevenir, incluso a curar algunas de sus enfermedades. Sé que es ridículo hablar de ello estando encerrado en un manicomio, pero aún es más ridículo que haya manicomios estando el mundo entero regido por la locura, como demuestra el estudio de su historia y la observación de su estado actual. Muy pocos casos de locura individual podrán evitarse mientras impere la locura general y los principios que rigen la sociedad sean los que son.

Soy perfectamente consciente de la enorme dificultad de semejante proyecto y del tiempo que requerirá cualquier avance en este sentido. Pero justamente por ello pienso que cualquier posible paso en esa dirección, por pequeño que sea, debe ser dado, ya que nunca se realizará lo que nunca ha comenzado. Tan sólo ofrezco una gota en el océano, pero sin gotas no habría océano.

XXVII. LAS CAUSAS DE LA LOCURA

Fue el terrible encuentro con la falsa virtud, y la sed insatisfecha de la virtud verdadera, lo que me llevó a aparentar amar lo que más odio y odiar lo que más amo. Si el mundo y la gente fueran realmente lo que nos quieren hacer creer, yo nunca habría hecho ciertas cosas ni escrito ciertas otras. Te dirán que digo esto porque soy tan malvado que jamás reconozco mi culpa, pero tú sabes que eso no es verdad. Tan sólo me atrevo a preguntar: si lo que hice fue resultado de la locura o la maldad, ¿no es también locura, si es que no es maldad, la falsa virtud con la que choqué?

Yo muero en un manicomio, pero las causas de la locura, del crimen y del horror en el mundo siguen ahí fuera: no morirán conmigo, ni al quemar mis escritos, como los imbéciles creen. Eso no me alegra lo más mínimo: odio que las cosas sean así. Preferiría que todo el horror que he descrito fuera sólo imaginación mía, que jamás ocurriera en

la realidad, que toda la maldad registrada en la Historia y la que ocurre cada día fueran sólo los desvaríos de un loco encerrado en un manicomio, aunque ese loco fuera yo, pero tú sabes que, por desgracia, eso no es cierto.

A ver quién es el valiente que encierra en un manicomio a la Naturaleza, a la que odio y maldigo. Si veo que encierran a la productora de la locura y la crueldad, yo aplaudiré, que nadie lo dude. No es que no me guste lo bueno que hay en el mundo, pero si ello implica aceptar todo lo malo, el precio es demasiado alto.

Yo siempre odié a la Naturaleza por su crueldad. Quería llegar a insultarla, a ultrajarla, pero es inútil, pues a ella le da igual todo, todo el bien y todo el mal. Si ella lo es todo, lo contrario a ella no puede existir. Pero he de reconocer que me equivoqué aparentando imitar a la que deseaba injuriar. Si el principal rasgo del mundo es la crueldad, tan sólo lo contrario de ésta puede demostrar odio por ella.

Fue un error, al rebelarme contra la crueldad, el llegar a aparentarla e incurrir en ella hasta cierto punto. No supe cómo evitarlo, pero hice mal. Lo digo para que no se crea imbécilmente que hace mis delicias justo aquello que más me repugna, y que odio lo que en realidad adoro. Ya sé que tú no pensarás de mí ciertas cosas, pero no todo el mundo es como tú. Podrían acusarte de todo lo peor tan sólo porque no haces lo mismo que el hijo de mi sangre, que echa al fuego cuanto escrito mío encuentra. No quiero que te odien por amarme. No mereces ningún mal, Charles.

XXVIII. DESPEDIDA

30 de noviembre de 1814

Hoy ha venido el segundo médico de este hospicio a fajarme la hernia, pero, aunque no ha dado muestra alguna de alarma por mis otras dolencias, las conozco demasiado bien. Ya no puedo moverme y respiro con gran dificultad. Sé que pronto daré placer a algunos imbéciles que me seguirán más tarde, y serán, igual que yo, gusanos, moscas, flores y miles de otros seres.

Ya no me hago ilusiones de liberación. Nadie que pueda sacarme de aquí quiere hacerlo. Quizá sea mejor así; mi hijo mayor ha muerto, tú tienes penas y trabajos para vivir, y a mi hijo menor le disgustaría tenerme con él, no porque me odie, sino por la reputación, y me tendría más preso que aquí, con criados espiándome todo el día para impedirme escribir o quizá incluso hablar... más vale estar muerto que vivir de ese modo.

Has de saber, Charles, que ésta es probablemente la última vez que escribo. Ciego como estoy, y sin la ayuda de tu madre, de Magdalène y de mis amigos, que el director y mi hijo apartan de mí cada vez más, ya no podré hacer nada en absoluto, tal como desean esos hipócritas que ya sabes. Además, los elementos de mi cuerpo ya se han aburrido de estar juntos y comienzan a pelear para dispersarse e ir a tomar mil nuevas formas.

Quisiera que existiera esa otra vida que dicen, para poder ver de nuevo a mi Louis-Marie. Siento no poder seguir abrazándoos a ti y a tu madre, no haber podido escribir más y no haber tenido la libertad —ni siquiera fuera de la cárcel— para vivir conforme a mis sentimientos e ideas. Me entristece la pequeñez del bien que he podido hacer. No me importa que se me recuerde —he dispuesto que mi tumba desaparezca para siempre—, pero es mi más sincero deseo dejar algún fruto de mis primeras intenciones, que tan pronto fueron pisoteadas y mezcladas con lo que las destruía.

Sigue adelante, hijo mío. Practica la verdadera virtud, la verdadera justicia y la verdadera cordura. Pero no te expongas innecesariamente, porque ningún malvado merece gozar con tu sufrimiento por cuestiones de meras palabras, formas o apariencias. Deja que digan de mí cuantas iniquidades quieran, porque son sólo mentiras, y esa falsedad debe regocijarte; lo realmente malo sería que fueran verdad, pero no es el caso, y saberlo debe darte fuerzas para resistir. Piensa, si ello te consuela, que allí donde reine lo que hay en mi corazón, allí estaré yo, y ninguna mentira podrá jamás arrastrarme de allí, aunque nadie sepa que estoy.

APÉNDICES

Resumen biográfico

El 2 de junio de 1740 nace en París, en el palacio de los príncipes de Condé, Louis-Aldonze-Donatien-François de Sade. El padre, un noble provenzal llamado Jean-Baptiste-Joseph-François de Sade Des Murs, ejerce como embajador en Alemania. La madre, Marie-Eléonore de Maillé, emparentada con los Condé y los Richelieu, vive en el palacio del príncipe de Condé como dama de honor de la princesa. El pequeño Sade vive allí hasta los cuatro años, y entonces, para ser educado por su tío el abad de Ebreuil, es llevado a Provenza. A los diez años, ingresa en el colegio de Louis-Le-Grand, regentado por jesuitas, donde permanece hasta que, a los catorce años, ingresa en la academia militar.

La Guerra de los Siete Años lleva a un jovencísimo Sade a los combates del Regimiento de Caballería francés en Alemania. En 1763 Sade regresa a París y se casa con Renée-Pélagie de Montreuil, hija de un magistrado. Hasta aquí, la vida de Sade es parecida a la de cualquier noble francés de su época, pero más adelante comenzará una serie de escándalos sexuales que le llevarán repetidas veces a la cárcel, por más que hechos parecidos y peores quedasen normalmente impunes entre la aristocracia.

En la cárcel, Sade, que ya tenía vocación literaria en su juventud, se dedica a escribir. Durante la Revolución francesa se libera a Sade, que goza de un breve período de libertad durante el que incluso llega a ocupar altos cargos, aunque su negativa a firmar penas de muerte le lleva de nuevo a

la cárcel bajo sospecha de traición a la República. Hasta se le condena a muerte, pero le salvan el azar y la caída del gobierno radical.

De nuevo en libertad por poco tiempo a principios del siglo XIX, Sade es finalmente apresado a causa de sus escritos y encarcelado. Se le traslada de la prisión de Sainte-Pélagie, donde había otros escritores y donde sólo se encerraba a los presos en las celdas por la noche, a Bicêtre, "la Bastilla de la canalla", a causa, según se dijo, de que Sade, de sesenta y tres años, obeso y enfermo, había tratado de "saciar su pasión brutal" con un grupo de jóvenes detenidos por tumulto en un teatro. Finalmente, Sade es trasladado al manicomio de Charenton, donde muere el 2 de diciembre de 1814, habiendo pasado en prisión gran parte de su vida.

Cronología

1740:

Nacimiento de Sade, el 2 de junio, en el palacio de Condé en París.

1745–1750:

Sade se educa en Provenza bajo la tutela del abad de Ebreuil, su tío Jacques-François de Sade.

1750–1753:

Sade estudia en el colegio de Louis-Le-Grand, en París, entonces regentado por jesuitas.

1754-1763:

Carrera militar hasta llegar a Capitán de Caballería. participación en la Guerra de los Siete Años en Alemania.

1763 (17 de mayo):

Casamiento con Renée de Montreuil.

1763 (29 de octubre):

Encarcelamiento por el caso Testard (blasfemias).

1764-1767:

Período de libertad vigilada durante el cual no hay prácticas "sádicas" conocidas, pero sí numerosas amantes.

1768 (3 de abril):

Caso Keller (flagelación). Prisión en los castillos de Saumur y Pierre-Encise. Indulto del Rey con la condición de establecerse en Provenza.

1769-1772:

Estancia de Sade en sus tierras de Provenza (La Coste). Fiestas y representaciones teatrales, pero sin escándalos.

1772 (27 de junio): Orgía en Marsella con varias prostitutas y el criado Latour, a la que siguió una condena a muerte para los dos hombres por intento de envenenamiento (por un accidente con unas pastillas afrodisíacas) y por prácticas homosexuales.

Los condenados logran huir a Italia, pero Sade trata de volver a Francia y es encarcelado en la fortaleza de Miolans (en Saboya) por el rey de Cerdeña a instancias de la familia de Sade (probablemente para evitar la ejecución de la condena y posibles nuevos escándalos).

1773:

Fuga de Miolans y estancia secreta en La Coste.

1774-1776:

Escándalos con adolescentes, casos Nanon y Trillet. Nueva fuga a Italia.

1777:

Regreso a Francia y encarcelamiento en Vincennes.

1778:

Anulación de la condena a muerte por falta de pruebas, aunque Sade permanece en la cárcel por una "lettre de cachet" (carta con sello del rey por la que la familia política de Sade solicitaba su internamiento).

1784:

Traslado a la Bastilla.

1790:

La Revolución Francesa anula las "lettres de cachet" y Sade sale de la cárcel. Conoce a la actriz Constance Renelle, separada de su

marido, apellidado Quesnet, y con un hijo de seis años; el marqués, también separado de su esposa por voluntad de sus suegros, inicia una relación con Constance que durará toda la vida de Sade.

1790-1793:

Período de libertad durante el cual Sade escribe, publica libros y ocupa cargos, entre ellos el de juez, más tarde presidente, del tribunal revolucionario de su sección. Durante este tiempo no hay escándalos sexuales de Sade que no sean en forma de libros.

1794:

Encarcelamiento y condena a muerte de Sade por supuesta traición a la causa revolucionaria al no querer firmar sentencias de muerte. Caída del gobierno radical y puesta en libertad de Sade el 15 de octubre.

1795-1800:

Trabajo literario y teatral; vida de miseria económica en París y Versalles. Venta de La Coste en 1796. Época sin escándalos extraliterarios.

1801:

Encarcelamiento de Sade a causa de sus escritos por la policía napoleónica, formalmente más puritana que la revolucionaria. Traslado de Sainte-Pélagie a Bicêtre.

1803:

Traslado final de Sade al manicomio de Charenton, con gastos a cargo de su familia.

1803-1814:

Reclusión de Sade en el manicomio. Constance pide trabajo allí como lavandera y dice ser hija de Sade para poder estar con Relativa libertad al principio (se permite a Sade organizar representaciones teatrales y escribir), pero con crueles restricciones después debido a un cambio de director en el manicomio (a pesar de la prohibición, una joven lavandera llamada Magdalène Leclerc ayuda a Sade a escribir). En 1809, muerte en batalla del hijo mayor de Sade, Louis-Marie.

1814 (2 de diciembre):

Muerte de Sade.

ÍNDICE

Extraño legado, 5

Para una nueva historia de Tamoë, 8

LAS ENTRAÑAS DEL VOLCÁN, 17

LAS ENTRAÑAS DEL VOLCÁN

- I. El paraíso nació en el infierno, 19
- II. En el país de las máscaras, 21
- III. Descenso al abismo, 25
- IV. Trampas, 39
- V. Nuevas trampas, 45
- VI. ¿Blasfemias?, 53
- VII. Tormentos, 77
- VIII. Excesos, 89

- IX. De cómo el mal teatro mató a mi hija, 107

- X. Mujeres, 113

- XI. Prisiones, 123

- XII. Letras de sangre, 132

- XIII. Crimen y espejo, 143

- XIV. Cantos de sirena, 157

- XV. Si supieran... , 174

- XVI. Los días más felices, 183

XVII. Diez mil pasos atrás, 187

XVIII. Últimas cadenas, 193

XIX. El imperio del absurdo, 201

XX. Lo que nadie querrá creer, 207

XXI. La persistencia de la mentira, 215

XXII. Por qué es tan difícil
comprenderme, 223

XXIII. Advertencia, 227

XXIV. Algunos consejos, 231

XXV. Infinitamente más, 240

XXVI. Esperanzas, 245

XXVII. Las causas de la locura, 249

XXVIII. Despedida, 253

APÉNDICES

— Resumen biográfico de Sade, 259

— Cronología, 263

Proof

Printed By Createspace



Digital Proofer